

PELADO PERO CON TRENZA

VOL. 3



Copyright © 2023 Andrea Durlacher

GRUPO SIMIO EDITORES

ANDREADURLACHER.COM

Diseño de tapa e interiores: Mathías De Armas

Queda hecho el depósito que previene la Ley

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright.

Comisión del Papel

Edición amparada en el decreto 218/96

Primera edición en Uruguay, Noviembre 2023



Índice general

Prólogo de Andrea Durlacher 11

I

Luz Wolff

Migrantes	16
Nadie murió	19
El regalo	23
Poemas Invisibles	25

II

Gustavo Varela

Delincuentes	28
Mi abuelo Jesús	30
Un café y una medialuna	32
Ejercicio de memoria	35

III**Bianca Urrutia**

El lenguaje de los objetos	40
Acto de locura (reivindicación de la olla Essen)	41
La Suiza del Sur	44
Un placer de pluma	47
Simplemente un gong	50

IV**Camila Torterolo**

Al suelo	54
Wow	56
Basta	57
Pronto juntos	59

V**Valeria Sarroca**

Los Caras Azules	62
El resfrío	63
Sola	64
Me pesan	65
1984, noviembre	66

VI**Inés Saravia**

Presentación	68
El buzón	70
La vuelta	74

VII**María Laura Rodríguez**

El farolito rojo	80
Sonrisa tailandesa	83
Volver a casa	87
Aplausos en el Solís	90

VIII**Luis Parodi**

El Taller de los Inútiles	94
---------------------------------	----

IX**Patricia Olivera**

Prólogo	104
¿Buena suerte?	106
Busca la luz	109

X**Carol Milkewitz**

En nuestra ciudad no hay	112
Intersección	113
Turista	114
Restaurante italiano	115
El show	116

XI**Celia Loy**

Difícil Decisión	118
Ese Pequeño detalle	121
Me tragué las lágrimas	124
Por mi cuenta	127
¿Te acordás?	128

XII**Cecilia Komaromi**

Canas	132
-------------	-----

XIII**Carolina Grampín**

Punto de inflexión	138
Los italianos	142
No hay nadie, me fui a Camboya	144
<i>You can't rush your healing</i>	146

XIV**Perla Gorín**

Mi camino	150
La búsqueda	151
Los historiadores	153
La historia	154
El secreto	160
El silencio	163

XV**Guillermo González**

Retrato de la soledad	166
Inspiración infinita (Lado A)	167
Falta de inspiración (Lado B)	168
Ciudad despierta	169
Invierno y Soledad	171

XVI**Isabel García**

Sudor	174
Sangre	175
Lágrimas	179

XVII

Valentina Etchebarne

Memorias de un viaje

La parte más difícil de viajar es despedirse.	184
El encuentro	185
Wanderlust (o el fuerte impulso o deseo de explorar el mundo)	187
Viajar con un desconocido sale bien	189
Adioses y bienvenidas	191
Se terminaron las vacaciones	193

XVIII

Jaqueline Elías

El poder de un instante (Extracto)

Capítulos 12-14	197
-----------------------	-----

XIX**Catalina Berton**

50 citas conmigo	206
Todos tus demonios	209
Barloventear en el mundo emprendedor	211
Lo que mi perra me enseñó sobre superar los obstáculos	213
Ese Stendhal no es amor	215

XX**Lorena Barrios**

Suena a tango... ..	218
Soneto 1- de 14	219
Soneto 2- de 11	220
Otoño	221
Libre	222

XXI**Bernardo Barran**

La mujer que arrastra una valija	224
Mi tío Enrique	229

XXII**Diego Baliero**

Una semblanza tardía	236
El apego de Emilio	239

XXIII

Alicia Artigas

Cara de muñeca

- 1. Por la mirilla 247**
- 2. Muñecas 250**
- 3. ¿Dónde es el exilio? 253**

XXIV

María Esther Álvarez

- Carta para mi futuro hijo 256**
- No era lo que ella imaginaba 258**
- Una experiencia religiosa 260**



Que se derrame en todo

Casi empiezo con algo sobre cómo funciona una relación que una sostiene hace más de 20 años. Como es inevitable, no escribiría solo del taller, todo parecería hablar de otros vínculos con historia. Parecerían vínculos míos, así como de los lectores de este prólogo que tienen relaciones y proyectos hace ya un buen tiempo.

En marzo de 2003, cuando abrí el taller, tenía 19 años. La apertura estuvo lejos de ser improvisada. Pasé mucho tiempo libre de mi adolescencia escribiendo, leyendo y recabando material sobre escritura. Yo preparaba mi taller porque me gustaba, de otro modo hubiera sido insostenible. Pero me acuerdo con nitidez de que aquello no tenía nada de informal: como quien aguarda en un consultorio, estaba esperando a tener una edad razonable para abrir el taller.

Una vez que como talleristas nos instaláramos, deseaba que formáramos una comunidad. Publicaríamos libros, en grupo y de forma individual, leeríamos en museos, en centros culturales, boliches; nos juntaríamos a hablar de escritura, escribir bajo techo y al aire libre. Esas terminaron siendo las actividades concretas, pero la meta siempre fue que construyéramos un espacio de automejora y contención. Dos cosas que vienen bien para todas las actividades

de la vida, pero que en las artes resultan una necesidad vital y que paradójicamente se descuida con facilidad.

Poner que estoy agradecida al ver que el sueño fue posible, sería quedarme cortísima. Nunca hubiera podido soñar que llegarían amistades descomunales o que se resignificarían todas mis vivencias por tener un lugar en el plano de las artes.

Releo el Pelado antes de que cruce a la imprenta. Casi todos los textos de este libro pasaron por el análisis de algún grupo de taller. Ahora, a solas, me llegan recuerdos sobre carcajadas o llantos sobre el tema del texto; alguna conversación técnica en pasajes específicos; se me viene a la mente el tono de voz de la persona que leía en aquel momento; repaso por dentro qué talleristas estuvieron presentes durante la escucha. . . En los textos encuentro emociones surgidas a partir de eventos gruesos de la vida, así como por cosas más simples. Sea material autobiográfico o no, sonrío reconociendo qué parte interior de quien escribe se abre en ese texto. Hay algo muy puro en el deseo de establecer un lazo con lectores desconocidos, en la urgencia por compartir que supone escribir.

Así como cuando educamos a una persona nos interpelan nuestras propias costumbres, así veo al taller como algo con derramamiento sobre todas las áreas de la vida. Era así antes de que me diera cuenta, pero ahora siento una consciencia mayor del poder del proceso artístico en otras cosas del día a día que aparentemente no irían por ahí. Movernos en la forma de escribir es movernos en la forma de pensar, es cambiar la mirada (y muchas veces las acciones) sobre todo lo que vivimos antes y lo que estamos por vivir.

Las palabras son el soporte de todo lo que tenemos en nuestro universo mental. Pensamos con palabras que elegimos, lo sepamos o no, para construir una especie de narrativa que dictará, luego,

nuestros recuerdos. Trabajar en esa oficina siempre será como renacer o, por lo menos, como editar ese nacimiento. Y no hace falta que esas palabras vengan de una autobiografía, de un intento de comprender la propia vida de forma lineal. Siempre la literatura muestra cómo escribir es cambiar de piel. En la escritura, en el arte, todo funciona. Incluso, o quizá sobre todo, lo que percibiríamos como algo que nos falta en el mundo real, se convierte en algo que tenemos de sobra, solo por escribirlo. Escribir es ordenar lo que sentimos que necesita ser ordenado y sacar afuera un proceso que por dentro ya está pasando. No es magia, aunque tantas veces siento que sí.



Luz Wolff

A mis hermanos. . .

En otras épocas, me hubiera presentado de forma diferente, a partir de los estudios que realicé o de las actividades que me tocó emprender. Hoy siento que soy, ante todo, una mujer, una sobreviviente, que atravesó un tiempo de adioses y bienvenidas. Quedó incompleta mi amada fratría, a la vez que mi vida se endulzaba con la llegada de nuevas vidas a la familia. Como otras veces, apareció Andrea, contagiando con su energía constructiva y generosa. Agradezco formar parte de un segundo Pelado.

Migrantes	16
Nadie murió	19
El regalo	23
Poemas Invisibles	25

Migrantes

Francisco llegó de noche a San Pablo. Su primo lo esperaba en el Aeropuerto de Cambica. Empezaba a conocer los espacios ilimitados del lugar. Camino al centro de la ciudad, Sebastián le iba explicando el recorrido. De esa noche, lo que más recordaría sería el estruendo de una balacera en los morros aledaños.

La ansiedad lo bloqueaba. No conocía a la mujer de su primo, ni al resto de la familia. Sebastián era el ejemplo que sus padres y tíos ponían para confrontarlos con sus jóvenes fracasos. Hacía casi diez años que Sebastián estaba fuera del país. Se había ido al terminar sus estudios. Primero, tentó suerte en España. Llegó junto con la recesión. Para aprovechar el impulso y el portugués básico que tenía, recaló en Brasil. Tuvo mucha suerte y, aunque la economía comenzaba a dar muestras de deterioro, logró estabilizarse en una multinacional, con sede en San Pablo.

Francisco era consciente de la distancia entre su propia situación y la del exitoso pariente. Había dejado la facultad al empezar tercer año, entusiasmado con un trabajo en un estudio jurídico de la Ciudad Vieja. Sentía el peso de lo inconcluso. Las materias que no cursó las rindió muchas noches en sus pesadillas recurrentes.

Cuando intentaban motivarlo para que retomara los estudios, explicaba que él prefería observar a las personas y conocer lugares. Estaba convencido de que su verdadera vocación era ser escritor. Sin embargo, desde su llegada, no había logrado escribir ni una línea. En cuanto a salpicarse de mundo, casi no conocía la ciudad. La jornada de trabajo era muy extensa y eran tantas las advertencias acerca de los peligros que le acechaban, que no se alejaba de su ruta obligada.

Sebastián era el primo mayor. Por muchos años, sus tíos se ocuparon de él, mientras sus padres trabajaban. Ahora era su turno.

Estaba feliz de retribuir a su familia, recibiendo a Francisco en su casa.

El apartamento era grande. Le cedieron el dormitorio de servicio, con acceso a un pequeño baño y a una terracita llena de trastos, que nadie recordaba. Lo más importante era que tenía internet, aunque la conexión no era tan buena como en Montevideo.

João Carvalho era el suegro de su primo. Originario de Rio Grande del Sur, al enviudar emigró hacia San Pablo con sus hijos. Se empleó como mozo en un importante local céntrico, en el cruce de la Avenida Paulista y la rua Alameda Eugênio de Lima. De buen carácter, era muy apreciado por todos. Hacía muchos años que estaba en ese lugar y había llegado a una edad en que su físico daba muestras del desgaste al que las interminables jornadas de trabajo lo habían sometido.

João se volvió su consejero y amigo. Fue a quien mejor llegaría a conocer. Sus primos estaban todo el día afuera. Por las noches, Francisco cuidaba no invadir la intimidad de la pareja. Se refugiaba en su sector de la casa, para comunicarse con sus viejos amigos y los familiares que ya no veía.

Lo que había visto de la ciudad le gustaba. La amplitud de las avenidas y de los edificios espejados, sumado al flujo interminable de personas, lo llenaba de energía. Lo que más llamaba su atención era la inmensa cantidad de yuppies que la ciudad generaba, así como el ritual del after office. Antes de volver a sus casas, enjambres de jóvenes poli étnicos y elegantes se reunían a conversar y a tomar tragos.

Recordaba cuando él mismo se juntaba con otros chicos, los viernes, al salir del estudio en el que trabajaba. Después de beber algo, caminaban por la Peatonal Sarandí, rumbo a la Plaza Independencia. El grupo se iba reduciendo, a medida que se dispersaban en diferentes direcciones. A los más amigos, los volvería

a ver, pasada la medianoche, compartiendo una previa.

Ahora, eran solo João Carvalho y él. Después de muchas horas de caminata, bandeja en mano, solícitos y de sonrisa forzada, se iban juntos por la Avenida Paulista, en dirección al Jardín Botánico, antes de separarse para reencontrarse horas después, en la misma Avenida, al llegar a la esquina de la rua Alameda Eugênio de Lima.

Montevideo, junio de 2021

Nadie murió

Domingo 13

El domingo me fui a eso de las cinco de la tarde. Fue un día tibio y brillante que quebró el frío de junio.

Cuando salíamos, dos jóvenes se acercaron al contenedor que está al costado de mi casa. Al más alto lo veo seguido. Dicen que se especializa en robar autos. Siempre me saluda, cuando nos cruzamos. Al otro, no lo conozco. Le tiró una patada a un gato que está siempre en la vereda y no lo alcanzó.

Camino al Centro, pasamos por el estadio. Los parques y las plazas cercanas estaban llenas de familias, felices e incapaces de mantener la debida distancia, en particular en las áreas de juegos.

Lunes 14

Volví a mi casa a las 7 de la tarde. Mi hija me dejó en la puerta y siguió. No podía imaginar que, a unos pasos del lugar, alguien estaba por morir.

Me pasé el día esperando noticias de la muerte que ocurrió cerca de nuestra casa. Me conmovió. En realidad, se trató de un asesinato. Por primera vez en mucho tiempo, vi un noticiero entero. Hubo muchas noticias banales, otras morbosas, pero no dieron la información que me interesaba.

Sin embargo, el crimen existió. Lo dijo un policía de particular que llamó a nuestra puerta, hoy al mediodía. Nos informó que habían matado a un cuidacoches. Quería saber si habíamos visto algo. Los policías indagaron en varias casas. Hay un retiro de más de diez metros, desde la vereda hasta la entrada de mi casa. Además, hay árboles muy altos, que aún no perdieron todas sus hojas. No nos dimos cuenta de la tragedia que estaba teniendo lugar, mientras yo alimentaba a mis perros.

Recordé haber visto un patrullero parado frente a mi puerta, ayer de noche. Ya lo habían matado. La gata quiso salir al jardín. Fue cuando vi el auto estacionado. La policía ya había llegado.

Primero dijeron que fue enfrente de una casa deshabitada, cruzando la calle, a las nueve de la noche. No tiene rejas y algunas veces se ve a algún hombre acostado o sentado en el piso, al amparo de los muros. En varias ocasiones, el dueño del lugar, que vive muy cerca, los ha expulsado con violencia.

Martes 15

Sigue sin aparecer en las noticias. Aún no pasó a formar parte de las estadísticas.

Restando importancia a la gravedad de lo sucedido, un vecino, deshumanizándolo, aclara que fue un pastabasero. En mi mente, repasé los hombres jóvenes que son habitués desde hace años. Cuidan coches en la puerta de los negocios o deambulan y duermen a la intemperie. No conozco ni a uno solo por su nombre.

Ni ayer ni hoy se han visto por el barrio. Temerán verse complicados en averiguaciones.

Una vecina me dijo que lo ultimaron en la puerta de mi casa y que había una mancha oscura, que partía del lugar del crimen. Yo no había visto el reguero de sangre que acompañó la trayectoria del hombre herido. Giró sobre sus pasos, para después cruzar la calle, en su intento de escape a destiempo.

Miércoles 16

Sigue sin tener rostro.

Parece que fue más temprano de lo que se pensó, en un primer momento. Más o menos a la hora en que estacionamos el auto, en el mismo lugar en el que ahora solo se percibe una sombra irregular y oscura.

Alguien escuchó una discusión entre dos hombres. No se conocen los detalles.

Como no hay testigos identificados, circulan distintas versiones.

Hay quien vio un auto mal estacionado, una rueda sobre la vereda. Lo habrían querido robar y el dueño, fuera de sí, mató al fallido ladrón.

Habría sido con un arma blanca, pero no es seguro. Otros aseguran que se oyeron tres disparos y que aparecieron los casquillos de los proyectiles. Los investigadores los habrían encerrado en un círculo rojo.

Las calles fueron acordonadas y vino la policía técnica.

Hay quienes dudan, porque ningún informativo mencionó el hecho.

La mancha delata que murió con el cuello bajo el filo de un facón, de la misma forma en que suelen dirimirse las diferencias entre los criollos.

Jueves 17

Hoy hubo un paro nacional de trabajadores. Casi no circulan autos. Algunos vecinos hacen mandados. Otros pasean a sus perros.

A uno de los lados de mi casa, hay una vereda larga y recta. Ahí aprendieron a andar en bicicleta mis hijos y sus amigos, así como muchos niños que vinieron después.

En los últimos años, en el barrio ya casi no se ven niños jugando.

Ahora, hay un contenedor a mitad de la cuadra, sobre la calzada. Es lo primero que surge al abrir la ventana.

Justo hoy, un hombre está sentado en el cordón de la vereda, del lado opuesto al de mi casa.

Está enseñando a dos niños pequeños a andar en bicicleta. Prefieren estar en la calzada, a pesar del riesgo. La cercanía del conte-

nedor nauseabundo debe ser el motivo por el que no circulan por la vereda.

Los niños comparten la bicicleta. Hacen un circuito, que va desde la mitad de la cuadra hasta el cruce de calles. Cuando se acercan a la esquina, rozan la mancha que quedó como única evidencia del hecho atroz.

Hasta que la lluvia la disuelva.

El regalo

Hacía más de media hora que esperaba el ómnibus. Era el único que llegaba donde ella vivía. Liliana tenía los brazos entumecidos y eso que ella no era perezosa o, al menos, era lo que siempre le decían. Su cuerpo era fuerte y musculoso, forjado en la quinta de sus abuelos o ayudando a su madre y a sus tías en alguna de las casas en las que hacían limpiezas.

Ese día, había estado de visita en lo de una antigua patrona, doña Violeta. Andaba cerca y se le ocurrió tocar timbre. Sin mucha esperanza. No estaba segura de que siguiera viviendo ahí. Ya era muy mayor la última vez que la había visto. Quería pedirle trabajo en su casa o en lo de alguna de sus conocidas. Nunca más consiguió trabajar como limpiadora. En las casas de familia, los señores sólo dan entrada a *gente que se les parece*, decían las vecinas.

Subió por la calle Paraguay, dobló a la derecha, hasta una plaza y, a duras penas, logró bajar una escalinata con su pesada carga. Cuando llegó a la esquina de la farmacia, en la calle Rondeau, se sintió triunfante.

No consiguió trabajo ni recomendación. Ni siquiera estaba segura de que Violeta la hubiera reconocido. Decía cosas sin sentido, pero le había dado un regalo.

Desde que empezó a vender rifas para su viaje de la Facultad, Sofía se sentía una turista en su propia ciudad. Ahora iba desde la costa al Montevideo rural, por sus propios medios, descubriendo construcciones, paisajes y gente que la fascinaba. Al principio, llevaba un libro para amortizar el tedio de los viajes largos, hasta que se dio cuenta de que prefería leer la vida.

Ella había sido de las primeras pasajeras en subir, por lo que pudo elegir en qué lugar instalarse. Se sentó en la última fila. A su izquierda, el ómnibus se ensanchaba, formando un espacio en

el que no había asientos, sólo una especie de ventanal que dejaba entrar el sol de otoño. A su derecha, una puerta por la que podría bajar sin problemas, si subía mucha gente. Media hora después, al llegar al semáforo de la calle Rondeau, el ómnibus se detuvo un largo rato. Una persona hablaba con el conductor. El ruido del tránsito no permitía entender lo que decían.

Sofía se sobresaltó, al abrirse la puerta que estaba a su derecha. Ningún pasajero estaba listo para bajar. Unos segundos después, alguien llegó como un torbellino de energía. Un rostro curtido por el sol, de sonrisa amplia e incompleta apareció detrás de un enorme aparatejo.

Una mujer alta, de brazos musculosos, sostenía un gigantesco televisor antiguo, tan largo como ancho. Denotaba tanta satisfacción, que no parecía hacer un gran esfuerzo. Sin embargo, apenas podía respirar.

Lo depositó delante de los pasajeros de la última fila, entre los que estaba Sofía.

La joven estudiante sintió una mezcla de ternura y admiración, cuando la dueña del televisor se dirigió a ella y sus vecinos diciéndoles, con una voz entrecortada: *¿Me lo cuidan?*

Sin esperar respuesta, Liliana recorrió el ómnibus, desde el fondo hasta el asiento del guarda-conductor, y pagó su boleto.

Poemas Invisibles

Poema I

Un hurgador encuentra una rama de liquidámbar en la basura. Deja caer el bolso que lleva en bandolera, toda su atención puesta en el colorido hallazgo. Levanta la preciosa rama con sus brazos al cielo, para alejarla y que potencie toda su belleza. La observa largamente, como un experto haría con una obra de arte.

Desde mi ventana, a mí también me sorprende la belleza de la rama, en este otoño de extraños procesos tardíos. El liquidámbar que está en mi jardín desde hace unos años, por primera vez, se puso amarillo de golpe. Solo unas pocas hojas viraron al naranja y al rojo, a diferencia del que acaba de emerger del contenedor.

El hombre recoge el casi olvidado bolso, lo acomoda como puede sobre el hombro y se aleja, abrazando su trofeo, que arde como una llama junto a su cuerpo.

El encanto de la belleza efímera me transporta veinte años atrás.

Poema II

Al comenzar el nuevo milenio, un adolescente recorre el Boulevard Batlle y Ordóñez, en un carro tirado por un caballo, rumbo a la zona oeste de la ciudad. Llama mi atención el joven que conduce de pie, llevando ropas demasiado grandes para su tamaño.

Cuando llegamos a 8 de Octubre, detenemos el auto en el semáforo, ante un cambio de luces. El carro queda a nuestro lado. Sobre la Avenida, una adolescente titubea en el momento de cruzar la calle. En su mano lleva un bastón blanco. El joven conductor estaciona, con destreza y se lanza hacia la joven, que está detenida junto al cordón de la vereda. Le ofrece su brazo derecho, mientras coloca el brazo izquierdo por detrás de la espalda, como si fuera a hacer una reverencia.

Los dos adolescentes, de improbable coincidencia en el mundo de los videntes, cruzan la Avenida, apoyándose uno en el otro. La conexión y la confianza surgen, instantáneas. De lejos, podrían pasar por hermanos, cabello castaño, cuerpos delgados.

El joven la deja a salvo, del otro lado de la avenida y vuelve a su carro, donde lo espera su caballo.



Gustavo Varela

Comencé en el taller de Andrea hace siete años, pocos días después de la muerte de mi esposa. No sé si solo fue para tratar de alejarme de la tragedia y del dolor, o para apaciguar la frustración de mi afán de ser periodista. Me animé a poner sobre el papel muchas emociones que estaban sumergidas en lo profundo de la inconsciencia y escribí crónicas que me apasionan desde la adolescencia. El taller fue, por lo tanto, eficaz en ambos casos.

Delincuentes	28
Mi abuelo Jesús	30
Un café y una medialuna	32
Ejercicio de memoria	35

Delincuentes

Se despertó con la primera luz que se filtraba por la persiana. Sintió el cuerpo desnudo de ella junto al suyo. Miró el reloj, eran las 6:45. Se sintió feliz y dedicó largos minutos a contemplar la imagen con la que tantas veces había soñado.

Había esperado ese momento más de tres años. Siempre desconfió del amor a primera vista, pensaba que el enamoramiento se daba luego de un proceso de conocimiento mutuo, que podía ser más o menos largo, pero necesario. Con ella fue distinto, se descubrió enamorado desde el primer día en que la vio entrar en el edificio. Después, fueron muchos meses de buscar, como un espía adolescente, los momentos en que podía verla sola, sin el marido, 20 años mayor que ella, y poder iniciar una conversación.

Bajaba al garage a la hora que ella salía (lunes, miércoles y viernes) para conformarse con un *buendía* y una sonrisa. Era su forma de empezar bien el día. Pero no tardó mucho en llegar el momento en que ella también disfrutaba de algunas pequeñas charlas en el garage y, al poco tiempo, comenzaron los encuentros con un café por medio. Sin darse cuenta, el Hotel Boutique de Punta Carretas pasó a ser su segundo hogar en las tardes de los jueves.

Ambos disfrutaban del sexo y lo demostraban. Se conocían tanto, que sabían cómo y cuándo hacer lo justo y necesario para que el otro alcanzara la cumbre del placer. Habían sido más de dos años de sentirse escondidos y culpables: él ladrón y ella infiel. Eran delincuentes que disfrutaban mientras cometían aquel delito.

Eran dos equilibristas que se habían subido juntos a la cuerda floja para encontrar el peligro. Jugaban con el riesgo y sentían la adrenalina del escondite y el miedo a ser descubiertos

Ahora, ella era viuda y estaba, por fin, en su apartamento, des-

nuda en su cama. La había esperado con la cena, tomaron una botella de vino, conversaron, se rieron, se besaron. Ella se duchó y él la esperó en la cama con las sábanas de puro algodón egipcio, 1200 hilos, que había comprado esa misma tarde.

Había llegado el momento que esperaron por tanto tiempo. Se querían, se gustaban y ahora ella también era libre, pero algo no estaba del todo bien, y no era la cama, ni la cena, ni el vino.

Al poco tiempo, dejaron de verse.

Mi abuelo Jesús

MI abuelo Jesús llegó de España en los primeros años del siglo XX. Había nacido en Galicia, provincia de Lugo.

Allí conoció a Clotilde (Clota), se casaron, construyeron su casa en el barrio de Buceo, tuvieron un hijo que también se llamó Jesús y una hija, Elena, que resultó ser mi madre.

Mi abuelo Jesús trabajaba en el Hotel Florida, uno de los hoteles emblemáticos del Centro de Montevideo, en Colonia, esquina Florida. Era portero, con uniforme y gorra.

El recuerdo más antiguo es de cuando yo tendría apenas dos años, estaba en casa de mis abuelos, mis padres no estaban y yo tenía cólicos fuertes, que eran habituales, después de una severa infección intestinal. Mi abuela me ponía paños embebidos en alcohol en la barriga, que no era, seguramente, el procedimiento adecuado.

Recuerdo con claridad la voz de mi abuelo, nervioso y asustado, decía: *Clota, le duele mucho, se retuerce de dolor*, y me tomaba la mano, con una mano grande pero suave, más ancha que larga, una mano de gallego.

Unos años después, mientras yo jugaba sentado en el suelo, mi madre se acercó, me abrazó y me dijo: *el abuelo se fue al cielo*. Yo seguí en lo mío, sin entender aquellas palabras, tenía menos de cuatro años.

Mi abuelo Jesús era inteligente, parco en la conversación, pero cariñoso, yo siempre me sentí seguro estando con él. No hablaba de política pero sé que admiraba a Emilio Frugoni y no se llevaba bien con la Iglesia. Esto último ha sido parte de lo que recibí de él como herencia.

Una tarde se detuvo en la Plaza Libertad, la gente rodeaba a un señor que, parado sobre un banco, leía la Biblia. Se fue de allí enojado y comentó al llegar: *tanto hablar de Jesús y el único Jesús que estaba ahí era yo.*

Yo era su único nieto y él mi único abuelo. No conocí a mi abuelo paterno, que murió antes de que mis padres se casaran. Mi abuelo Jesús siempre me protegió. Me contó historias de su aldea en Galicia y del viaje en el barco que lo trajo desde el puerto de Vigo. Muchos de sus cuentos tenían que ver con las peripecias de aquellos treinta días de viaje. También rescataba anécdotas de los cientos de pasajeros que recibía en el hotel.

Me dio consejo cada vez que se lo pedí. Mientras fui niño, me ayudó a hacer los deberes, me llevó a pasear, me ayudó a estudiar cuando fui más grande. Me mostró su orgullo por cada uno de mis logros, por pequeño que fuera y me enseñó a escuchar antes de hablar. A ser honesto y saber pedir perdón.

El único recuerdo vívido es el de aquel dolor de barriga, los paños con alcohol de mi abuela Clota y la desesperación de mi abuelo. Después de la noticia de su viaje al cielo, todo es ficción.

Sí, me lo inventé y seguiré imaginando sus cuentos, sus anécdotas y sus consejos. Cada vez que lo haga, me sentiré seguro junto a él.

Es por estricta necesidad.

Un café y una medialuna

Después de mucho tiempo de no hacer su caminata de lunes, miércoles y viernes, volvió a caminar como lo había hecho durante tantos años.

—¿Cuánto hace que no camino —pensó— hace tres años? No, deben ser dos, desde el bautismo de Josefina. Me acuerdo de que estuve en la reunión y le llevé un peluche de regalo. Ese día, había caminado bastante y llegué cansada. Pero no sé, ¿habrán pasado ya tres años? Es difícil calcular el tiempo muerto, ese tiempo en que no sucede nada y solo aparecen los recuerdos desagradables de aquel día, que parece que detuvieran los relojes y los almanaques.

Ahora, por fin, el día un poco frío, pero soleado, la había animado. Se cambió dos o tres veces de ropa, hasta que decidió ponerse las calzas azules que ya le quedaban un poco justas, una remera de manga larga verde claro y un buzo de polar azul marino. Se vio rara con las calzas y los championes. Le costó salir de su casa, no quería encontrarse con el portero o con algún vecino. Por eso decidió no caminar a media mañana, como lo había hecho siempre, salió a las dos de la tarde. El portero se iba a la una y a esa hora era menos probable encontrarse con vecinos, casi todos trabajaban y los hijos estaban en la escuela o el liceo. Caminó casi los cinco kilómetros de antes, pero esta vez la caminata la había cansado. Paró en una cafetería en la Rambla, que tiene una pequeña terraza. Sentía calor y, unas cuabras antes, ya se había sacado el buzo, que ahora llevaba atado en la cintura. Eligió una mesa al sol.

Había solo cuatro mesas, en la que estaba más alejada una pareja joven hablaba de algo que parecía importante, por momentos discutían, la chica se dejaba caer hacia atrás en la silla y movía la cabeza de un lado a otro. El muchacho parecía calmado, hablaba en voz más baja, apoyaba los brazos en la mesa, inclinado hacia

adelante, y tomaba las manos de ella.

No quería mirarlos, ya había soportado y sufrido muchas discusiones en su familia.

—Un café y una medialuna —le pidió al mozo antes de que él le preguntara. Era simpático, un chico joven de no más de veinte años que, cuando le trajo el café y la medialuna, le preguntó si no quería que abriera la sombrilla.

—¿No le molesta mucho el sol?

—No, gracias, estoy bien —respondió ella.

Miró el reloj, eran las tres y media. Tenía que hacer tiempo para llegar a las cuatro y media al consultorio, apenas a cinco cuadras de allí. Pensó que esta vez la iban a felicitar, había salido del apartamento, había caminado, se había sentado sola en una cafetería y pudo interactuar con el mozo.

Disfrutaba del suave calor del sol. En otra mesa, a la sombra, estaba sentada una señora mayor, de unos setenta años. Una mujer elegante, la ropa era muy discreta: un pantalón negro, botas y un saco gris oscuro. En todo se veía la buena calidad y el buen gusto. El único toque de color era el pañuelo de seda con rojos y azules que llevaba al cuello. Era elegante por la forma de sentarse, con la espalda erguida, y por la manera de tomar la taza mientras sostenía con la otra mano el libro de tapas rojas que leía. Se dirigía al mozo de forma educada y hasta cariñosa, tal vez venía seguido a este lugar.

Disfrutó del café y la medialuna y se preguntó por qué habían quedado en el olvido esos dos o tres años en que ni siquiera pudo disfrutar de algo tan simple como sentarse en un bar a tomar un café.

¿Por qué había quedado ese vacío en su vida?, ¿por qué su familia la había abandonado?

No podía comprender: tuvo que pasar todo ese tiempo para que

alguien se preocupara en brindarle la ayuda que ella pedía a gritos. Esos gritos que nunca llegaron a los oídos de sus hermanos ni a los de sus padres. O no quisieron escucharlos

Miraba a la señora elegante de la otra mesa y se lamentaba de no tener nada para leer. Le hubiera gustado hablar con ella. Si giraba apenas la cabeza, quedaba justo enfrente de los ojos grises de la señora, pero le faltó coraje. Puede ser viuda –pensó– debe vivir cerca, en Pocitos, en un apartamento que ya le queda grande. No quiere mudarse para no tener que desprenderse de todos los muebles, los cuadros y los recuerdos que compraron con su esposo en tantos viajes. Tiene hijos que no la visitan mucho, pero a los que ella ayuda económicamente mes a mes. Vive con Rosa, una empleada que le cocina, mantiene la casa limpia y la acompaña desde hace más de veinte años. Quienes la visitan a menudo son sus sobrinos. Es una de esas tías en la que se puede confiar, esos ojos grises son de una mujer confiable, cariñosa y siempre dispuesta a escuchar y guardar secretos. No asoció el nombre con nada en especial, pero imaginó que se llamaba Aída. La Tía Aída.

¡Qué bueno hubiera sido tener en la familia una Tía Aída! Que fuera compañera, que la escuchara, que siempre la recibiera con una torta o unos scones hechos por Rosa.

Una tía que se hubiera cuestionado por qué sucedió aquel accidente y por qué, aquel día, la policía estuvo en la casa preguntando por un revolver.

Ejercicio de memoria

Entró a la cafetería y se sentó en la mesa de siempre, con la cara seria de siempre, con el mal humor de siempre. Una de las mozas lo saludó y le preguntó, esperando la respuesta ya conocida: *¿lo de siempre?*

—Sí, un cortado bien cargado y una galleta de avena.

Abrió el cuaderno, dividió la página en blanco en dos mitades, con una línea vertical y con otra horizontal, la página quedó dividida en cuatro cuadrados. Lo hacía seguido, eran ejercicios a los que se desafiaba desde que notó que su memoria fallaba. Su padre enfermó de Alzheimer a la edad que él tenía ahora. Le daba mucho miedo a terminar como él, sin reconocer a su hijo ni a sus nietos.

Había empezado por completar todo el abecedario con países, después con ciudades y últimamente con marcas y modelos de autos. Esos ejercicios le resultaron fáciles, entonces se decidió por los nombres de actores y actrices. Cinco actores en uno de los cuadrados y cinco actrices en otro. Ya había terminado con la A y la B. Intentaba, ahora, completar esos dos cuadrados en la página con cinco actores y cinco actrices cuyo apellido comenzaba con C. Después seguiría con las otras letras. El desafío era terminar por lo menos tres grupos por día, pero ya el primer día solo pudo con la A y la B, esto le llevaba mucho más tiempo del que había pensado.

Comprobó, entonces, que su problema de memoria era siempre con los nombres, le resultaba fácil recordar países, ciudades, autos, lugares y calles pero, desde que empezó con los actores, todo era más lento y a veces imposible. Visualizaba la cara del actor, la película y, a veces, hasta el nombre del director. Pero el del actor no aparecía.

Comenzó con las actrices, fue bastante rápido con las cuatro primeras: Penélope Cruz, Belén Cuesta, Courtney Cox (Mónica en *Friends*) y Jennifer Connelly, de la que durante mucho tiempo dijo que tenía, sin duda, los ojos más lindos del cine.

Se había impuesto algunas reglas: solo se tomaban en cuenta los apellidos y no podía recurrir a Google ante cualquier duda. La idea sería, siempre, exigir a la memoria.

Con los actores, también recordó, en poco tiempo, a los primeros cuatro: James Caan (el de *El Padrino*), Gary Cooper, George Clooney y Julio Chavez.

Le faltaban dos nombres, un actor y una actriz, se esforzaba en recordar películas que hubiera visto, actores o actrices españolas, telenovelas argentinas, actores de teatro. Nada daba resultado y le ganaba el mal humor y el recuerdo de su padre cuando, al principio, no recordaba el nombre de las calles o del médico que lo atendió por más de veinte años. Eso lo aterraba, pidió el segundo cortado y se levantó para ir al baño. Recordaba los últimos días de su padre internado, cuando él le hablaba, aunque sabía que aquel que estaba en la cama, frente a él, ya no era su padre. Mientras volvía a la mesa, asoció el recuerdo de aquellas conversaciones sin respuesta, mirando a su padre en el sanatorio, con una película de Almodovar: *Hable con Ella* y, como por arte de magia, apareció el nombre del actor: Javier Cámara

Era un avance, ya tenía los cinco actores y cuatro actrices. Sabía que la hermana de Penélope Cruz también era actriz, pero eso era como hacerse trampa y tampoco estaba seguro del nombre de pila.

Ni en las películas de Netflix, ni en las series que recordaba, no había caso, el mal humor hizo que golpeará la mesa y volcara el vaso del cortado. La moza enseguida limpió la mesa y le trajo otro, eso atenuó un poco la bronca. Se alejó por unos instantes del ejercicio de memoria, trató de recordar a su padre cuando era más

joven, antes del Alzheimer, cuando iban juntos al fútbol, cuando discutían: él defendiendo las películas de los 70 (*El Graduado*, *Cabaret*), mientras el padre aseguraba que era mejor el cine europeo de su época, italiano y francés. Le contaba de actores como Jean Gabin, Alain Delón, Vittorio Gassman y actrices italianas, Gina Lollobrigida, Sofía Loren, Claudia Cardinale.

Volvió enseguida al cuaderno, completó la lista de cinco actrices con C y, en voz muy baja, dijo: “gracias, papá”.



Bianca Urrutia

Me llamo Bianca, tengo cuatro décadas en la Tierra, tengo un hijo, un esposo y un gato. Me gusta: cocinar, leer, hacer de “manitas”, viajar, merendar, jugar con mi hijo, abrazar a mi gato, refugiarme en mi hogar y a veces escribo. Como en el anterior Pelado, quiero agradecer. Agradezco a mis varones que aguantan mi ciclomía. A mis padres, que son y serán pilar. Esta vez hay dos amores menos en mi vida. A ellos les dedico estos cuentos, un poco costumbristas y chistosos. Usher y Cristina, los extraño y recuerdo cada día. Aún los lloro.

El lenguaje de los objetos	40
Acto de locura (reivindicación de la olla Essen)	41
La Suiza del Sur	44
Un placer de pluma	47
Simplemente un gong	50

El lenguaje de los objetos

¿Y si las cosas hablaran?

Una cosa por definición no tiene vida, es simplemente un objeto inanimado. Pero aquellos que nos acompañan son receptáculos de todo tipo de emociones.

A veces son maltratados, reducen su uso a una sucesión de golpes accidentales o previamente calculados.

Son mucho más que rocas en el suelo, si ampliamos la mirada, todos los objetos que nos acompañan son espejos de sus dueños.

Acto de Locura (Reivindicación de la olla Essen)

Inspirado en el texto de Perla, Añoranza

Hace unos minutos, quien escribe se enteró de una de las peores atrocidades cometidas en los últimos tiempos. Esta señora de apariencia racional y mirada centrada, en un momento de locura, seguramente afectada por un pico de neurosis ecologista, arrojó a la basura, no puedo ni escribirlo, tiró a un contenedor oscuro, maloliente y grotesco su Essen teflonada. Todo sucedió enmarcado en una ida al cine, aquí podríamos hablar de los peligros que trae el cine como adoctrinador de inocentes, pero eso nos llevaría tantos capítulos como la Biblia. Libro que deberían leer los que gustan de entretenerse en el cine, así evitarían perderse en sus malas enseñanzas.

El hecho es que me sentí golpeada, se me aflojaron las piernas y el estómago se me hizo moñita, estoy en shock. ¿Cómo se le puede hacer eso a una olla Essen?

Conocí la primera Essen cuando aún no tenía conciencia. Sigue viva, gobernando la cocina de la adorada picarona Tía Emma. De sus 95 años, más de 60 han compartido el fuego, los aromas, los pegotes y las recetas secretas para todos menos para su Essen. Es verde, con asas de madera que hoy se encuentran a unos pocos fuegos de carbonizarse por completo. ¡Cómo han resistido las acogedoras asas! Ni un cambio han tenido. ¿Y la Essen verde? Allí sigue, en la cocina azul vieja, descascada y noventosa, como la tía Emma. La Essen no es juguetona como su dueña, no me la imagino riendo con la risa de niña, porque la Essen verde es seria, como su verde inglés. Sigue impertérrita, quizás pensando, ¿a dónde iré a parar cuando Emma no camine más en estas baldosas?

Yo imagino que irá a parar a la casa de alguna vecina, sin develar los secretos de la famosa torta de coco que sabe hornearse, jugosa y dulce entre sus paredes de aluminio con corazón de hierro, porque la casa de la hija de la tía Emma ya tiene una reina Essen.

Mi mamá miraba con celos las Essen de la tía Emma. O no eran celos, sino añoranza. Añoraba algo que aún no tenía. Cuando yo cumplí los 10 años, mamá logró ser contratada en un buen trabajo. Después de mucho esfuerzo, algunos años y sacarse las culpas cual caspa del hombro, se apareció con una sonrisa de oreja a oreja, con una gran caja pesada en los brazos. Traía su Essen, verde como la de la tía Emma, pero en un tono menos sobrio. Era el verde de la línea moderna. La Essen de mamá nos acompaña desde hace veintiocho años. Resultó, como toda su especie, fiel como perro de pastoreo. Tan fiel es que el bizcochuelo fácil de vainilla quedaba perfecto, si lo hacía mamá. Las dos veces que probé hacer la misma receta, la torta quedó insípida y se aplastó apenas la volteé sobre la tabla. Juraría que la Essen no trabajaba con el mismo convencimiento conmigo, es decir para mí. Las Essen son como los ovejeros alemanes, bichos de un solo dueño.

Mamá se transformó en una Essen *adictted* y arrastró a mi padre por el camino de las ollas argentinas. Tienen los cuchillos, la plancha, la paellera, la sandwichera, las manoplas, los adaptadores de asas, la sartén, la caldera, la sartén chica y la mediana, y no sé si han adquirido algo más en estos últimos tiempos.

Mi Essen marrón, de línea clásica, llegó de su mano. Regalo de mudanza, cuando viví sola por primera vez. Tenía veintiséis recién cumplidos. La Essen lleva 12 años rigiendo mi cocina. Nunca se me cayó, y lo único que no perdonaría es que a alguien se le caiga o se abolle la tapa. La Essen es sagrada. Más que nada conoce de guisados, no he explotado todo su potencial. No me puedo olvidar de mencionar que también tengo el savarín, y la vaporera, ambos

regalos de mis padres por diferentes cumpleaños, obviamente.

Conozco otras herejes. Hace unos años, las primas de mi esposo debieron mudar a sus papás a un residencial. Vaciar la casa fue un trabajo fácil para ellas que son muy pragmáticas. Entre las cosas que dejaron al lado del contenedor para que alguien se llevara, estaban dos Essen. Dos preciosas joyas que algún balconero afortunado habrá visto abandonar en la calle y, antes de que alguien gritara: *¡Ascensor!*, bajó velozmente por las escaleras para rescatar las ollas de su desamparo, sabiéndose así el ganador de una extraña lotería vecinal.

La Suiza del sur

El borde de su falda de lana rozaba cada minuto con más fuerza sus finas y blancas pantorrillas. Llegó casi corriendo al ascensor. Entró apretada en aquel grupo diverso, que parecía formado por un integrante de cada departamento. Aún colgaba en su rostro la sonrisa que le había ofrecido a Horacio, el joven que le quitaba el sueño desde que había comenzado a trabajar en la tienda de mayor prestigio del país. Estaba orgullosa de ser parte de London París, en unos días completaría la colección de las cinco libras de oro y podría lucir la simbólica pulsera que identificaba a las vendedoras.

Se apresuró detrás del mostrador, ya con el delantal del uniforme almidonado, firmemente agarrado por detrás de su cuello.

La encargada de la tienda vino a saludarla:

—Buenos días, Lucía, ¿qué te hace tan feliz? —le dijo, conteniendo la sonrisa.

—Estoy feliz de la vida, esta semana llegaré a tener mi pulsera —respondió levantando la muñeca izquierda, con un ademán que recordaba a las modelos del catálogo del London.

—No creo que sea sólo eso, pero es muy buena noticia —la encargada guiñó el ojo a Lucía y, apoyándose en el mostrador, habló en voz alta a todas las vendedoras:

—Muchachas; ¡tengan buenas ventas! —culminó en voz alta. El grupo se dispersó, la atmósfera era de pura energía, como si unos pura sangre esperaran a salir de las gateras del Maroñas. En 10 minutos, abrían las puertas al público.

Se casaron en los meses de la más brillante primavera que Montevideo había vivido jamás. Horacio y Lucía salieron de la iglesia sonriendo a los granos de arroz y a las pelusas por igual. Casi todos los presentes eran colegas del *London Paris*, ambos provenían de familias pequeñas de las que no sabían mucho más

que lo que figuraba en sus actas de nacimiento. Quizás por eso eran tan queridos y todo el que los conocía tendía a protegerlos como si fueran niños pequeños.

Todos comentaban lo hermosa y chic que ella lucía, su traje de satén gris deslumbraba bajo el sol y contrastaba como un tablero de damas con el traje gris topo de Horacio. Pero lo que sobresalía de aquel grupo de personas era un aura de grandeza, condimentada con esa felicidad perfecta, simple como un eslabón, esa felicidad que solo lo es si se comparte. Los novios saludaban como si fueran los reyes de un lugar idílico, sin protocolos que no permiten abrazar y besar dejando marcas de labial en las mejillas, cuellos y labios. Todos se encaminaron en cinco grupos desiguales hacia el salón Lyon D´Or, donde los novios harían el brindis y se sacarían fotos junto a aquellos seres queridos que hoy no son más que manchas en viejas imágenes blanco y negro de marco dentado. La recepción había sido el regalo de sus colegas y de los dueños del *London Paris*, quienes sumaron la sorpresa de la luna de miel en el Argentino Hotel, sorpresa que Horacio descubriría unas horas después, al abrir el sobre membretado de la empresa entregado por su jefe, después de cortar la torta.

Llegaron al viejo apartamento de Horacio antes del atardecer, se reían de que para ellos lo de la noche de bodas no aplicara. Él insistió en entrar con ella en brazos, lo que le costó más de lo que imaginó. Aunque Lucía era muy delgada, el vestido de satén se le resbalaba y por momentos pensó en que la situación sería un desastre. Nervioso, logró depositarla a salvo frente a una solitaria silla en el comedor. Se sonrieron.

Lucía volvió del baño envuelta por un camisón de seda que rozaba el suelo, la cintura se dibujaba ajustada debajo de un cinturón ancho de encaje de chantilly con tramado de flores, flores color piel. Sus pequeños hombros se enmarcaban por unas mangas del

mismo encaje que parecían flotar sobre aquel cuerpo de huesos finos. Toda ella era una aparición que recordaba a la suavidad del perfume de las lavandas. Le daba temor quitar ese vestido para llegar a ella, estaba tan hermosa que la sentía inaccesible. Pero el vestido cayó deteniendo el tiempo. Los abrazos y caricias no esperaron a la luna, con el sonido del cierre de la aduana de fondo, se amaron como si quisieran fusionarse en una ósmosis delicada. Parecía que hubiesen sido educados para tener esa fineza. En aquel momento eran la envidia de los ángeles y Dios nunca permitiría que nada oscuro los ahogara.

El camisón había sido el regalo de despedida de soltera que le habían preparado sus colegas del departamento de textiles. Nunca había poseído algo tan elegante y costoso. La seda era de China y el encaje de Francia. Le hubiese gustado usarlo miles de noches con Horacio, el roce de la tela le gustaba tanto como la sensación de la piel de Horacio sobre la suya. Hasta sentía que tenían el mismo olor. Después del accidente no lo usó más. Pero, hasta la noche del día en que les tocó reencontrarse, habría la caja redonda y lo tomaba entre sus manos, hundiendo la cara en él.

Un placer de pluma

No voy a decir que todo tiempo pasado fue mejor. Esa frase es demasiado vulgar y lo vulgar me hace cosquillas. Les aseguro que para una pluma, las cosquillas no son algo simpático, resultan una tortura y uno termina sintiéndose como el apache lento que cabalga detrás de la tribú. Porque si hay algo que acumulamos las plumas, además de palabras, es polvo.

De todos mis dueños, recuerdo con especial cariño a la baronesa rusa Irina Plovchenko. Vivía en una mansión de estilo neoclásico con algunas reminiscencias al palacio de invierno de San Petersburgo. Su esposo me entregó como uno de los regalos de su cumpleaños número 20. Llegué en una caja envuelta en papel de oro, junto con el platillo para apoyarme y el tintero en bronce puro, ribeteados con plata y oro. Fue mi primera dueña.

¡Irina era tan bella! Amaba escribir, para ella era un vicio y una distracción muy lejana a las banalidades de la corte. Aunque es cierto que ocupábamos casi todo nuestro tiempo de escritura en responder las cartas a sus múltiples amigos y conocidos de la corte. Irina era la heredera de una gran fortuna y pertenecía a la vieja aristocracia, esto le otorgaba un diferencial de poder con respecto a su esposo frente a los administradores de las tierras, quienes incluso le temían. La precedía la fama de la familia Plovchenko, como amos implacables. Todos ellos ejercían su poder de forma vertical y no aceptaban fácilmente lo que consideraban errores. Irina cumplía con las expectativas. ¿Pero cómo no hacerlo? No es fácil ser una joven poderosa en una corte atenta al mínimo traspié, casada por conveniencia con un esposo envidioso, estar al frente del servicio de sus propiedades y, además, mostrar una imagen de aplomo frente a miles de campesinos que estaban cultivando ideas revolucionarias, anti monárquicas.

Irina no tenía miedo a nada. Ese fue su fin. Las cartas llegaban y las respuestas surgían con un lenguaje exquisito, sumamente directo hacia sus administradores. Ella despreciaba el descontento campesino y las múltiples revueltas que iban sucediéndose en el Imperio. Tampoco tomó con seriedad la revuelta de los bolcheviques, muy cerca de Moscú. Estaba segura de que el poder del Zar apagaría toda llama de rebelión, con enviar los soldados a “eliminar la escoria”. Me resultaba increíble que desoyera las alarmas. Aún habiendo sido educada en Historia, dudaba que en Rusia fuera a pasar algo parecido a la Revolución Francesa. Su valentía y su sesgo nublaron su inteligencia.

Un día, entró muy agitada en el dormitorio principal, golpeando las puertas con fuerza. Inmediatamente, supe que algo grande se acercaba, un suceso de esos que marcan el norte de una vida. Irina se sentó, como perdida en el escritorio, comenzó a escribir con una velocidad que no le conocía. Se molestaba consigo misma, hablaba en voz alta, increpando sus propios párrafos. Me golpeó un par de veces contra el tintero. Me pidió disculpas, tomándose con ambas manos, mientras apoyaba su frente en ellas. Lloró. Así, continuamos no sé cuántos minutos, yo empapado, ella desconsolada. Escribió un testamento a enviar a su prima Olga, quien estaría viajando al exilio en Gran Bretaña. Una esquila a su escribano, con la orden de pagar grandes cantidades de dinero a sus empleados de confianza. Por último, una carta a su esposo. Él estaba en San Petersburgo, porque era parte del consejo del zar. Le aclaraba la situación apremiante de la zona, le decía que no huiría a pesar de los consejos de sus familiares. Además, ya era demasiado tarde. No había amor en su carta, como no lo había entre ellos. Simplemente respeto. Cerró con un: “Afectuoso recuerdo, de tu Irina”.

Casi terminaba de entregar a sus criadas de confianza algunas

alhajas, pieles y posesiones valiosas, cuando se escuchó el estruendo en la sala principal. Irina les dijo que huyeran rápidamente por el pasadizo secreto que terminaba en el centro del laberinto de ligustrina, a ciento cincuenta metros, por el jardín lateral. Ellas lloraban. Me resultó doloroso ese cuadro: ellas de rodillas le rendían homenaje a su señora, de rodillas, como tantas otras veces habían estado, recibiendo golpes. Aún así, o a pesar de eso, la amaban.

Recibimos a la horda vestidos con nuestras mejores galas. Ella, en terciopelo y sedas color ámbar, un vestido que resaltaba sus ojos azul oscuro y la hacía verse como de oro. La tiara de las mujeres de la familia se sostenía en su pequeña cabeza, rodeándola con hojas de roble en oro gris, mientras que los zafiros brillaban frente a las miradas extasiadas en odio. Ella era una diosa frente a viles humanos. Una diosa con una pluma en la mano.

Pobre de mí. Hubiese querido que mi historia también terminara allí.

Simplemente un gong

Soy un gong. Llevo días o semanas, más tiempo del que puedo tener idea, viendo pasar caminantes diversos por Bartolomé Mitre. La mayoría se repiten día tras día los 5 días de la semana laboral. Esos días me siento dentro de *La invención de Morel*, un extra de la acción de imágenes repetitivas que se mueven allá fuera. Las personas no me registran como yo a ellos y me resulta divertido, porque puedo observarlos en plena transparencia.

Aquí y allá, con traje, deportivo u overol, escupen el piso, tropezan y miran para todos lados para corroborar que nadie se esté riendo de ellos, los hombres bajan la mirada mientras dan vuelta la cabeza cuando pasa una chica o mujer, a veces se hacen los vivos y dicen algún piropo, pocas veces el piropo es delicado y muchas rebasa lo soez. Algunos me matan de risa, no sé si se puede morir de risa y mucho menos siendo un objeto, pero la frase resulta descriptiva y me gusta copiar frases humanas.

Sigo. Los que me matan de risa son aquellos hombres y mujeres que se acercan a la vidriera y la usan como si fuera un espejo, se limpian los dientes, olvidando que sus dedos no tienen cerdas, agrandan los ojos para retirar pegajosas y verdes lagañas, que a veces dejan de recordito en la ventana y siguen su camino como si nada. Otros se esconden del barullo callejero, actuando como interesados en las antigüedades, mientras que aquí esperamos nuevos dueños, toda esta puesta en escena para sacarse mocos, que harán bolitas y sí, pegarán en las ventanas, aunque los más limpios las dejarán caer suavemente al suelo. Y sí, nadie se da cuenta. Ellos siguen su camino así, tranquilos. Pobres, no cuentan con este testigo. El gong de bronce chino que espera sobre el armario Luis XIV, junto al juego de platería criolla.

Pero mi vida no siempre fue así. Empezó hace muchos años, en

otro siglo. A la semana de llegar a Uruguay, fui adquirido por la señora de Mendilartzú y me transformé en el centro de atención de las comidas en la gran quinta que el investigador tenía en el Prado. La solemnidad se hacía eco entre las paredes, cuando Rosa golpeaba mi estómago de bronce. Vi personajes ilustres pasar por aquel comedor y hasta me sacaban al jardín interior cuando la familia decidía hacer un picnic de invierno. Para los de verano, estaban los vastos jardines exteriores, con aquel precioso parque de árboles europeos y nativos. Soportaba estoicamente los embates de las dos hijas del Doctor, cuando cada tanto me secuestraban de la mesa lateral de mármol para llevarme a jugar a las comiditas. Fui tan feliz durante aquella vida, lejana en el tiempo y en el espacio.

Después de pasar años en un sótano, oscuro, húmedo y de olor nauseabundo, fui entregado a una reconocida casa de remates, junto con mucho del mobiliario de los Mendilartzú. Mi brillo y sonoridad se vio disipado después de aquella separación. Llevábamos muchos años y vivencias juntos, sé que muchos de aquellos muebles y adornos no sobrevivieron a la subasta y, los que sí, fuimos separados sin pudor. Así fui pasando mi vida, me tocaron dos casas más. Una familia insípida y sádica, que vivió en la calle con nombre de poeta, en un casa con cerrojos, fuera de la puerta del dormitorio de las sirvientas. Después del robo, me compraron unos estudiantes del interior en un feria barrial. Esos años de descuidos fueron los peores, entre el humo de tabaco y el de marihuana, el bronce perdió hasta el recuerdo de lo que era el brillo dorado oscuro de antaño. Recuerdo la vez que casi queman el palo de cerezo con el que formamos equipo desde siempre, arrojándolo a la estufa mientras saltaban como poseídos al ritmo de una música endemoniada que repetía: *¡Devolvé bolsa!* La peor etapa de mi vida.

Hoy espero ansioso el nuevo viaje. Ayer preguntaron por mí dos personas, un hombre y una mujer, jóvenes y muy bien vestidos. Elegantes como gacelas, olían a hierbas y flores. Ambos con manos muy finas, adornadas de una piel delicada y manicura profesional. Hablaron de que sería perfecto para el nuevo servicio del spa. Yo no entiendo qué tendré que ver en ese lugar, por lo que leí en una revista que estaba sobre la mesa, en esos lugares hay piscinas y se hacen masajes, son algo así como un templo para los sibaritas u aburridos del mundo humano. ¿Qué haré allí? No lo sé. Solo espero que no me metan muy seguido al agua, porque perderé el brillo que costó tanto volver a hacer relucir. Mi miedo no está infundado, escuché que la mujer con su voz finita le decía al vendedor:

—Reservalo, por favor. Mañana lo pasaremos a buscar. Es perfecto para los baños de gong que comenzaremos a ofrecer. Ah, ¿no los conocés? Es el nuevo servicio top que la rompe en todos los centros V.I.P del mundo. Lo último en el Spa de Mont Blanc. Queremos empezar en unas semanas. Vamos a sacar un anuncio en *Galería*. Se me ocurrió una idea: ¡El gong aparecerá en la foto!

IV Camila Torterolo

Pelado, no te voy a mentir. Dudé si lanzarme de nuevo, o no, a esta aventura. No es por ti. Es por mí. Que me encontrás parada desde otro lugar, con otra piel y en otras búsquedas.

Irrumpiste con tu invitación como un viajero en el tiempo, haciendo eco de otra etapa de mi vida. Como un recordatorio de que en esto de escribir hay algo. Con una sincronía casi mágica. Y me dejaste recalculando. ¿Tendré algo para decir? ¿Habrá un lector del otro lado que me reciba? Allá voy, Pelado, a ver qué encontramos. Gracias por volver a abrirme la puerta.

Al suelo	54
Wow	56
Basta	57
Pronto juntos	59

Al suelo

Giménez era el director de una de las empresas más prestigiosas del país. Su nombre resonaba en la cúpula empresarial, como todo un referente. Pero así como era conocido su talento, era sabido su mal genio. Cecilia era parte de su equipo y le tenía miedo, que dejaba ver en forma de respeto. Sabía que, cuando Giménez la precisaba, tenía que abandonar lo que estuviera haciendo: era la prioridad dentro de la empresa y lo primero que se aprendía al llegar. Quien no lo tuviera claro, pronto lo sabría.

Cecilia había aprendido ciertas estrategias de supervivencia frente a Giménez. Cuando la llamaba a su despacho, se limitaba a responder únicamente aquello que le preguntaba. Sabía que proporcionar información extra podía volverse en su contra. Tenía medidos los segundos de tolerancia entre el pedido (o exigencia) de la información y la respuesta. Pasarse de ese límite, complicaba la escena. . .

Según comentaban las más veteranas del equipo, Giménez estaba mucho más tranquilo ahora que en su juventud, como una especie de consuelo mal logrado. Pero Cecilia podía ver con claridad que simplemente se había naturalizado su forma vetusta y violenta, donde la estructura de la que era parte era cómplice y lo alimentaba.

Un día, Cecilia presenció lo que llamó una pequeña venganza fortuita:

Era un miércoles común y corriente. Giménez pasó por el despacho de Cecilia para hacer sus preguntas de rigor sobre cómo venían las ventas. Luego de cumplir con su visita semanal, se dio la vuelta para continuar su recorrido. Pero fue en ese giro torpe que sucedió todo: Giménez trastabilló; hizo unos ademanes en el aire, tratando de evitar lo inevitable, y puuum: se dio de frente

contra el parqué. Quedó desplomado en el piso de la oficina.

De pronto, Giménez se había caído del personaje en el que cabalgaba siempre. Estaba despatarrado en el suelo, despojado de toda armadura. De un segundo a otro, su humanidad frente a Cecilia se hizo visible de forma estridente, como si le hubieran quitado un velo invisible de encima. Cecilia, quien nunca se destacó por reaccionar rápidamente frente a situaciones de urgencia, quedó quieta, observándolo. No era falta de empatía, era falta de respuesta frente al hecho. Conocía lo suficiente a Giménez como para saber que lo que más le estaba doliendo en ese momento era su orgullo de hombre importante golpeado. Él, que siempre andaba con la frente en alto, inalcanzable, exento de toda torpeza mundana...

Fueron unos segundos que se volvieron incómodamente eternos. Cecilia observaba con cierta curiosidad, desde arriba, la fragilidad de Giménez; un poco queriendo y un poco sin querer. Qué loco, pensó: desde esa perspectiva, parecía otro. Estaba desinflado, como si le hubieran sacado sus poderes mágicos. Y sin ellos parecía solamente un viejito.

—¿Está bien? —reaccionó Cecilia, estirando su mano con bastantes dudas de que fuera aceptada.

Giménez se rearmó torpemente y enrojecido, impulsado por su ego, no por la mano de Cecilia.

—Con el orgullo hecho mierda —respondió sin mirarla.

Y así, sin decir más, Cecilia entendió que esa pequeña escena debía quedar en la confidencialidad de su oficina.

Con el cuerpo entumecido, Giménez retomó su recorrido. Paso a paso, iba encarnando su personaje otra vez. Disimulaba bastante bien lo cojo de su pierna. Pero Cecilia aún podía ver su vergüenza, de haber sido descubierto humano, corriendo caliente bajo el rojo de su piel.

Wow

Ayer me levanté con toda la espalda contracturada. Le comenté a mamá cuando pasaba, justificando mi inercia en el sillón.

—¿Qué te pesa? —me preguntó.

—¿Qué me pasa? —la corregí.

Me miró sin decir nada y me sorprendí al entender lo acertado de su pregunta. Wow. Tantas cosas me pesaban. . .

Basta

Mandar el informe. Llamar al médico. Responder a su amiga. Pasar por el súper. Ir a la lavandería. Pensar el menú de la semana. Que sea rico, que sea sano y no muy caro. Que incluya carne, pero no tanta. . . Todo al mismo tiempo. Ya, ya, ya. La mente de Julia es como un navegador con decenas de pestañas abiertas. Está tan acostumbrada al trajín, que cuando la rutina se calma, muy de vez en cuando, ella misma se encarga de llenar sus espacios y de buscar nuevos compromisos y exigencias, de los cuales luego se queja. Exige tiempo libre; pero, cuando lo tiene, se aburre. Esa es la ambivalencia con la que convive: se cansa con la ola de pendientes que la sobrepasa, pero genera de forma constante sus propios tsunamis.

Un poco más, dale, siempre se puede ser un poco más productivo. Cuánto hizo, cuánto no: un balance diario. Qué tachó de su lista de pendientes, qué quedó. Cuánto tiempo le llevó cada tarea. Pasar un auto, pasar al otro, luz verde, bocina, *¿por qué no arranca?* Post it por acá, notas por allá. Recordatorios en el celular que irrumpen estrepitosamente. *Qué chillido más molesto*, piensa Julia cada vez que suenan, pero los posterga, porque los sigue queriendo en su vida, y vuelven a sonar.

¿Estaré siendo buena amiga? ¿Buena hija? ¿Buena en mi trabajo? Su hacer constante viene acompañado de evaluación y duda. Porque sabe correr también por dentro, dando zancadas de un tema a otro.

—Ufff. Qué cansada estoy —exclama Julia a su amiga, mientras deja caer su peso en el sillón.

Lo dice sorprendida. Dudando de su energía. Con el tupé de cuestionar la capacidad de su cuerpo, que exige como máquina. *¿Estará habilitada a sentir cansancio? ¿Será un error de fábrica?*

Seguir y seguir. Llenar y llenar. Sostener. Atender. Cumplir.
Estar. Basta.

¿Cuándo empezó a ir tan rápido mi vida?, piensa Julia.

¿Cómo viene la tuya?

Pronto juntos

En vida, a Pedro siempre le gustó hacer bromas. ¿Por qué no iba a hacerlo ahora? Pero no se lo puedo decir a Miguelito, mi hijo, porque va a pensar que estoy loca. Y andá a saber en dónde termino, sino... Te pido que esto que te voy a contar, no se lo vayas a decir.

Mirá: al principio pensaba que era yo, desmemoriada por la edad, que me olvidaba en dónde dejaba las cosas. Pero un día me di cuenta de que era él:

Estaba en la cocina, como siempre, con la radio prendida. Me había sentado a tomar unos mates, porque hace tiempo que no aguanto muchas horas parada. Cuando fui a sacar el pastel de carne del horno, y volví, el mate ya no estaba. Te juro por Claudia, la del almacén, que el mate apareció en la mesa del comedor, donde él se sentaba. Y así venía haciendo desde antes, con otras cosas que me escondía.

¡Ay! Cuando caí en la cuenta de que todo este tiempo había sido él, lo rezongué al aire. ¡Si hubiera entrado Miguelito en ese momento! Ja ja ja, qué hubiera pensado... Ahora me río porque después de un rato me pareció gracioso. Así que entré en su juego: empecé a hacerle bromas a él.

Lo primero que hice fue tirar los chiches de León por las escaleras y me fui rapidito para el cuarto, como si Pedro viniera detrás de mí. Ah, cómo le molestaba eso. *Este animal nos va a matar... No nos respeta... Te vas a romper la cadera otra vez...* Unos minutos después de hacer mi travesura, sentí cómo arrastraba la silla de la cocina, de un lado a otro. ¡Viejo rezongón! Me estaba respondiendo. Qué manía tenía con arrastrar las sillas...

Pero no siempre es un tire y afloje con Pedro. Ni todo es broma. A veces nos damos aire y no nos hablamos por unos días. Y

otras veces nuestros mensajes se vuelven tan sutiles, que pueden perderse en el caos cotidiano. Pero están ahí, presentes, como una forma de decir acá estoy.

No te quiero aburrir con nuestras vueltas, pero a veces, cuando estoy limpiando, siento su silbido. Y sé que lo escucha también León, porque ladra. Pero no ese ladrido de miedo, de cuando tocan el timbre. Ladrido de amor, de panza para arriba. Ese llantito de felicidad y a la vez tristeza, que sé distinguir y sé que Pedro también.

Pero mi momento preferido de los dos es cuando, muy cada tanto, ya pronta para dormir y con los ojos cerrados, me parece oler su pipa. Como si aún siguiera humeante por ahí. Sé que no tiene sentido, pero me gusta creer que sí, que es él, mientras me voy entremezclando con mis sueños, y ya no distingo lo que es real de lo que no lo es. . .

Así van pasando mis días con Pedro. Él allá. Yo acá. Pronto juntos.

V Valeria Sarroca

Mi nombre es Valeria, escribo y leo mucho, desde los 5 años. Soy casada, madre de tres hijos divinos. La fotografía también es mi hobby. Practico Reiki. Soy economista, prefiero dedicarme a la escritura.

Los Caras Azules	62
El resfrío	63
Sola	64
Me pesan	65
1984, noviembre	66

Los Caras Azules

“Los Caras Azules”: Así empezamos a llamar a nuestros niños en el año 2020. Eran de rostros pálidos, ojeras, nariz con sombras y la cara azul.

Demoramos en darnos cuenta de que ese color gris azulado provenía de las pantallas, imposibles de controlar. Con la pandemia, esto se expandió como una peste facial y mental.

Eran chicos que no nos escuchaban, todo les importaba cero y ni miras de agarrarles el celular, ya que tenía face ID.

Fue una generación difícil. Sacarles el Play Station o la computadora no servía, sólo los alienaba más de “su sociedad”.

Un día, miré al espejo de la pared del comedor y todos nos habíamos convertido en “caras azules”. A lo que ellos no conversaban, cada uno de nosotros, los adultos, usaba el celular.

Por suerte, el verano ayudó, pero fue efímero, se volvió a más de lo mismo.

Asustados, recurrimos a psicólogos, quienes solo reafirmaban que todos estaban “en la misma”, que no nos preocupáramos.

No fue tan así, ya que, en el 2030, a 10 años de la pandemia, en vez de *Caras Azules*, teníamos *Niños Ciegos*.

El resfrío

Me levanto con un resfrío tremendo y un granito. Nunca me había salido un granito. Soy de piel seca, no me maquillo y soy rubia. Trabajo en una Central Hidroeléctrica de Karahnjúkar, Islandia.

El piso gélido me hiela todo el cuerpo. ¿Dónde estarán las pantuflas? Voy con mi frazada, hasta la cocina. Caliento leche y hago lo mismo de toda la vida, le agrego miel y whisky. Me va a quitar el frío.

Tengo fiebre, me agarré el maldito COVID, no lo puedo creer.

Vivo sola, bueno, tengo un gato blanco, de ojos azules, llamado Thor.

Son las seis de la mañana. Afuera está helado, todo blanco por la nieve, el pueblo, el camino, no se ven. Esto de vivir en Islandia... yo no sé qué locura se me dio. Es un buen trabajo, soy ingeniera y me pagan fortunas.

Los vidrios helados me inspiraron a hacer una carita, pero no feliz, el dedo se deslizó hacia el lado triste y enseguida empecé a temblar. El frío era terrible. Me acosté de nuevo. Thor se enredó en mis piernas.

Pasaron las horas. No escuché el despertador. Qué raro. Hervía de fiebre, deliraba. Recordaba la arena caliente de aquel viaje al Caribe, las olas del mar en La Paloma. Nombé todas las playas en las que había estado. Mamá, Papá, mis hermanos, sobrinos. Mi mente no paraba, era imponente.

No podía levantarme de la cama para buscar el celular. El calor de Thor me empezó a incomodar, era mi única compañía. Empecé a ver sombras, luces, una mancha, la que me había acompañado toda la infancia. Esa calavera con la que mis primos me asustaron. Pero esta vez la vi completa. Con su hoz me miraba fijo. Me tomó de la mano y me llevó con ella.

Sola

La noche es fría, los árboles bailan al ritmo del viento.
El whisky no corre por mis venas hoy, para calentar el
cuerpo.

Estoy sola, pienso en la amatista, soy yo, frío de piedra,
me voy convirtiendo en ella, sus ojos violetas,
reflejan los míos, hasta ser uno entre ambos. Me
obsesiona, está tan fría como yo.

Las ventanas cantan, sus cantos de buenas noches.

Se abre la mía, en un estornudo del viento.

Todo el cuarto se congela,
no puedo moverme para sacar el frío,
siento que voy perdiendo la temperatura, a cuentagotas.
¿Quién es quién, la amatista o yo que pierde el frío?
Ella refleja las estrellas.

Pienso: por lo menos allí, encontraré sueño y calor.

La roca violeta sobrevive a todo,
llega a donde quiere, y con quien quiere.

Yo llego, convertida en piedra,
sola.

Me pesan

Me pesan los pies,
me pesan las piernas, los brazos.
Me pesa la respiración, el pecho, los pulmones.
Me pesa la mente de pensar si será o no será, aquel beso
robado, el que el cuerpo me ha arruinado.
Cada día más pálida, deambulo por mi casa, cayendo en
un sillón, por suerte oscuro, ya que con mi tos sale
sangre. Los médicos no entienden cómo me agarré
tuberculosis.
Pero yo sí entiendo, yo sí lo siento y yo sí comprendo
cómo me ha matado ese hombre vampiro. Ese
hombre que devoró mi corazón, le clavó agujas y
noches de llanto, llenando la bañera de lágrimas
saladas e indecisión de acabar con el dolor.
Ya alucinando le digo: “Batman, Batman”. Nadie me
presta atención, su nombre era oscuro como el
apodo. Tiene que ser él quien mi corazón arrancó.
Lo hizo pedazos y, parte por parte, lo devoró.
Espinas tenían sus besos, violencia sus caricias. Pero nadie
me presta atención. Rendida me duermo, en esa
somnia, el doctor y mi madre hablando de que
no tengo solución. Ambos pulmones picados por la
tuberculosis. Hay que tomar una decisión para
apagar mi dolor. Veo al médico inyectarme algo, le
acaricio con la fuerza de un pájaro y suspiro
“Batman Batman. . .”.

1984, noviembre

La vi caminar de una manera extraña. Ea una mujer flaquita, rubia y de pelo corto. Me enoja que esté en mi azotea, en mi refugio.

Es una vecina. La del cuarto piso. Siempre llega del mercado llorando, la vi en el ascensor. Yo le acaricio la mano y ella me sonrío. No sé por qué tiene sus ojos tristes y a veces negros. No me animo a preguntarle. Ahora que pienso, le presto mi refugio, capaz le sirve para escaparse, como yo de las peleas de mamá y papá.

Dicen en el jardín que soy “inexpresiva” y que hablo muy poco para la madurez que tengo. La maestra no sabe de mis dibujos, ni de mis charlas con Elena, mi amiga azul.

Tengo cinco años, cumplo seis en diciembre, soy morocha, flaquita. Vivo en el octavo piso. Me gusta dibujar y leer mi libro de *Peter Pan* con Elena, mi amiga imaginaria, según mamá. Me encanta mirar el mar, que sólo se ve desde la azotea del edificio. La señora que trabaja en casa nunca se da cuenta de que yo agarro la llave, robo unas galletitas y me escapo.

Sentí cómo la brisa cálida acariciaba mis cachetes y volaba el camisón de la señora rubia. Cuando el Sol está por irse, es mi momento preferido. Escuché a la Señora rezar. Fui a verla, quizá le gustaría ver el atardecer conmigo. Me acerqué, cuando me faltaban unos pasos, escuché: “Amen”, y se tiró.

Una parte de su camisón rasgado quedó enganchado en un clavo. Lo agarré y pensé: “Vuela como Peter Pan”. Emocionada, tomo la cinta de su camisón mágico y me la ato en la cintura. Pienso con alegría: “Voy a volar como Campanita”. Me subo al muro y doy una vuelta, feliz. Escucho a mamá gritar y me bajo medio mareada. Mami no para de llorar. Yo solo pienso en volar, como Peter Pan y Campanita.

VI Inés Saravia

Presentación	68
El buzón	70
La vuelta	74

Presentación

Mi nombre es Inés.

Encontré a muchas personas en el camino que formaron mi espíritu lector.

Primero, una maestra en Primaria que llenó mi cabeza de cuentos e historias.

Luego, en Secundaria, un profesor que abrió el corazón de los libros.

La vida me dejó acompañar a Jorge, mi cuñado, a una radio barrial. Él despertó en mí la escucha y la palabra como puente.

De la necesidad de leer y compartir, surge un taller de lectura. Allí, el profesor Enrique Palombo abre las puertas de su casa para el encuentro con voces en tinta y prosa. Su impulso y motivación, al igual que el de mis amigas de letras, hace que me inscriba para hacer el profesorado de Literatura en el IPA, Instituto de Profesores Artigas.

Es en una edad madura que este desafío me encuentra, pero los cálidos deseos de mi familia me llevan hasta ahí, donde aún pertenezco.

Navegar en los ríos de historias, que la gente me brinda en mi labor cotidiana, me empuja a encontrarme con la escritura, viejo arte redentor.

Buceo en una propuesta del psicólogo Alejandro Barbieri y me encuentro con Andrea, la escritora y poeta que entiende la escritura como la literatura que sana.

Se siguen tejiendo los caminos. En ese atar y desatar de la madeja, comienzo a descubrir las cosas hermosas que logran plasmar los seres humanos, en un taller que Andrea dirige.

Mi producción fue variada y torpe al principio, después se fue torneando y elevando para salir a la luz, como pudo, como puede.

Hoy, estoy acá para ustedes. Dejándoles estas palabras que ya no son mías.

El buzón

Al principio lo tomó como algo temporal. Era joven y quería trabajar. Sin embargo, el salario se fue haciendo imprescindible y no siempre podemos elegir entre lo que soñamos y lo que necesitamos. “*La necesidad tiene cara de hereje*”, decía su abuela, y tenía razón.

Con el tiempo, sus pasos se hicieron rutina y las caminatas, con frío o calor, parte de la jornada laboral. Así, pasaron veintitrés años.

Marcos caminaba seis horas por día recorriendo los buzones de diferentes barrios. Él pensaba que los mismos eran el reflejo de las personas que vivían en esas casas. Se veía sorprendido por la creatividad de sus estructuras. Tanto podían ser de lata, como de madera. Con el reciclaje, los botellones de plástico eran dignos de admiración. De acuerdo al sobre que depositaba en ellos, imaginaba la cara de quien lo recibía. Esas cajas guardaban alegrías o tristezas; decepciones o noticias gratas; deudas o herencias. Las sorpresas entraban por una pequeña ranura y esperaban a ser recogidas.

Mantecía un paso firme y largo. Cargaba un bolso grande cruzado y apoyaba su peso en la cadera izquierda. La boca ancha permitía que él hundiera su mano fina y huesuda sin problemas. Con un gesto ágil y rápido, introducía los sobres en los buzones.

Hubo un día que Carlos, su compañero, no pudo hacer la zona y se la encomendó a él. Le señaló que en esta calle las casas eran mansiones y debía, muchas veces, entrar a buscar los buzones que estaban como escondidos.

Hacia allí partió Marcos. Le gustaba conocer lugares nuevos.

Cuando llegó a la tercera casa, se encontró con un gran parque de árboles enormes, portadores de mucha sombra e historia. Desde

el muro de piedra con portones altos de hierro, hasta la casa, había como cincuenta metros.

Su trabajo era hacer las entregas, dejarlas en el buzón, pero en esta ocasión no lo encontraba. *Capaz que está adentro, en la casa. ¿Pero para qué van a poner un buzón adentro, si su función es estar afuera?*, pensó.

El timbre brillaba por su ausencia. Se agachó, mirando por el cerrojo, buscando alguna alarma, o campana y nada. Dudó en entrar sin avisar, entonces golpeó las manos. En el silencio solo se escuchó el eco de las palmas.

Con una mano en la correa del bolso y la otra en la cadera, meditó unos segundos. No sabía qué hacer. Si entraba hasta el fondo, capaz que tenían perros pero, si no entraba, no podría dejar la correspondencia y quizá era algo importante.

Miró para los costados, como buscando respuestas. Como no había nadie que se las diera, con un empujón seco abrió el portón y entró. Un camino de piedra laja le daba la bienvenida. Plantas verdes y grandes, mucho arbusto y, como quien se inclina a contarte un secreto, las ramas bajas de los árboles lo rozaban.

A medida que se acercaba a la casa, lograba sentir algunas voces. Se detuvo. El tono de lo que escuchaba provenía de un hombre que incriminaba con celo y furia a otra persona.

—¡Te lo dije, Margarita, otra vez no te lo voy a perdonar! ¡O sos mía o de nadie! —gritaba.

—¡Augusto no es lo que vos pensás! ¡Estás equivocado! ¡Dejame ir! —imploraba una mujer.

—¡No, no, no, de acá no salís! ¡Esta me la vas a pagar!

A Marcos se le heló la sangre. Le temblaban las manos. Quería sacar el celular pero, con los nervios, no le embocaba al bolsillo del bolso.

Seguro es violencia doméstica, pensó. ¡Qué cosa tan horrible!

¡Me clavaste como a un zapato, Carlos! Por culpa tuya estoy acá. ¿Quién me mandó a entrar? Hubiera seguido de largo. Pero, ¿si pasa algo y nadie se entera?

Estaba en el medio del recorrido. La misma distancia lo separaba de la puerta de la casa que de la salida al portón.

Mejor avanza. Capaz que es un televisor prendido, se dijo.

Empezó a caminar de nuevo y, en eso, otra vez las voces discutiendo.

—¡No me mires con esa cara Margarita, no me desafíes! Sabés que tengo el arma en la mano y cuando estoy enfurecido no titubeo. Y si no, preguntale en la morgue a tu amante.

Ya está, llamo a la policía. Esto ya se pasó de gris oscuro, se dijo Marcos.

Susurro en el teléfono la dirección y la situación. Le dijeron que no hiciera nada, porque un móvil ya iba para ahí.

—¡No, Augusto! ¡No! ¡Por favor. . . ! —volvió a escuchar. Esta vez, con un ruego desesperante.

Se sintieron dos disparos.

Marcos, impulsado por un acto de hombría, corrió hasta la casa y, con un abrupto impulso, entró. Ahí estaba Augusto, con el arma en la mano y la víctima, Margarita.

El hombre lo miró y le dijo: *¿y usted quién es?*

La muerta se incorporó y, con los ojos abiertos, le preguntó: *¿usted golpeó?*

Alrededor de la escena, varios jóvenes con cámaras y guiones se asombraron cuando entró Marcos.

Atrás de él, la policía.

—Pavadita de susto me llevé, Carlos —le contaba a su compañero por el teléfono —Me podías haber avisado que la academia

de teatro estaba abierta.

Del otro lado, Carlos lloraba de risa.

—¿Pero no viste el cartel, Marcos? Es gigante.

—No, no tenían el cartel. Se voló con el temporal del viernes, igual que el buzón.

Después que cortó, se agachó a atarse los zapatos y, en cuclillas, reflexionó:

Y sí, a mí me parecía que el buzón no podía estar adentro. La próxima vez, me traigo un chifle.

Se fue cantando bajito, dándole palmaditas al morral; como quien, con orgullo, felicita a un hijo por obtener una buena nota en la escuela.

La vuelta

*“Dicen que hay una murga
que morirá enamorada
de aquel país que guarde
la esencia de una barriada.
Se puede perder todo
Todo menos la esperanza. . .”.*
(Murga Contrafarsa 2003).

Volvió al barrio después de mucho tiempo. No le quedó más remedio, dadas las circunstancias. La casa de los padres estaba como siempre, con el mismo rosal y el mismo jazminero.

Cuando se fue, sintió el triunfo de despegarse de aquello que, según él, no lo dejaba crecer. Había estudiado en una universidad privada, sus buenas notas hicieron que adquiriera una beca por la mitad del valor de la cuota y su padre pagó la otra mitad con orgullo. Era licenciado en Administración, empleado de una prestigiosa firma, tenía su auto, su buen apartamento frente a la rambla y un buen ingreso. Además, dormía con una novia linda e inteligente. Qué más se podía pedir.

Pero hay sucesos inexplicables en la vida, que vienen para recordarte quién sos y de dónde venís.

Aquella mañana concurrió, como todas las mañanas, impecable, con su traje de lino azul y una camisa celeste tenue haciendo juego. A medida que avanzaba, visualizaba una escena que no entendía. Todos estaban afuera. Raúl se rascaba la cabeza y la movía diciendo que no. Estefi levantaba los brazos, con los puños cerrados, y miraba para arriba, donde estaba el escritorio del jefe. Hasta Violeta, la auxiliar de servicio, se encorbaba sobre sí misma,

cerrándose el saco a la altura del pecho, como impidiendo, con ese gesto, la entrada a más desconcierto.

—¿Qué pasa? —pregunto Luis— ¿Pasó algo, por qué están afuera?

—¿No te enteraste? ¡Se nos quedaron con todo Luis, vaciaron el Banco, está todo en las Islas Caimán y este sinvergüenza aprovecho el fin de semana y también se fue!

Algunas personas llorando, otras pateando las puertas para descargar su ira y decepción. Nadie sospecho nada. Luego, saldría en las noticias que fue un mal negocio, que mucha gente fue engañada, que los bancos aún en pie no podían responder. Las autoridades gubernamentales querían tranquilizar a la masa enfurecida con frases como: *quédense tranquilos todo se va a solucionar; todo está controlado y la solución la encontraremos entre todos; hay que tener paciencia, estamos trabajando en ello; de está trabajando sobre esto, la situación nos tomó por sorpresa...* etcétera.

Y así paso un año. Luis se gastó los ahorros que tenía en la cuenta de un banco extranjero. Tuvo que rescindir el contrato del apartamento y la novia linda e inteligente se fue del país con un pastor brasileño.

Fue en ese momento cuando su padre logró penetrar su orgullo y lo invitó a volver al hogar donde siempre habría *una cama cómoda y un plato de comida*. Para Luis, que le dijeran esta frase era igual a que le tiraran de los pelos.

La madre lo esperaba en la puerta con los brazos abiertos y un gesto de benevolencia subrayado en la cara.

—¡Mi amor, qué alegría que estés acá con nosotros! Pasá, que te preparé un matecito. Ya todo se va arreglar quedate tranquilo.

Entró. Ya le habían preparado la cama en su antiguo dormitorio, el cual supo recibir a vecinas para yoga. Se sentó en ella y volvió a sentirse niño. El olor a sol que desprendía la almohada revelaba

que había estado al aire libre. Era lógico, porque solo se usaba en Navidad y Fin de Año.

Después de unos días, decidió que tenía que hacer algo. No alcanzaba con barrer el fondo, hacer los mandados o regar el jardín. Algo que lo distrajera de tanto pensamiento negativo. Toda la información televisiva era poco alentadora. Antes de volver a deprimirse, salió afuera a ver qué se le podía ocurrir.

En la vereda de enfrente, estaba doña Claudia barriendo. En ese momento, levantó la vista y, como quien ve un billete de mil pesos en el suelo, corrió hacia él.

—¡Hola Luisito! —gritó animadamente— ¿Cómo andas? ¡Tanto tiempo! Justo contigo quería hablar. Viste que se viene carnaval y la comisión de vecinos anda buscando gente para colaborar con el tablado. Y yo pensé: tienen que ser personas que tengan tiempo y voluntad. Y entonces dije: ya está, Luisito el de Berta, que ahora está sin trabajo.

Fue como una patada en los dientes. Tuvo el impulso de robarle la escoba y partírsela en dos, pero se contuvo. Ahora no tenía trabajo, pero ya iba a tener. Mandó como cien currículum; seguro hoy o mañana lo iban a llamar. Herido, pero estoico, respondió:

—¡Pero doña Claudia! ¿Cómo está usted? ¡Siempre tan oportuna! Me encanta que piense en mí. Pero yo estoy esperando un llamado. La verdad no puedo, pero muchas gracias.

Se dio media vuelta y entró.

Pasaron diez días y la desesperación lo hacía un ovillo en la cama. No tenía acomodo. Ni parado, ni sentado, ni acostado. Las horas no pasaban. El aburrimiento y la angustia trabajaban como pica-palo en su cerebro.

Algo tengo que hacer—pensó— pero el tablado, ¡ni loco!, ¿qué voy hacer ahí? ¿Qué van a decir de mí? Toda la chusma del barrio abre sus fauces hambrientas y yo no voy a ser comida de nadie.

No voy a ir. ¡Ni loco!

A las cinco de la tarde, se reunió la comisión vecinal en el centro barrial llamado “Aguantando la vela”, en honor a todos aquellos vecinos que durante un gran apagón (en no se sabe qué año) lograron sortear muchos obstáculos, solo con velas donadas por la fábrica de sebo.

—Muy bien vecinos. Está todo organizado y, por suerte, siempre hay buenas personas que se brindan honorariamente para ayudar al tablado barrial—dijo Lucho—. Señora Blanca, diga usted los puestos a cada quien. Y por supuesto agradecer su buena voluntad.

A Luis le toco la boletería. Y no estaba loco, estaba presionado por una madre creyente y devota de San Expedito, a quien le prometió un hijo sacrificado a cambio de un puesto laboral honrado.

El cubículo era una pequeña habitación de madera pintada de rojo, con una ventanita rectangular hecha a serrucho. Dentro y sobre una mesa chiquita, había una caja de zapatos que contenía una bolsita con monedas y un palillo con billetes. Eran las ocho y comenzaba el movimiento. Se venía el estallido y Luis estaba entregado.

—¡Luisito! ¡Tanto tiempo! —ahí parado, con menos pelo, pero la misma sonrisa, Elbio, el polaco— Dame cinco entradas, vine con la familia. ¡Qué increíble verte acá! Siempre supe que te tiraba el barrio.

—¡Señor licenciado! Qué alegría verte, ¿dónde andabas?, te habías perdido. Dame dos. Vine con Silvia. ¿Te acordas de Silvia? —le dijo otro conocido entusiasmado, agarrándole la mano por la ventanita.

Así pasaban por la ventanita todas las personas y todos los recuerdos. Nadie aludió a la penosa situación que él transitaba. Rostros contentos, a pesar de todo. Palmadas en el hombro. Frases

alentadoras como: *¡vamo' arriba, Luisito! ¡Todo pasa, compañero, no se me quede! ¡No me dé un paso atrás ni para tomar impulso eh! ¡Vamos que se puede!*

Ya estaban todos adentro del tablado barrial. Luis aprovecho el momento para prenderse un cigarro. Se lo llevó a la boca y, haciendo carpita con la mano, contra la pared, lo prendió. Un humo gris atacó las murallas rojas e hizo círculos para poder escapar. Él se quedó pensando. No estaba tan mal después de todo esta tarea. Era la primera vez que disfrutaba un cigarro sin presiones, sin apuro, sin culpa.

Llegó la bañadera, como soldados bajaron los murguistas. Trabajadores de febrero. Luis los miró. Entre ellos y él la cortina espesa del “Nevada”.

¿Quién puede saber qué va a pasar hoy o mañana? —pensaba Luis— Hoy estas acá y, como si nada, después estás allá... todo un misterio la suerte.

Suena fuerte el coro. Arranca la presentación. Y, como si fuera para él, canta *La Contrafarsa*:

*Trajeron los murgueros
 Toda la bronca de un temporal
 Nubes y truenos salen
 Por la garganta de la ciudad
 Que estalle la tormenta
 Y que se abra el cielo del 2003
 Que entre una brisa fresca
 Que nos permita volver a ver
 Un solo puerto, un río azul*

*Un faro abierto al sur del sur
 Un horizonte a conquistar
 Tesoros que trae el murguero al retornar... ”*

María Laura Rodríguez

De niña tenía las artes a flor de piel: decía que iba a ser bailarina, pintora y escritora. Después, pasó la vida, estudié Economía y las artes quedaron guardadas en algún cajón. De todas formas, mis sucesivos trabajos me acercaron a las letras. Llevo más de 25 años escribiendo acerca de temas técnicos en ámbitos de periodismo, comunicación institucional o redacción de contenidos. Más allá de eso, siempre me anduvo rondando aquello de escribir un libro (o varios). Empecé por algunos cuentos. Espero que los disfruten, tanto como yo disfruté al escribirlos.

marilumail@gmail.com

El farolito rojo	80
Sonrisa tailandesa	83
Volver a casa	87
Aplausos en el Solís	90

El farolito rojo

Miré el reloj y ya eran las 2 de la tarde. El día libre en el trabajo para preparar el examen de Facultad se me estaba yendo como agua entre los dedos. Las horas que me quedaban por delante tenían que rendir mucho más. Mi mesa de estudio era un caos: cuadernos, libros, tazas de café y los infaltables termo y mate. Cuando al fin estaba logrando concentrarme, suena el portero eléctrico.

—¿Quién es? —atendí.

—Un cedulón de la Intendencia, tiene que bajar a firmar —contestó una mujer.

En el trayecto de diez pisos en el ascensor, me iba preguntando qué podía haber hecho para recibir un cedulón de la Intendencia. ¿Sería una multa? ¿Por qué? La palabra cedulón sonaba mal.

Mi vida independiente era relativamente nueva, hacía un año me había mudado al apartamento de la calle Garibaldi, cerca de Tres Cruces, y todavía estaba tratando de amueblarlo. No podía darme el lujo de tener multas o problemas con la Intendencia.

Ya en planta baja, veo tras la reja del edificio a una mujer canosa, algo desalineada, que me miraba fijo, mientras me acercaba a abrirla. A esa hora el edificio no tenía gran movimiento, éramos solo ella y yo.

—¿Usted es de la Intendencia? —le pregunté, mientras abría y me daba cuenta de que ella no tenía nada en las manos.

—No, no soy de la Intendencia, te dije eso para que bajaras —me dijo con vos desafiante.

—Perdón, creo que no nos conocemos —dije, sin entender mucho de qué se trataba.

—¿Soy la esposa de Gutiérrez! —exclamó, como diciendo algo revelador.

—No sé quién es Gutiérrez —respondí desconcertada, mientras revisaba rápidamente en mi memoria si la conocía o conocía algún Gutiérrez, que por la edad podría ser algún amigo de mi padre, pero no logré ningún resultado.

—¡No te hagas la desentendida, sé que hay algo entre ustedes! —siguió, muy segura de lo que estaba diciendo.

—Disculpe, señora, me parece que se equivocó de apartamento, yo no conozco a ningún Gutiérrez —insistí, molesta.

—Vos sos la del último apartamento, la del farolito rojo, ¿no? —preguntó, como para desenmascaramme.

—Sí —acepté, tratando de entender cómo ella tenía esa información. Tenía una lámpara de techo roja que me había traído una amiga de un viaje a Tailandia, pero lo de “farolito rojo” no me gustó nada.

—Y sos la única del edificio que vive sola —continuó impaciente.

—Sí, ¿y qué tiene que ver? ¿Me está espiondo? —contesté sintiéndome observada y vulnerable, sin poder entender cómo esa mujer sabía tanto de mí.

—Yo vivo en aquel edificio —me señaló el edificio que quedaba justo frente a mi apartamento, pero con una manzana de por medio —lo veo a mi esposo mirar para acá todas las noches y vi cómo se hacen señas con las luces.

—¿Señas de luces? ¡Tengo el interruptor de la cocina roto y siempre hace intermitencia cuando voy a prender, no le estoy haciendo señas de luces a nadie! ¡No conozco a su esposo! ¿Realmente me está espiondo? ¿Se pone binoculares? ¡No lo puedo creer! ¡Yo no podría decir quién vive, ni con quién en su edificio!

—¡Pero ayer los vi subir al auto! —respondió enfáticamente.

—Señora, por favor, vamos a calmarnos, no sé qué habrá visto, pero seguro que no fue a mí. Yo no conozco a su esposo, no subí

a ningún auto, realmente no me interesan los hombres maduros, como sospecho que es su esposo, y mucho menos los casados. Y ahora, si me disculpa, estoy estudiando para un examen y no tengo tiempo para esto.

Quedó en silencio por un momento, noté su duda en la mirada y la desesperación de un alma herida.

—Estoy segura de que está con alguien —suspiró.

—Señora, creo que tiene que hablar con él. ¿Cómo se le ocurre ir a tocarle timbre a alguien, que ni conoce, para increparla?

—Me jubilé y estoy todo el día en casa, lo noto raro y empecé a estudiar sus movimientos —explicó, bajando un poco la intensidad.

—Creo que tiene que buscar ayuda, supongo que no es una etapa sencilla.

—Gracias, discúlpame m'hija, no debí venir, me estaba volviendo loca —respondió angustiada, con lágrimas en los ojos.

—Bueno, está bien, tranquilícese, le deseo lo mejor —me despedí con la mejor cara que pude.

Mientras subía en el ascensor, noté que la tensión en mi cuerpo aflojaba, las piernas me habían quedado temblando.

Entré a mi apartamento y bajé la persiana del ventanal. Me senté en mi mesa de estudio, pero ya no me pude concentrar. Toda la escena me seguía dando vueltas en la cabeza, desde los nervios del supuesto cedulón hasta la defensa de mi inocencia.

De a ratos, subía la persiana y miraba el edificio de enfrente, que dejó de ser parte del paisaje para tener una historia: un marido apático y una mujer desesperada, que en un ataque de celos salió a dar batalla a una fantasía muy real: la mujer del farolito rojo.

Sonrisa tailandesa

Se abrió la puerta corrediza del Aeropuerto de Bangkok. Del otro lado, el asfalto humeaba derritiéndose al sol, el aire se tornó espeso y pesado, salir a la calle se sintió como entrar a un horno encendido. Al pasar los minutos, el calor iba penetrando cada poro de mi cuerpo y el jean que traía del frío Montevideo parecía prenderse fuego sobre mis piernas. Entrar a una camioneta con aire acondicionado fue un alivio, pero minutos más tarde estaba nuevamente al aire libre en una inmensa y caótica estación de trenes.

El primer contacto con Asia fue un shock para mis sentidos. Al calor aplastante, se sumó la multitud de personas y animales por todos lados, el caos, los ruidos incesantes de bocinas y los olores a frito de la comida callejera.

Fueron casi dos años de preparación para llegar hasta ahí e iniciar la aventura con mis compañeros de Facultad. El grupo de viaje de Ciencias Económicas es un clásico que lleva décadas vigente. Cada año, cientos de recién recibidos juntan fondos – principalmente en base a rifas– para viajar durante meses por el mundo. El 2002 fue un año muy difícil para lograr ingresos: crisis económica, gente sin trabajo que devolvía las rifas y un dólar que cada vez estaba más caro. En 2003, año en el que se realizaba el viaje, comenzó la guerra en Irak y apareció un nuevo virus en China, el SARS, que obligó a cambiar el itinerario.

Esa tarde, llegamos a Tailandia quince integrantes del grupo. En los planes originales, debíamos estar en Vietnam, pero con el SARS ese país había cerrado fronteras, así que definimos usar esos días en Tailandia y esperar allí al resto del grupo para continuar el viaje. Ninguno había estado en esa zona del mundo antes, no teníamos reservas ni nada organizado, lo único claro era el objetivo

de llegar a unas islas paradisíacas llamadas Phi Phi, donde se había filmado la película de Leonardo Di Caprio “La Playa”, que catapultó a la fama al actor y al país *de las sonrisas*.

Fui la designada por el grupo para emprender la batalla, en medio de la multitud de la estación de trenes, llegar a la boletería y comprar los pasajes para tomar un tren nocturno a Suratthani, ciudad costera desde donde se va en ferry a las islas.

No ticket, me contesta detrás de la ventanilla un joven sonriente, de ojos rasgados, con aspecto de niño. Nuestro plan fracasaría con total éxito si no lográbamos tomar un tren esa tarde. Volví a preguntarle en qué horario o en qué clase podíamos encontrar pasajes. Me señaló con el dedo los días en el almanaque de escritorio y repitió: *no ticket, no ticket, no ticket*, con una sonrisa exagerada, que contrastaba con mi cara de incredulidad. No había ningún pasaje por los siguientes tres días, debido al fin de semana largo del primero de mayo, en el que toda Tailandia se tomó libre y se fue a las islas. Ese detalle no estaba en nuestros cálculos.

La noticia cayó muy mal al grupo, que había armado un campamento de valijas, mochilas y abrigos en el medio del tumulto. En aquel momento no había celulares, ni internet, por lo que entramos a una agencia de viajes para pedir ayuda. Nos dieron la opción de contratar un ómnibus para viajar a la ciudad costera al día siguiente, pero esa noche debíamos dormir en Bangkok. No había otra opción, así que aceptamos y reservamos el ómnibus y hotel.

En la puerta de la estación, nos repartimos de a tres por taxi, de forma de tener espacio para el equipaje, y los vehículos se perdieron por las calles congestionadas.

Mi taxi nos dejó en una avenida frente a un hotel sencillo, con aspecto limpio y ordenado. En el mostrador nos esperaba una tailandesa con la misma sonrisa y cara aniñada del chico de la

estación de trenes. Al ver nuestra reserva, nos dijo: *is not here, this is Hotel First, but you go to First Hotel*¹.

Habían pasado 36 horas desde la salida de Montevideo, no había podido dormir en los dos vuelos de 12 horas que tuvimos. No encontrar pasajes de tren fue un bajón, pero llegar a un hotel equivocado, sin saber dónde estábamos y sin poder comunicarnos con nuestros compañeros, fue demasiado. *You can walk down this street, it 's near*², dijo la tailandesa, con esa sonrisa de oreja a oreja que tienen dibujada en el rostro y que a esa altura me empezó a molestar.

Ya se había hecho de noche. Salimos los tres arrastrando nuestros equipajes por un lugar que no parecía turístico, había muchos vehículos, pero casi nadie en la vereda. Los comercios estaban cerrados y quedaban solo algunos transeúntes locales, que nos miraban pasar. No había rastros de los otros taxis del grupo, sólo teníamos un mapa en papel, en el que no figuraba la calle del hotel. Nos pusimos nerviosos, no parecía el mejor momento y lugar para andar paseando.

Un hombre se acercó en un tuc tuc –moto que arrastra un carrito con techo, que se usa como un taxi barato– y frenó frente a nosotros. *Where you go?*³, preguntó con la misma sonrisa de todos los tailandeses. Era joven, flaquito, curtido por las horas a la intemperie y con ropa gastada. *Here*⁴, le mostré la tarjetita del hotel. *I take you for only 100 baths, I know where is*⁵, contestó sonriente.

Pareció un buen plan, era algo así como un dólar y sabía cómo

¹No es aquí, ustedes van al Hotel First y acá es el First Hotel.

²Pueden caminar por esta calle, es cerca.

³¿A dónde van?

⁴Aquí

⁵Los llevo por solamente 100 baths (moneda tailandesa), sé dónde es

llegar. Terminé de decir “ok” y acomodó rápidamente nuestras valijas en el piso y asiento del *tuc Tuc*, nos hizo sentar arriba de todos los bolsos y quedamos haciendo equilibrio, agarrados de los fierros del techo del improvisado vehículo.

El *tuc Tuc* arrancó a toda velocidad por la avenida, metiéndose entre autos, camiones y motos. Fue divertido hasta que dobló por un callejón oscuro, angosto y solitario. Sentí un escalofrío y tuve miedo, en segundos se me ocurrieron un montón de finales posibles y ninguno era bueno.

*Stop, stop, where do you go?*⁶, gritamos al unísono, mientras intentábamos pegarle con algo, una mochila, una riñonera, pero no estábamos lo suficientemente cerca como para alcanzarlo. El conductor nos miró de refilón, sin dejar de sonreír y dijo: *it 's ok, I know where it is*⁷. Me pregunté, una vez más, qué le hacía gracia a esta gente.

Fueron unas pocas cuadras por el callejón, que se sintieron eternas, hasta llegar a una esquina iluminada. Era la puerta del First Hotel y nuestros compañeros estaban allí, a la espera del taxi que faltaba: el nuestro.

Aliviados de saber que estábamos a salvo, nos bajamos del *tuc Tuc*, todavía en estado de shock, le pagamos los 100 baths al hombre, diciéndole: *sorry, thank you*⁸, a lo que respondió: *it 's ok*⁹, con una gran sonrisa de dientes amarillos e incompletos.

⁶Pare, pare, ¿a dónde va?

⁷Está bien, sé dónde es

⁸Perdón, gracias

⁹Está bien

Volver a casa

Las rueditas de mi valija repiqueteaban sobre los adoquines de la calle peatonal de la pequeña ciudad universitaria de Bélgica, recortando el silencio del gélido domingo de mañana. El pintoresco e idílico paisaje contrastaba con mi ansiedad desesperada de volver a casa y alejarme de esa pesadilla.

El fuerte sonido del campanario de la iglesia medieval hizo revolotear a decenas de palomas y me hizo volver a la realidad. El reloj marcó las 11.

—¿Cómo las 11, no son las 10? —pregunté incrédula.

—No sé, se ve que cambió la hora, aquel otro reloj también marca las 11 —me contestó sin impacientarse.

—¡No!, ¿cómo que cambió la hora? ¿Y vos no sabías que cambiaba la hora? ¡No voy a llegar a tomar el vuelo! ¡Tenía que tomar el tren de las 10:30 y ya lo perdí!

—Bueno, no pasa nada, si no llegás, te quedás conmigo.

Me corrió un sudor frío por la espalda. Subirme a ese avión era mi tabla de salvación.

Nos conocimos un año antes, en Montevideo, en clases de teatro. Él era científico, de aspecto desalineado y bohemio, me llevaba algunos años y me conquistó con su galantería y romanticismo. Al poco tiempo, se fue al país europeo a estudiar su doctorado. Continuamos la relación por carta, en aquel momento no había internet, ni celulares, la única comunicación posible era de puño y letra.

Él quería que fuera a vivir con él, yo tenía solo 18 años y no me animé a dar ese paso, pero ahorré y fui a visitarlo por tres meses, con la expectativa de quedarme, si todo funcionaba bien.

A los pocos días de convivencia, mostró su otra cara. Una cara violenta. Estaba enfermo de celos, intentaba controlar todo lo que

yo hacía o decía, cómo me vestía o si me maquillaba. Decía que todo era mi culpa, que yo lo ponía de esa forma, pero al mismo tiempo me amenazaba de muerte si lo dejaba. A la violencia psicológica, se sumó la física. Vivíamos en una batalla permanente de golpes y moretones. Lo único que lo frenaba era mi llanto desconsolado.

Me sentía indefensa, en un país en el que no me manejaba con el idioma, me había quedado sin efectivo, no sabía a quién recurrir y no quise poner nerviosa a mi familia del otro lado del océano.

Mi plan durante las últimas semanas fue intentar mantener la paz hasta subir a ese avión.

—¡No, ya lo hablamos mil veces, tengo que volver y comenzar facultad! —respondí, mientras lo arrastraba a la parada de taxis.

La garita de taxis estaba cerrada. Tenía un letrero que —según él— decía “domingos y feriados llame al 0800 5000”.

—¿Tenés tarjeta para llamar? A mí se me acabaron los minutos —le pregunté.

—Pero no tengo plata para tomar un taxi al aeropuerto, ¿sabés lo que debe de salir?

—¡No importa! Yo te lo devuelvo cuando llegue a Montevideo, ¡por favor!

A regañadientes, entró al cajero, sacó unos cuantos francos belgas —aún no existía el euro— y llamó desde la cabina telefónica al taxi. Demoraba media hora. El tiempo parecía ajustado, pero recuperé la esperanza de llegar a tiempo al aeropuerto.

El taxista apareció en el lugar pactado y con mucha calma dominguera bajó del coche, abrió la valija del auto y metió mi equipaje. Me acerqué para decirle con ansiedad y nerviosismo que necesitaba llegar a mi vuelo. Me miró sin mucha empatía y dijo “ok”.

La carretera estaba congestionada, algo que contrastaba con

la tranquilidad de la ciudad universitaria. Los minutos pasaban y mis nervios aumentaban. El ambiente en el taxi estaba tenso, prácticamente no nos hablamos.

Una hora más tarde llegamos al aeropuerto. Bajé y corrí hacia el mostrador, arrastrando mi valija. Él corrió al lado mío preguntándome: *¿estamos bien?, ¿vamos a seguir?*.

—Sí, sí —contesté casi sin aliento. Mi técnica era contestar lo que él quería escuchar para evitar escenas. Le di un beso seco de despedida y desaparecí entre la gente.

Despaché mi valija en el último minuto. Al pasar por migraciones, se detuvieron a analizar mi pasaporte y a preguntarme qué estuve haciendo en Bélgica.

—Por favor, soy turista, solamente me quiero ir, voy a perder mi vuelo —contesté en inglés.

Los parlantes anunciaban la última llamada para el vuelo a Buenos Aires y Montevideo. El aeropuerto era inmenso, no lo había notado a la llegada. Mi puerta era la H20 y parecía estar a varias cuadras. Corrí por los pasillos moqueteados, esquivando gente que deambulaba sin apuro y bloqueaba escaleras y pasillos.

De lejos vi que los azafatos estaban cerrando mi puerta de ingreso. Grité con todas mis fuerzas para que me esperaran. Mi estado de desesperación era tal, que hablaron por interno y volvieron a abrir la puerta.

El vuelo estaba repleto, todo el mundo instalado y allá al fondo me esperaba mi asiento vacío. Por primera vez en varias semanas, dejé de sentir ese miedo que se había enquistado debajo de mi piel. El avión carreteó y despegó, recién ahí me sentí a salvo y respiré aliviada.

Aplausos en el Solís

Un Teatro Solís repleto aplaudió cuando subí al escenario. Estaba nerviosa y emocionada. Los focos me encandilaban, detrás de ellos se divisaba una multitud de siluetas oscuras, entre ellas las de mi familia, mi maestra y la directora del Colegio.

Todo comenzó una tarde en clase. La maestra propuso trabajar en la redacción “el árbol”, para participar en un concurso a nivel nacional. Tenía tan solo 10 años, pero a esa altura la escritura ya comenzaba a ser la pasión que es hoy. Recuerdo que la maestra, Mariana, me miró con complicidad y me dijo alguna frase alentadora, sabía que tenía chance. Las numerosas clases en las que hablamos de la importancia del árbol para todos los aspectos de nuestra vida fueron mi fuente de inspiración. Mi trabajo fue seleccionado como el mejor de los quintos años del colegio y llegó al cuarto lugar en su categoría en el país.

Esa tarde, en la entrega de premios en el Solís, tuve la fantasía de ser escritora, de tener una vida llena de libros y reconocimientos. Sin embargo, cuando llegó el momento de elegir, tomé el camino de los números. Tal vez por la influencia del entorno o porque ser escritora no parecía estar en el menú al terminar el liceo, o sonaba a una locura de la que no se puede vivir.

Fue la vida la que se encargó, una y otra vez, de acercarme a las letras. A través de la economía llegué al periodismo, luego a la comunicación institucional, a la elaboración de contenidos, discursos y entrevistas. Siempre rondando en temas económicos, comerciales o sostenibles, pero con la escritura como una constante.

La esencia es la que manda y lo que cultivé en aquellos años, entre pupitres de madera y patios de damero, sigue estando allí intacto. No importa cuántas décadas pasen, esa niña soñadora y

apasionada por escribir está esperando el momento de brillar. Igual que aquella vez, cuando esperaba al costado del escenario, entre los pesados telones de terciopelo rojo, el momento de salir a los focos y recibir el aplauso del público.

VIII Luis Parodi

Luis Parodi Sachetti, comunicador radial, con una trayectoria de 52 años, once de los cuales se desempeñó como director-propietario de Radio Sport. Es autor del libro *Una vida en el aire*, donde cuenta anécdotas de su trayectoria radial.

Actualmente jubilado, se ha interesado por la escritura y está trabajando en su primera novela, de género policial, ambientada en el mundo de los trasplantes en Uruguay. Ha escrito una serie de cuentos, uno de los cuales publicamos aquí. Parodi tiene 78 años, 5 hijos, 10 nietos, vive en pareja con su amada Lis y hace casi una década y media que es vecino del barrio La Mondiola.

El Taller de los Inútiles

Diálogo con mi nieto Rodrigo:

—**“Del barrio La Mondiola, sos la más rana y te llaman Garufa por lo bacán...”**.

—Qué suerte que hayas venido a visitarme, Rodrigo, a ti que te gustan las historias con canas, a pesar de tu juventud. ¿Recuerdas por algún motivo ese comienzo de una letra de tango?

— **En absoluto, para mí es “japonés puro”**.

—Así comienza la letra del tango *Garufa*, compuesta por el talentoso gallego Víctor Soliño, que refiere a un personaje de un barrio donde se asentaron, sobre fines del siglo 19 y comienzos del 20, colonias numerosas de “tanos cocoliches” que llegaban a Montevideo en barcos lentos y desvencijados, con punto de partida, o en el puerto de Nápoles, o en el de Génova.

—**Como nuestros abuelos...**

—Tal cual, como nuestros abuelos.

—**Contame, Nono, ¿cuál es el origen del nombre del barrio?**

—El nombre del barrio es una deformación de bondiola, como se llama un embutido muy apreciado por los italianos, originario de la región de Emilia Romagna. En realidad, la bondiola es muy popular en toda Italia, y no eran la excepción los que llegaban en buena cantidad a estos lares, muchos de los cuales se radicaban en ranchos construidos en la faja costera del Río de la Plata, entre frondosos transparentes que poblaban la costa, después de la desembocadura del arroyo de los Pocitos, pasando el puertito del Buceo y hasta antes de la Playa Malvín.

—**¿Cómo se elabora la bondiola?**

—La bondiola se elabora con carne y grasa de cerdo, del cuello del animal, adobada con sal, pimienta, pimentón y nuez moscada. Hoy día, el barrio de la Mondiola es, básicamente, Pocitos Nuevo.

Denominación que ha ganado popularidad por la razón de que una propiedad en Pocitos Nuevo es más valiosa que en La Mondiola.

—Aquí también metiendo la cuchara el marketing... ¿Aunque sea la misma propiedad y en el mismo lugar, si decimos Pocitos Nuevo es más valiosa que si decimos la Mondiola?

—Efectivamente, así es, en una esquina de este barrio, en Pagola y Luis Lamas, existió por muchos años un taller de reparación de automóviles, propiedad de un tal Moisés, recordado como *El taller de los inútiles*.

—¿Y por qué una denominación tan despectiva?

—E injustificada, lo verás en cuanto te mencione a algunos de los “inútiles” que frecuentaban el lugar. Es que pocas veces de ese taller salía un automóvil reparado porque, con la anuencia del dueño, había sido tomado por un grupo de muchachos, en algunos casos sin trabajo, en muchos otros sin estudios. Muchachos que, en esos años, a partir de mediados de los 50 del siglo pasado, fueron reconocidos por todo el barrio como *Los inútiles*.

—Me muero de curiosidad por conocer el nombre de algún inútil:

—Te va a sorprender: Federico García Vigil, que tenía 17 años cuando llegó. Los hermanos Fattoruso, Rubén Rada, un niño, flacuchento, que con 9 años calzaba 43.

—Por algo se le llamó Zapatito.

—¿Sigo con *los inútiles*? Manolo Guardia, que llegó a componer un tango al que tituló *Los inútiles*, en honor a la barra de ese Taller.

—Estoy entusiasmado, escuchádot.

—Tito Cabano compuso allí su famoso tango *Los Boliches*; Cairo Vila y el “Coyo” Abuchalja fundaron en ese taller el mítico grupo, pionero del rock uruguayo, *Los delfines*. Mirá tú, ¡qué inútiles!

—**¡Estoy asombrado!**

—Chichito Cabral, autor de un candombe en honor al barrio, tocó en una actuación en vivo en la ciudad de Hamburgo y luego participó con su bongó en la grabación de *Sympathy for the devil*. ¿Sabes con qué conjunto de rock?

—**Ni me lo imagino.**

—Los Rolling Stone.

—**O sea que fue por una vez el quinto Rolling. ¿Un uruguayo se dio el gusto de grabar con los Rolling Stone?**

—Así como lo oís. Y fijate que Federico García Vigil, otro de los “inútiles” llegó a dirigir varias famosas orquestas por todo el mundo, como la Orquesta Sinfónica del Conservatorio Nacional de Estrasburgo, sin contar los años que estuvo al frente de la Orquesta Municipal de Montevideo. De hecho, a su primera esposa se la trajo de Cuba, cuando fue a actuar con la orquesta del ballet de Alicia Alonso, en los comienzos de la Revolución Cubana. Alicia perdió una bailarina, porque Margarita Fernández se vino para Montevideo convertida en la primera esposa de Federico.

—**Al menos, ¿funcionó la relación?**

—Claro, algunos años. A mediados de los 70, Federico conoció a Olga Bérgolo, otra bailarina, en este caso uruguaya, y con ella vivió el resto de su vida. Olga fue primera bailarina del ballet del Sodre por muchos años y falleció con 83 años de edad, en julio de 2022

—**¿Federico tenía algo que ver con el rochense Constancio Vigil?**

—Constancio fue su bisabuelo. Escritor y empresario que se radicó en Buenos Aires y allí fundó la Editorial Atlántida, creadora y editora de revistas inolvidables, como *Billiken*, *Paturuzú*, *Para Ti*, *El Gráfico*. Y personajes infantiles, como *La Hormigueta Viajera*, y *El Mono Relojero*.

—**Tanta inutilidad me aburre, Nono, pero sigue, que esta historia está bárbara.**

— Manolo Guardia fue otro de *los inútiles*. Un pianista excepcional, que también incursionó con mucho éxito en el humor, en especial en el género del Café Concert.

—**¿Sería el que tuvo un local en la calle Coronel Mora, que en cierta ocasión hicieron un gran espectáculo con el tema *La Cucaracha*?**

— El mismo, bien Rodrigo. El acompañamiento musical estaba a cargo de un trío musical, integrado por Manolo, Cuque Sclavo y Eduardo Useta, interpretaban este tema, como si hubiera sido compuesto por Mozart, luego por Beethoven, a continuación, por Pablo Milanés, o Alfredo Zitarrosa y muchos otros. Incontables. Todo el espectáculo era *La Cucaracha*, aunque cambiaba de ritmo, estilo, etc.

—**No lo vi, pero recuerdo otro espectáculo muy popular en su tiempo, donde Mozart, Colón y Gardel se encontraban en una cantina de Génova.**

—Te felicito por tu memoria. En esa ocasión le preguntan a Manolo Guardia: *Maestro, a Mozart y a Colón los sacamos, pero ¿cómo identificó a Gardel?*. A lo que contesta: *Es muy fácil, ¿no ve que solo canta a las horas pares?*

—**Pero mirá hasta dónde llegó Radio Clarín.**

—Manolo, a la edad de sesenta y pico, sufrió un ACV, siglas de accidente cardiovascular, y como consecuencia fatídica quedó con su brazo izquierdo inútil. Y allí tuvo la osadía propia de los grandes: Grabó un CD al piano, que en lo personal guardo como un tesoro, lo titulé, “piano para la mano derecha” y allí interpretó, parte de su repertorio, temas compuestos por él, tocando el piano con una sola mano.

—**Realmente asombroso, Nono, me encanta enterarme de**

estas historias: ¿Tenés más datos de la historia de Chichito Cabral con los Rolling Stones?

—El Chiche viajó a Europa con un amigo. Iban en tren, de Madrid hacia Hamburgo y, junto a la vía, se encontró con un cartel gigante que solo decía: *Tótem*. Chichito le dijo a su amigo: *si algún día integro en Uruguay algún conjunto musical, voy a proponer ese nombre.*

—Y el hombre cumplió.

— Sí, señor. Pero sigamos el viaje. Llegaron a Hamburgo y el presupuesto les dio apenas para una pensión en el barrio Sankt Pauli, que es una de las zonas rojas más famosas de toda Europa, en cuyas calles y locales nocturnos se agita un cóctel de sexo, drogas y rock and roll, con abundancia de delincuentes merodeando. Por ese motivo, Chichito anduvo todo el tiempo con el bongó debajo del brazo. Una noche fueron a un espectáculo musical, se le acercó uno de los músicos que estaba en el escenario, y le preguntó de qué país de África provenía. El músico era Charlie Watts, el batería de los Rolling Stones. Como ni Charlie hablaba una palabra en castellano, ni Cabral una en inglés, nunca se supo con qué nacionalidad presentaron al Chiche, pero esa noche se agregó un bongó al famoso cuarteto y a los pocos días participó con ellos en la grabación de ‘Sympathy for the devil’, tema que agregó un quinto integrante al conjunto. Que era uruguayo y uno de los inútiles.

—Mirá qué inútil el Chiche... Que tengo entendido que compuso un candombe en honor a La Mondiola y que tituló a mi lindo barrio.

—Claro y compuso otro candombe en honor a un colega suyo, el pescador Don Pascual. Los hermanos Fattoruso, otros grandes entre los grandes de la música popular uruguaya, los primeros ensayos del trío que formaron con el papá, fueron en el taller de

Los Inútiles.

—**Muchos años después, Los Fattoruso hicieron otro trío, en este caso con el hijo de uno de ellos.**

—Así fue, y bueno, sería un capítulo aparte reseñar lo que aportaron a la música uruguaya este dúo de talentosos hermanos, junto al papá y a los hijos, que heredaron el talento y la vocación. Fíjate que *Los Fattoruso* fueron los padres de *Los Shakers*, el conjunto uruguayo pionero en cantar rock en inglés.

—**Por las dudas, no rompás nada. Que el mayor éxito de *Los Shakers* se llamó *Rompan todo*.**

—Veo que, a pesar de tu juventud, estás bien rumbo. Otro de *Los inútiles* fue Guillermo Silva, nacido en El Medio Mundo y amigo de los futbolistas Isabelino Gradín y Leandro Andrade, ambos campeones olímpicos del 24 y el 28. Una noche de carnaval, en un tablado cercano al Taller, se quedaron esperando a Martha Gularte, cuya actuación estaba anunciada en el templo de Momo. Resulta que un industrial vecino denunció a la policía las ropas indecentes que a su juicio vestía la vedette, y un trasnochado comisario de la 10ª prohibió la actuación. A Guillermo Silva el plantón le sirvió para integrarse a la barra y conseguir un puesto en el Oriental Pocitos, equipo de fútbol amateur del barrio.

—**Nono, no has dicho nada de uno de los más ilustres que mencionaste entre *Los Inútiles*: Rubén Rada.**

—El Zapatito, que llegó al *Taller de Los Inútiles*, con 9 años, acaba de cumplir 80, rodeado de su familia y de la mayor parte de la colectividad artística uruguaya. Yo pienso que, muerta China Zorrilla, si un día los uruguayos nos propusiéramos elegir un rey por votación popular, a mi juicio el ganador estaría entre Cristina Moran y Rubén Rada.

—**¿Con qué nombre piensas que reinaría Rada, que para mí sería el seguro y amplio ganador?**

—*Grone Primero*, ¿te gusta?

—**O Ruben Primero, o Inútil Primero. Elige.**

—No, el que tiene que elegir es el Rey Electo. Aunque en la opción Inútil, debería ser *Inútil Trigésimo Septuagésimo Cuarto*, porque son muchos los monarcas que antecedieron al hipotético primer Rey de Uruguay, con gran fama de inútiles. Avísame cuando te aburra: cuando al barrio de La Mondiola, como comunidad de viviendas precarias en la faja costera, le llegó la hora que hoy viven muchas casas de Cabo Polonio, Punta del Diablo, Aguas Dulces y otros balnearios rochenses, es decir, la orden de la piqueta fatal del progreso que manda a destruir, una casa de La Mondiola se salvó. Su propietario la desarmó, prolijamente, pieza por pieza, la trasladó al Este y la volvió a armar tal cual, en el Cabo Polonio.

—**No le puedo creer...**

—Ya redondeando, que debés estar aburrido, sabés que Juana de Ibarbourou vivió en el barrio, en el chalet Amphion, que se ubicaba en la Rambla República del Perú 1503. Allí se instaló Juana, con su madre y su hijo, cuando su marido, el promotor de la idea de esta casa, hacía tiempo que había fallecido. Fue tanto lo que la poeta extrañó cuando se mudó a la Unión, que escribió *Elegía por una casa*, recordando sus tiempos frente al mar, en La Mondiola.

—**Claro, Juana de América, que se sepa, nunca fue al Taller de los Inútiles.**

—Buen apunte y, cuando se mudó, en el mismo lugar, y conservando el nombre Amphion, que tuvo la casa de Juana de América, el arquitecto Pintos Risso construyó un edificio que lleva el mismo nombre. Puedes pasar hoy por la Rambla República del Perú 1503, y allí verás la obra de arte del arquitecto Pintos Risso, que construyó muros del edificio siguiendo la forma de las olas del mar.

—Nono, para finalizar, que me perdone tu colesterol, pero, ¿nos compramos una bondiola y una galleta de campaña?

—Mejor cierre, imposible.

IX Patricia Olivera

Soy Patricia Olivera, tengo 32 años, nací en Montevideo, Uruguay. Estas líneas están dedicadas a una presentación, presentación de uno mismo... ¡Qué consigna complicada! Mis objetivos en la vida siempre fueron ambiciosos, ser escritora con dislexia y maestra de educación especial teniendo dificultades en el aprendizaje... los desafíos me atraen. Voy a escribir sobre una enfermedad rara que me tocó atravesar “síndrome de Cushing” y las dos operaciones a las que tuve que exponerme para eliminar el tumor hipofisario que generaba dicha enfermedad. Agradezco a todos los que hicieron posible que hoy pueda estar escribiendo estas líneas, dándome apoyo y cariño incondicional.

Prólogo	104
¿Buena suerte?	106
Busca la luz	109

Prólogo

Un día, buscando globos dentro de una caja llena de materiales de la Escuela, encontré una carta de cuando era chica, decía que de grande quería trabajar en un banco, como mi madre. Hoy, con 32 años, pienso que económicamente no estaría mal, seguramente ganaría más que como acompañante terapéutica o como maestra, pero no volvería nunca con una sonrisa dibujada en la cara.

Las computadoras no son mis amigas, inglés debería aprender de cero y las matemáticas tampoco me gustan. Recuerdo un profesor particular, de más de 60 años de edad, que me decía: *de joven, ¿por qué no me habré dedicado a la música?*. Y, por más que le di aliento para que cante o toque la guitarra, siguió con sus clases. ¿Se imaginan llegar a esa edad cuestionando su profesión? Este cuestionamiento se parece más al de un adolescente que pelea por su libertad y confunde la felicidad con sensaciones placenteras que al de un adulto.

Es cierto que la vida es un ratito y que yo soy medio rara, siempre tomo el camino más difícil. . . quizás sea porque es el que más satisfacción genera. Las drogas, la comida, las pantallas y las compras compulsivas dan un placer momentáneo, que luego provoca vacío, frustración y una gran dependencia emocional. Hay personas que se convierten en drogodependientes emocionales, donde solo importa lo que sienten en el momento, aunque después las invada una sensación de vacío.

Querer lo que uno hace es la clave, aunque no siempre es fácil discernir lo que queremos. El exceso de información y la exigencia de que sea todo ya y ahora vuelve muy complejo distinguir lo bueno de lo malo . Tener todo al alcance de un botón puede ser muy estresante y hasta contraproducente, porque no siempre estamos preparados, hay que decidir y tiene que ser ya.

El amor y el dinero, que es tan codiciado por todos, no se consigue ya, tocando un botón, mágicamente. Se requiere esfuerzo, tiempo, trabajo, tolerancia a las frustraciones. Sin embargo, a mi amor lo conocí en las redes sociales, estaba esperando para mi segunda operación y él apareció en mi vida. Después de largas conversaciones y videollamadas, nos encontramos, fue algo increíble. . . nunca me imaginé que podía enamorar a alguien pesando más de 100 kilos, con la piel toda lastimada, dolor en los huesos y ahogándome al caminar dos cuadras.

Sin duda, la tecnología bien usada ayuda a captar oportunidades.

¿Buena suerte?

Algunos dicen que tengo suerte de haber salido bien de dos operaciones en la cabeza, pero a eso, ¿le llamarían suerte? Si tuviera suerte no tendría la necesidad de pasar por ninguna operación. Es cierto que tuve “suerte” de tener los apoyos necesarios para sobrellevar situaciones, familia y amigos incondicionales, un padrino que me alojó en su apartamento en Argentina, antes, durante y después de la operación. También viajaron mis dos padres y amigos a estar conmigo y cuidarme, me fueron a ver amigos que viven todo el año en Argentina, el celular no paraba.

Se podría decir que tengo “suerte” de tener tanto cariño y los recursos necesarios para hacer frente a todo esto, pero esta enfermedad no se la deseo a nadie. De todas formas, creo que todo se da por algo y para algo.

La enfermedad que padecí se llama síndrome de Cushing, es un hipercortisolismo, que es el cortisol elevado en sangre debido al microadenoma hipofisario. El síndrome de Cushing puede darse por dos grandes causas, una exógena, en las personas que por alguna razón toman corticoides por corticoterapia, por ejemplo, personas que tienen lupus, artritis reumatoidea, etc y terminan teniendo como efecto adverso un síndrome de Cushing, por las grandes cantidades de cortisol. Por otro lado, está la causa endógena, que se da por un tumor en el cuerpo, que libera cortisol o ACTH para que la glándula suprarrenal libere el cortisol. Lo más frecuente es un adenoma hipofisario y lo más infrecuente es un tumor alojado en un órgano, por ejemplo, en el seno maxilar, en el pulmón, etc.

Los síntomas del cortisol alto son: aumento de peso desmedido (no se relaciona con lo que se come), la grasa se localiza en el abdomen, la cara, el cuello, pero no en los brazos, es un cuerpo obeso en el tronco pero con las extremidades delgadas, la cara re-

dondeada o “cara de luna llena”, estrías en la piel, moradas o rojas, que pueden aparecer en el abdomen, los muslos, los senos o los brazos, la piel delgada y fácilmente machucada, pérdida de masa muscular, cambios en el estado de ánimo, problemas de sueño, cambios en los patrones menstruales, aumento del vello corporal, dificultad para que cicatricen heridas, diabetes, hipotiroidismo, hipertensión, fallas renales, osteoporosis, sarcopenia, deterioro cognitivo, pérdida de la vista, fatiga, dolor muscular y depresión.

Yo sufría algunos de estos síntomas sin saber el motivo, iba de médico en médico. Fue muy doloroso y gradual. Al principio, no me daba cuenta de lo que me pasaba, era mi madre la que notaba los cambios físicos y de humor. Madre que no solo me dio la vida, sino que me salvó de la muerte muchas veces, una guerrera como pocas. Se daba cuenta de que algo no estaba bien, porque siempre me gustó andar en bicicleta, los deportes y era yo quien invitaba a mis amigas a hacer ejercicio. Pero vio que poco a poco subía de peso, me cansaba, me dolía todo, empezaban las infecciones en la piel, me iba deteriorando con la enfermedad. Mis abuelas también lo notaban, me gustaba ir en bicicleta a visitarlas, pero poco a poco empecé a dejar de ir porque me cansaba cada vez más y me dolía todo.

Pasó mucho tiempo hasta llegar a la endocrinóloga y encontrar el diagnóstico. Finalmente, después de hacerme una resonancia, apareció un tumor en la hipófisis, el cual me operaron y sacaron mal, para luego decir que fue un éxito.

Después de tres años de lucha, me enteré de que la operación no fue un éxito, los síntomas volvieron a aparecer y el tumor estaba de nuevo. Me fui a operar por segunda vez en Argentina. Durante mucho tiempo estuve buscando información sobre esta enfermedad tan rara y dolorosa. Por medio de las redes sociales, encontré apoyo de algunas pocas personas que también sufren esta

tortura.

En España encontré un angelito que sufría igual que yo, pero lograba, a la distancia, sacarme una sonrisa. Podía encender una luz en medio de mi oscuridad, mis miedos y mis dudas, ella me acompañó en todo el proceso y sigue estando conmigo. Con el tiempo, también hablaba con personas de México y Argentina, que tienen la misma enfermedad, y todas compartimos algo... historias de vida complejas. Todos ellos son angelitos que llegaron a mi vida para quedarse. Ojalá algún día pueda conocerlos personalmente.

Con respecto a los estudios, cuando digo que soy disléxica me dicen: “no parece”, otros me han dicho: “yo quiero ser disléxica como vos”. Cuando les cuento todo lo que tuve que hacer para superar la dislexia, les cambia la cara, me miran como si estuviera mintiendo o hablando de otra persona. La realidad es que de niña tuve que ir a una clínica especializada en dificultades de aprendizaje para poder llegar a un nivel aceptable en la escuela. La suerte, en este caso, también la pongo en tela de juicio, porque si bien pude acceder a buenos profesionales que me ayudaron, suerte sería no tener dislexia. Se puede decir que tuve “suerte” de acceder a buenos profesionales que me enseñaron a conocerme, a saber que tengo una manera de procesar la información diferente y que eso no me hace menos que nadie. Aprender a conocerse, aceptarse y a buscar estrategias para lograr los mismos aprendizajes, de otra manera.

Quizás la “suerte” de poder atravesar estos desafíos es encontrar el tan codiciado “sentido”, que todos buscan. Poder, por ejemplo, decir que quiero lo que hago es un lujo.

Busca la luz

En todo el proceso de la enfermedad intenté mantenerme en actividad. A pesar de los síntomas, seguí yendo a clases y trabajando hasta que llegó la operación.

En la primera operación estaba estudiando la carrera de Maestra en Primera Infancia y trabajando como acompañante terapéutico. Después de operarme, tuve que abandonar el estudio, pero al poco tiempo estaba con dos acompañamientos.

Al año siguiente, retomé la carrera. Cuando me tocó la segunda operación estaba estudiando y no dejé de hacerlo. A las pocas semanas, estaba conectada al zoom desde Argentina, para saber los temas del parcial de Historia. Lo único que tuve que abandonar fueron las prácticas.

Es muy importante para mí no perder el contacto con lo que quiero, de lo contrario, mi salud mental se vería afectada. Siempre fui una persona que me gusta escuchar más que hablar y he notado que las expectativas, los pensamientos y la manera que enfrentó lo que me pasa tiene un impacto en mi salud mental. Un sistema de creencias positivo ayuda en la recuperación, mi diálogo interno mejora mi estado de ánimo. Aprender a filtrar lo que me interesa y tomar los desafíos como oportunidades es una actitud que tiene efectos positivos. Los pensamientos, tanto negativos como positivos, tienen impacto en la realidad.

El cortisol se activa ante una alerta o amenaza, tanto real como imaginaria. El problema viene cuando vivimos en un estado de alerta, nos sentimos amenazados, con miedos y el cortisol se activa a toda hora. Esto produce una intoxicación, que te enferma y aparecen los síntomas. En mi caso, es muy importante el manejo de mis emociones y el apoyo de mi familia, amigos y pareja, que me acompañan en este proceso tan difícil de recuperación.

Esto lo pude comprobar y entender cuando falleció mi perrito de 16 años, tuvo una infección en el ojo, que no se pudo curar con nada. Pasaba día y noche limpiando y curando su ojo, pero no hubo manera. Al otro día de fallecido, me bajaron las defensas, me agarre COVID (a pesar de tener 5 vacunas) y los niveles de cortisol subieron. La angustia fue tan grande que, al día siguiente, mi novio me compró otra perrita, que no me pude quedar. Después, mi madre apareció con otro perrito, que tengo hasta el día de hoy. Es divino, pero no dejo de extrañar a mi gran compañero. Algo bueno y que le agradezco mucho a mi amor es que me dejó enterrar a mi perro en su jardín.

Estos altibajos en el cortisol, producidos por las emociones, son lo que tengo que aprender a controlar de por vida. Si bien me sacaron el tumor y tuve algunas mejoras en cuanto a mi salud, todavía me falta mucho para estar como antes, incluso no sé si algún día podré recuperarme completamente. Los que padecemos esta enfermedad nunca quedamos libres del peligro de que el tumor vuelva en algún momento. A mí ya me hicieron dos operaciones transesfenoidales y, si me llegara a volver el tumor, no se puede operar de nuevo. Me tendrían que hacer una radiocirugía. También existe la radioterapia para tratar los tumores de hipófisis, cuando el caso ya no es operable. Después de tener conocimiento de todo esto, aprendí a tomar los desafíos como oportunidades.

Ojalá estas líneas, que dan testimonio de una enfermedad tan cruel, enciendan una luz a alguien que esté en penumbras.

X Carol Milkewitz

Carol Milkewitz (Montevideo, 1993) es licenciada en Comunicación. Obtuvo el primer premio en el Concurso de Narrativa Joven de la Casa de los Escritores del Uruguay (2015). Recibió menciones en el Concurso Nacional de Poesía Joven Pablo Neruda (2018) y en el en el Concurso Literario Feria Ideas+ (2019). Participó en publicaciones de Uruguay, Argentina, Venezuela, España y Estados Unidos. En la actualidad trabaja como redactora web y docente.

En nuestra ciudad no hay	112
Intersección	113
Turista	114
Restaurante italiano	115
El show	116

En nuestra ciudad no hay

Llegamos y los edificios son enormes,
y los autos van muy rápido,
y las personas caminan con valijas,
yendo a airbnbs, hoteles,
o volviendo a casa.

Nadie nos reconoce,
ni nuestras caras ni nuestras voces.

Caminamos en la noche,
por calles vacías,
miramos los carteles,
los autos,
los negocios,
como si estuvieran hechos
de un material
que en nuestra ciudad no hay.

Intersección

Caminamos por calles
que nunca llevan nuestros nombres
ni los de gente que es
como nosotros.

En esta intersección,
las bolsas de ropa
comprada en tiendas de tres pisos
pasean de la mano a personas.

Entramos a un café,
dos mujeres se nos acercan
no sabemos si para pedirnos o darnos algo;
como tantas veces.

Turista

Una mujer baja del ómnibus,
con su mochila azul,
va a ver una iglesia,
aunque nunca iría a rezar
en su propia ciudad.

Todos los santos son santos
a los ojos de los turistas.

Restaurante italiano

Llegamos al restaurante italiano.

Hay pizza y pasta.

La noche está hecha de algo
que no aparece en el menú,
que no se puede elegir.

El show

Entramos al show,
en el escenario
el cantante brilla
con su micrófono.

La gente lo mira extasiada,
algunos filman
para registrar
algo que se parece al momento,
pero que no lo es,
algo más pixelado, más oscuro,
más pequeño:

la maravilla de lo que existió.

XI Celia Loy

Me llamo Celia Loy. Tengo 61 años, aunque con frecuencia siento que soy mucho menor. Hace seis años, concurrí a un taller de escritura por primera vez durante un año. Dos años más tarde, finalmente, le hice caso a mi prima Janet y me acerqué al taller de Andrea, quien me animó a seguir escribiendo y me dio pautas para mejorar mis escritos. A eso se le sumó el aporte de los compañeros de taller, con sus comentarios y sugerencias en la lectura de cada texto.

Mis relatos son mayormente autobiográficos; algunos son dramáticos, otros, graciosos. Cuando no estoy inspirada, ruego que mi imaginación se haga presente con sus infinitas posibilidades. A veces me tira alguna señal; pero quiero más, mucho más. Quiero que me encuentre, que me sorprenda, que me alegre, que entre en mis pensamientos.

Difícil Decisión	118
Ese Pequeño detalle	121
Me tragué las lágrimas	124
Por mi cuenta	127
¿Te acordás?	128

Difícil decisión

Conocí a Darío cuando íbamos al liceo. Fuimos compañeros de estudio, amigos, cómplices, confidentes; todo, menos novios.

Cuando estuvo a punto de irse a examen en Matemáticas, prácticamente, me instalé una semana en su casa, para ayudarlo a entender las ecuaciones, productos notables y otros menesteres. Pasó todo el verano sin estudiar.

En un partido de fútbol se fracturó una pierna y faltó a clase durante un mes. Fui a su casa todos los días a llevarle los apuntes, estudiar y levantarle el ánimo.

Planeé un viaje a Buenos Aires con dos amigas para unas vacaciones de julio. El día anterior, la profesora de Geografía me exigió presentar un trabajo luego de las vacaciones, para subir la nota del primer semestre. Darío lo preparó. Lo más difícil fue contener la risa, cuando la profesora me felicitó. Dijo que nunca había visto una tarea tan bien expuesta. Aseguró que, cuando me empeñaba, era muy capaz. Los días siguientes, fue el tema de conversación con Darío.

Tres compañeras me hicieron bullying durante varias semanas. Un día, se acercaron a mí y me pidieron disculpas. Aseguraron que nunca más me molestarían. Darío me confesó que, como me veía sufrir ante el maltrato pero no reaccionar, sintió que debía hacer algo. Alberto, un primo mayor cuyo padre era abogado, llevó al domicilio de cada una un sobre con una nota, explicando lo que les ocurriría si yo hacía una denuncia. El sobre y la nota tenían el membrete del estudio.

Al finalizar el liceo, cursó *Técnico en Instalaciones Eléctricas* en la UTU. Si bien no logró un empleo permanente, trabajo no le faltó. Consiguió clientes; de los que derivaron trabajos importantes en Montevideo, Canelones y Maldonado.

Tuvo muchas novias, a veces, más de una a la vez. Yo lo cubría en sus infidelidades. Una vez, hablé con una de sus novias para que no lo dejara. Darío me dio los mejores consejos para conquistar a algún muchacho que me gustaba.

Un día me fue a buscar al trabajo. Me intrigó, porque nunca lo había visto tan serio. Me contó que se iba a vivir a Ciudad de México en un mes. Alberto estaba ahí desde hacía 4 años y le iba de maravilla. ¡Ay! El primo Alberto... No me inspiraba confianza.

Darío no supo decirme concretamente qué iba a hacer en México. Era joven y estaba bien que quisiera experimentar nuevos horizontes. Al principio, me llamaba una vez por mes. Luego, no supe más. Los padres habían fallecido y no tenía hermanos. Le pregunté a los amigos. Tal parece que sólo me llamó a mí.

Hace unos meses, nos contactamos, gracias a Facebook. Tuvíamos grandes charlas por WhatsApp. Tenía mucho trabajo. Me contó que estuvo casado durante 20 años. Fueron los años que “desapareció”. Le reproché su falta de comunicación. Su respuesta fue evasiva.

Las charlas se fueron haciendo cada vez más íntimas. Me sedujo con muchos detalles. Me extrañaba y me pidió que me fuera a vivir con él. No necesitaría trabajar. Darío me decía que había hecho instalaciones eléctricas en varios edificios y oficinas. Le estaba yendo muy bien. En las video llamadas vi su casa. Era tan bonita: tenía amplios dormitorios, con muebles lujosos; la cocina era un sueño, espaciosa y con todos los electrodomésticos.

Me creó un gran dilema. Me atraía la idea de vivir con él. Me sentiría acompañada. Nadie mejor que Darío. Por momentos, soñaba con ir. Me sentía adolescente, a mis 50 años. Estaba a punto de emprender una aventura. Pediría un año de licencia en el Banco. Estaba dispuesta a hacerlo, pero había algo que me frenaba. Me iría a lo desconocido. ¿Sería bueno? ¿Me encontraría con alguna

sorpresa? ¿Estaría bien?

Pasé varias semanas en un mar de dudas. Un día, estaba decidida a ir; al día siguiente, ya no. Darío insistía en que fuera. Una noche, soñé con mi esposo, que había fallecido hacía cinco años. Me dijo que no fuera, que Darío estaba metido en asuntos turbios. No quería exponerse, porque había salido de la cárcel hacía poco tiempo, yo era figurita nueva y tenía cara de buena. Me arrastraría y terminaría presa.

A la mañana siguiente, desperté con una calma que no había experimentado desde hacía mucho tiempo. La decisión estaba tomada.

Ayer, después de un año, leí en las noticias que habían desmantelado una banda de tráfico de niños. Habían apresado nuevamente a Darío Cuenca. El jefe mayor, Alberto Conde, estaba siendo buscado.

Ese pequeño detalle

Suena el portero eléctrico. Estoy nerviosa porque es Carlos. Empezamos a salir hace un año. Siempre lo espero con alegría, pero hoy es diferente. Nos conocimos en la clínica hace dos años. Él llevaba a su nieto a la psicóloga y yo a mi nieta a la fonoaudióloga. Hablábamos de cine, teatro, libros, música y actualidad. Una tarde, me dijo que charlar una hora por semana era muy poco, que quería que nos conociéramos más y me invitó a cenar el sábado siguiente. A partir de ese día, comenzamos a vernos, tratarnos e intimar cada vez más.

Lo primero que me atrajo fue su aspecto físico. Parecía un muchacho, aunque tenía poco más de 60 años. El tiempo parecía haberse detenido para él. También me atrajo su personalidad, su forma de pensar, sus gustos, su nivel cultural. Hablaba de cualquier tema. Siempre tenía el razonamiento, criterio, la respuesta perfecta.

Cuando llevábamos casi medio año saliendo, me propuso vivir juntos, en mi casa o en la de él. No se trataba únicamente de que mi libertad y privacidad se verían limitadas. Mi intuición decía no y no sabía por qué. ¿Tendría que ver con su tatuaje, que tenía en la palma de la mano? Me impresionaba. Jamás se me ocurriría que alguien se tatuara su propia cara. Estaba algo deformada, no tan llenita, el cabello más oscuro; pero era él. Se lo mencioné alguna vez:

—¿De veras se parece a mí? —decía con una sonrisa apenas asomando, como si se sintiera orgulloso de ese tatuaje.

Cuando me contaba anécdotas, muchas eran graciosas y reía con ganas. Sin embargo, cuando hablábamos del presente, ni siquiera sonreía.

Una tarde, encontré en mi buzonería una citación de un estudio

jurídico. Los únicos datos que proporcionaban eran el nombre del estudio y de un abogado. Llamé al doctor Esteban Ríos. No largó información; tan sólo que fuera y podría hacer todas las preguntas que quisiera. Busqué en internet y el estudio existía; el doctor Ríos formaba parte del plantel.

La semana siguiente, acudí puntualmente a la cita. El doctor Ríos me dijo que Carlos González Peña era un asesino y estaba siendo buscado.

—¡Cómo no! —dije a la defensiva— Habrá más de un Carlos González Peña asesino, pero no es mi Carlos. Busque en otra parte —y me levanté para irme.

El doctor Ríos dijo:

—Llamó; vino hasta acá. Aunque sólo sea por curiosidad, escuche la historia que le voy a contar. Luego, decide si quiere colaborar. Y si se va, no volveré a contactarla.

—Fue hace 10 años. Carlos le disparó a un joven de 20 años, quien murió en el acto. Estudió su rutina. Enrique trabajaba y estudiaba. Cuando regresaba a su casa, a la noche, bajaba del ómnibus y recorría tres cuadras. Estaban iluminadas, pero casi no pasaba gente a esa hora. El hecho ocurrió cuando estaba por llegar a su casa. Cruzaron algunas palabras y luego Carlos apretó el gatillo. Lo que no supo es que había un testigo que salió a tirar la basura y se escondió al costado del contenedor. No tenemos dudas, ya que el testigo sacó fotos de su rostro y se trata de Carlos. Además, logró ver el tatuaje que llevaba en la mano.

Nunca habían podido encontrar a Carlos, hasta que lo vieron una vez que vino a buscarme a casa. Esteban quería saber si tanta similitud con las fotos sacadas hacía 10 años era casualidad, o no. Estaba muy interesado en saber si tenía un tatuaje en la mano. No había dudas, estaba saliendo, durmiendo, compartiendo con un asesino.

Me pidió ayuda para entregarlo. Le pedí tiempo para asimilar lo que acababa de enterarme y me marché. Prometí que en unos días le daría una respuesta. Sabía lo que debía hacer, pero no quise actuar por impulso y luego arrepentirme. Mi cerebro y mi corazón estaban enfrentados. Claro ejemplo de que una noticia te cambia la vida.

Sonó el portero por segunda vez. Esta vez respondí:

—Estoy casi lista. En cinco minutos bajo.

Vi por la cámara cómo se lo llevaban. Tiempo después, Carlos me llamó. Me dijo que estaba en la cárcel y que fuera a verlo. Pisé una cárcel por primera vez en mi vida.

No estaba enojado conmigo, más bien apenado. No le dijeron que lo entregué. Me confesó una parte fundamental de su pasado. Tenía un hermano que murió atropellado por un vehículo que circulaba a alta velocidad y no respetó un semáforo. Nunca se hizo justicia. Investigó y vengó la muerte de su hermano asesinando al hijo del conductor.

Finalmente, me contó que ese pequeño detalle que tenía en la palma de la mano era la foto de su hermano gemelo.

Me tragué las lágrimas

El sábado tuve un casamiento. A la una y media vino Guille, mi peluquero, tal como habíamos acordado la noche anterior. Me embargaba la angustia y estaba a punto de llorar.

Le conté lo que me pasaba. Semanas que no tengo nada para hacer y, cuando surge algo, se superpone. Karen, una de mis mejores amigas, y su familia vinieron a Montevideo por una semana, porque se casaba la hija. Karen estaba viviendo en Brasil desde hacía tres años. Nos vimos casi todos los días. Conocí a sus hijos, Darío y Nicolás, y a Victoria, la novia. Compartí almuerzos, paseos y un montón de charlas en un cálido ambiente familiar.

Tenía un paseo programado a Minas para el mismo día de la boda, más bien reprogramado, porque lo habían postergado dos veces. Iría con Angie y Susana. La tarde anterior al paseo y al casamiento, mientras conversaba con Karen y su hijo mayor, Darío, esperaba detalles sobre el viaje. Nos habían dicho que el día anterior al paseo crearían un grupo de WhatsApp para informar los detalles. Habíamos enviado WhatsApp a la agencia y cero respuesta. No sabíamos si el viaje se haría, lo postergarían nuevamente o habíamos sido estafadas. En medio de esas dudas, Darío y Karen me invitaron al casamiento. Dijeron que les confirmara ahora y fuera, que un paseo podía hacerlo otro día. No respondí, no podía, no quería. No me importaba el paseo en sí. Pensaba en mis amigas, que habíamos planeado esta salida con tanta ilusión desde hacía tiempo.

Finalmente, la agencia avisó que el viaje se cancelaba para nosotras, porque Susana los había llamado para gritarles y decirles de todo y ellos no trataban con gente conflictiva. Luego, avisaron que se cancelaba porque algunos pasajeros no pudieron reprogramar, por tiempo frío, nuboso y con viento. Y también porque hubo

fallas en el ómnibus. Las excusas eran variadas. Cuando recibí el aviso de cancelación de la agencia, confirmé mi asistencia a la fiesta.

Fue todo muy extraño y rápido. Tendrían que haberme avisado con cierta anticipación, pero conocí a la novia apenas cinco días antes de la boda. Poco después de aceptar la invitación, me fui. Estaba acelerada; quería dejar todo encaminado. Llamé a mi peluquero. Por suerte, no tenía nada agendado para ese día, pues se lo iba a tomar libre, pero aceptó de inmediato venir a la hora que le pedí. Me probé mi mejor vestido. Gran alivio, me entró y cómodo.

¡Todo resuelto! ¿Todo? ¡No! Por momentos, me sentía bien y, de a ratos, fatal. Pensaba en mis amigas. Susana pasó momentos amargos. Nos dijeron a Angie y a mí que nos devolverían el dinero en Abitab. A Susana le dijeron que tendría que retirarlo el jueves en el estudio de abogados.

Además, me sonaba lo que me había dicho Angie cuando les comenté sobre la invitación:

—No entendí, Celita, ¿te invitaron ahora, a las siete de la tarde, para una fiesta mañana? ¿Y no vas al paseo? Bue... capaz ni se hace, mejor dicho "no irías".

Guille intentó usar su mejor sicología. Me dijo que yo tenía que elegir si quería estar feliz y me dio algún ejemplo personal. Me dijo cosas que ahora no recuerdo.

Tenía sentimientos encontrados. Me sentía feliz y emocionada, porque estaría con Karen y su familia en un día tan especial. Por otra parte, me sentía angustiada. ¿Estaba bien ir al casamiento? ¿No debería reunirme con mis dos amigas? ¿Las estaría traicionando?

—Si se hubiera hecho el paseo, ¿qué hubieras hecho? —preguntó Guille.

—Hubiera ido al paseo y hubiera dicho que no iba a la fiesta.

—respondí.

Luego preguntó:

—Si hubiera sido al revés, si una de tus amigas hubiera tenido la fiesta, ¿te habrías enojado con ella?

—Para nada —respondí al instante—. Sólo me hubiera enojado si ella hubiese cancelado el paseo de todas y la cancelación la hizo la empresa.

Hice un esfuerzo y me tragué las lágrimas, ya que esta vez, además de peinarme, Guille me iba a maquillar.

Por mi cuenta

Papá, desde que partiste, empecé a verte todas las mañanas. Yo viajo en el ómnibus camino al trabajo. Vos observás desde arriba. Estás sentado en una enorme silla. Te ilumina una extraña luz brillante, como si fuera de día. No importa si amaneció o no. Te veo apacible, con buen semblante.

¿Me querrás decir algo? Por momentos, me esfuerzo en comprender qué. No sé si tan sólo observás, o me cuidás, orientás, inspirás. Creo que una mezcla de todo. Es tu expresión, más que las palabras. Aunque puedo imaginar lo que estarás diciendo desde arriba:

—Cumpliste con mis instrucciones y más aún. Perdoná, se me pasó anotar algunas cosas, como el cierre de la empresa. Otras, cambiaron en los últimos diez años. Bueno, qué querés; soy de la época en que los trámites se hacían personalmente. No te quedó nada pendiente. No estés tensa. Lo estás haciendo impecable. No te preocupes por mí. Estoy bien y los dolores han desaparecido. Los años ya no me pesan. Ahora, ocupate más de tus cosas.

Salgo por las mañanas, pensando que prontito nos conectaremos; vos en las alturas, yo, desde abajo.

Esta mañana, como siempre, miré al cielo con insistencia. Por primera vez, no te vi. Mientras caminaba de la parada al trabajo, sentí que ahora estaba por mi cuenta. Me embargó una sensación de bienestar. Seguramente, comprendiste que podés descansar tranquilo, que por aquí abajo las cosas están bien. Y yo también lo comprendí.

¿Te acordás?

¿Te acordás de mí? Soy Carlos Andrade Salazar, tu hijo no deseado. Soy el niño que abandonaste hace 35 años. Comencé la escuela un soleado día de marzo. Mamá me llevó y tú me irías a buscar. No fuiste. Tampoco apareciste los días siguientes, ni los años posteriores. Jamás te presentaste.

¿Te acordás de mamá? Para ella también fue duro vivir tu abandono. Ocultó su desaliento frente a mí. Colmó mi infancia de cuidados, mimos y alegrías. Fue su manera de compensar tu desamparo. Se hizo presente en fiestas escolares, partidos de fútbol, paseos, y mucho más. Me contó cuentos, hizo bromas, rio conmigo. Cuando enfermé, no se apartó ni un instante de mí.

¿Te acordás de lo que le prometiste a mamá? Nos enviarías dinero todos los meses para ayudar con mis gastos. Tu promesa duró apenas un mes. Pobre mamá. Fue la mejor del mundo. Tuvo varios empleos para brindarme lo mejor. Salía a la mañana temprano y regresaba a la noche, casi todos los días. Esperé a que fuese adulto para confesarme que tuviste una hija con otra mujer y te fuiste con ellas.

¿Te acordás de la familia de mamá? Los abuelos, Lita y Gerardo, y la tía Luisa nos ayudaron en todo lo que estuvo a su alcance. Cuando no pudimos pagar el alquiler, nos pidieron que nos mudásemos con ellos. Así fue como vivimos en la casita de General Flores durante casi 5 años. Nos respaldaron como una verdadera familia.

¿Te acordás de lo que me dijiste en el último desayuno que compartimos? Afirmaste que sería difícil que un niño torpe y tonto como yo hiciera la escuela sin quedar repetidor. No me considero el mejor, pero obtuve buenas calificaciones. Fui abanderado y participé en campeonatos deportivos. En el fútbol aporté varios

goles al equipo.

¿Te acordás de lo que le dijiste a mamá el día que nos dejaste?:

—Ojalá que Carlos pueda terminar el liceo y conseguir algún empleo.

En el liceo, logré las mejores calificaciones. Alcancé el primer puesto en un concurso de fotografía. Presenté un proyecto de investigación científica sobre óptica y fotónica. Fue seleccionado para aplicarlo. Me presenté a un concurso de Matemáticas y quedé en segundo lugar.

¿Te acordás de cuando ponías en duda mi capacidad de estudio y trabajo? ¡Era apenas un pequeño! Me recibí de oftalmólogo, como siempre soñé. Trabajo en dos mutualistas y en una clínica privada. Actualmente, estoy elaborando un proyecto con dos colegas.

Me encuentro felizmente casado y tengo un niño de 6 años. Es la edad que tenía cuando te fuiste. ¿Te acordás? Lo llevé a la escuela su primer día de clase. En ese momento, fui yo quien se acordó de vos. Durante mucho tiempo, experimenté una angustia que me atragantaba. Lucas me quitó esa espina y me llenó de orgullo el día que comenzó la escuela. No imaginás cuánta satisfacción me causó darme cuenta de que a mi hijo no le va a faltar su papá.

¿Te acordás de cuando afirmaste que te avergonzabas de mí? No te odio, ni te guardo rencor. Tan sólo siento pena.

No me vuelvas a llamar. No sé qué hiciste y no deseo saberlo. No me pidas que vaya a verte a la cárcel, no me pidas que te ayude, no me pidas nada.

XII Cecilia Komaromi

Canas

La primera vez que me vi una cana, estaba en el ascensor de la casa de mis padres. En ese entonces, también era mi casa. Ahora, vivo en otra casa, que es mi casa, en otro país, que no es mi país y a la que siempre fue *mi* casa, la llamo *la casa de mis padres*. Eso me genera un poco de incomodidad pero, a la vez, con treinta y un años, temo sonar como una desequilibrada si hablo de *mi* casa al hablar de la casa de mamá y papá. Sobre todo, porque me fui a vivir sola tarde, en términos convencionales, y durante los últimos años de convivencia con mi familia sentía una especie de peso, de mirada enjuiciadora, cuando mi interlocutor se enteraba de que *seguí* viviendo con mamipapi.

A pesar de que ya no vivo con mis padres, a la hora de mencionar el hogar, hay algo de las nomenclaturas separatistas que me hace ruido. ¿Por qué no llamar *mi casa* al lugar en el que viví con mis padres y hermanos? ¿Solo se puede tener *una* casa? La gente que tiene dos o más casas, porque tienen plata y propiedades en otros países, se refieren a todas como *suyas*. ¿Es un tema de cantidad o de delimitar lazos afectivos?

El punto es que en mi casa, o en la casa de mis padres, mirarse en el espejo del ascensor era todo un reto: la luz blanca incandescente solo podía equiparar su crueldad con la luz de los baños de McDonald's o de los probadores de ropa más crueles. Era ese tipo de luz que marca los granos, los puntos negros, los poros abiertos y cualquier tipo de *imperfección* en la piel. Los segundos que duraba aquel trayecto de ascensor eran un buen momento para apretar un nuevo grano o descubrir algo más que no me gustara de mi cara. Lo peor era cuando iba de camino a una cita o evento en el que quisiera verme más atractiva de lo habitual: no importaba cuán bien hubiera comido los días anteriores (cuán deshinchada

estuviera), o cuánto rato hubiera pasado arreglándome; finalmente, el último feedback, la reseña definitiva, se daba en el espejo del ascensor. Y siempre era jodida.

Estaba bajando en el ascensor cuando, de repente, vi algo blanco, cerca de la frente, al comienzo de la raya al medio con la que me peinaba en esa época. No sabía si lo blanco era producto del reflejo de la luz en mi cabeza, que de por sí tiene un tono ceniza rubión, o si, oh dios, era una cana.

No estaba preparada para verme una cana. A mis veintiséis años, la vejez, el deterioro del cuerpo, me parecía tan pero tan lejano que se sentía como algo que nunca iba a pasarme a mí. No es que no supiera que envejecería, sino que mi cabeza utilizaba el mismo artificio de evasión que usaba respecto a la muerte: lograba entender de manera racional que la vejez acontecería, sin *sentir* que eso me pasaría, que *yo* iba a ser vieja, que *yo* me iba a morir.

Durante muchos meses, miré aquella presunta cana con escepticismo, porque solo la notaba en el ascensor. ¿Era una cana? Tenía veintiséis años.

Tiempo después, comiendo torta de frutilla y canapés duros en el baby shower de una conocida, una amiga me dijo sin preámbulo y de forma casual *che, tenés una cana ahí, ¿viste?* En ese instante, la duda se volvió certeza.

Esa noche, en el ascensor, me paré de espaldas al espejo. No quería enterarme de ninguna otra decadencia.

Entré a mi habitación, que compartía con mi hermana y sentí algo raro. Era una señora con canas que seguía durmiendo con su hermana. Abrí el libro en el que escondía mis ahorros y chequeé cuanto tenía. Mil doscientos setenta dólares. Además de vieja, pobre.

Cuatro o cinco años después del descubrimiento de *la cana*, ya no tengo una cana, tengo canas, con S, en plural. Donde sea que

abra los mechones de pelo y busque en mi cabeza. Incluso, las veo en los pelitos cortitos y nuevos, esos que nacen en el comienzo del cuero cabelludo, cerca de la frente, la patilla y la nuca; pelitos que siempre me hicieron sentir aniñada, fresca, como si algo siempre estuviera naciendo en mí. Hasta esos pelos sucumbieron a la muerte.

Si me basara en la proporción matemática de pelos dentro de la cabeza, tal vez, ni siquiera fueran tantas canas, pero yo las veo por todos lados, infectando mi cuero cabelludo con una histérica rapidez pandémica, como los virus mundiales de última moda.

No me gustan las canas. Tengo el impulso de teñirme o hacerme claritos para ocultarlas. No sé por qué tal urgencia. Considero tener una relación sana con la edad. Me gusta cumplir años. Me gusta crecer, porque siento que el verbo se aplica en toda su expresión: cada año me siento mejor conmigo misma. Me gusta que el tiempo pase, porque el amor que vivo con la gente que me rodea crece y tengo más amor este año que el anterior. Probablemente, tenga más amor el año que viene, que este. Tengo la suerte de que el paso del tiempo sea una alegría, pero me asusta que ese mismo tiempo, que celebro, se note en mi cara, mi cuerpo o mi cabeza.

No quiero saber nada de arrugas, de líneas de expresión; pienso en usar cremas anti age, me alegro cuando me piden la cédula en un boliche +25 o cuando me manifiestan, con admiración, que nunca hubieran imaginado que tengo treinta y uno, que *estoy bárbara* y aparento mucha menos edad. Me incomoda cuando algún pendejito me dice *señora* o cuando un señor grande me tira un lance, como si ya fuese lo suficientemente vieja para entrar en el radar de levante de un cincuentón. Me frustró cuando chequeo el formulario de alguna beca o visado y veo que ya estoy grande para aplicar o cuando estoy en una fiesta, café o salón y me doy cuenta de que soy la más veterana.

No me gusta sentirme así, me avergüenza mi banalidad, quiero estar por encima y, cuando aparecen esos sentimientos, los combato. Los combato con teoría, con intelectualidad. Pero el jueves, a las cuatro de la tarde, tengo hora para hacerme la tinta.

XIII Carolina Grampín

Cuando miro a una persona, siempre imagino quién es y qué tiene para contar. Esta curiosidad, que me embarga desde niña, hizo que quisiera saber sobre mis antepasados.

Comencé una investigación genealógica. Mi esquelético árbol se llenó de follaje, las ramas cobraron fuerza y reclamaron ser escuchadas. En el camino, descubrí que mis pasos eran fuertes y mi corazón valiente.

Punto de inflexión	138
Los italianos	142
No hay nadie, me fui a Camboya	144
<i>You can't rush your healing</i>	146

Punto de inflexión

Soy terriblemente soñadora. Me gusta buscar lo positivo, sin importar la crudeza del momento. Historias duras tenemos todos, lo importante es cómo nos levantamos después de caer. Y fue ahí, a medida que fui cayendo, que aprendí la importancia de la familia, de ese sostén que siempre estuvo para mí. Pensé en todo lo que transmite un vínculo, en lo trascendental que puede ser un abrazo o las palabras justas. Cuando era niña y estaba en el suelo llorando, quería que mi mamá me dijera «pobrecita», pero ella me secaba las lágrimas y me decía «arriba, arriba, que vos podés». Ahora, si estaba papá, la situación cambiaba, te abrazaba fuerte y te daba un millón de besos hasta que te olvidabas de qué había pasado.

Cuando aprendí a levantarme sola, me quebré la columna. Literalmente, me partí en dos. Toda la estructura se movió en una caída libre de ocho metros. Escuchaba el sonido de la cascada, temblaba y mis pensamientos me decían «esto va a terminar mal». El viento presionó mi cuerpo. El agua tocó mi piel, pero no fue un bálsamo. Sentí que mis piernas se descuartzaron como un pollo y me hundí. Desde lo profundo, miré el cielo. Vi mi respiración en las burbujas. Mi corazón se desbocó, pero mi mente lo silenció. Era hora de salir. Con todas mis fuerzas, nadé hasta el borde más cercano. Grité. Dos hombres me sacaron. Uno me impulsó presionando mis costillas y otro, tomó mis manos. No pude pararme.

Diagnóstico: dos vértebras quebradas sin desplazamiento, sensibilidad en todo el cuerpo. Me había convertido en una piedra, pero seguía siendo sensible. En el sanatorio, estuve internada cuatro días y lloré seis veces, las recuerdo porque no me gusta llorar delante de otros.

Lloré cuando me rescataron los bomberos.

Atada a la tabla, sentí miedo. Veía el cielo y una suave garúa se

mezclaba con mi llanto. Los rescatistas me hacían bromas, reía y volvía a caer en el laberinto de mis pensamientos: «¿por qué no me escuché? silencié mi intuición y ahora estoy en esta tabla, ¿por qué no me escuché? ¿por qué no me pude parar? ¿qué es lo que tengo? siento las piernas, sí, las siento».

Lloré cuando me dieron el diagnóstico.

Demoraron dos días en saber qué tenía. Las vacaciones de amigas en Brasil se transformaron en vacaciones hospitalarias. Ellas fueron mis soldados para luchar contra el seguro médico. Me asombré de mi fortaleza, mi mente decía: «no te rindas». Quería gritar, pero me aguantaba las ganas.

Lloré cuando me hospedaron con un preso.

Dos policías con metralleta lo acompañaron mientras él se retorció sobre las armas. Ozzy estaba esposado de pies y manos, pero era más libre que yo, que continuaba atada. No podía salir corriendo. Pensé que nos iba a matar a todos. «Tranquila, todo va a estar bien». Repetía eso una y otra vez. «Dormite, pensá en algo que te guste». «¡Que no haya matado a nadie! Por favor, ¡que no haya matado a nadie!». Mientras miraba fijo el techo, escuché que era la cuarta vez que robaba. Él decía que lo confundían con su gemelo. «No mató a nadie, no mató a nadie. El recurso, ¿dónde está el recurso?». Mi mente buscó y encontró. En India, me habían leído la mano, iba a vivir 85 años, quizás 90. Todavía me faltaban dos tercios. El cuerpo se apagó.

Lloré cuando apareció un abogado.

Abrí los ojos y un hombre de unos setenta años me miraba con desconcierto. Tenía un traje azul oscuro, muy elegante, seguramente hecho a medida. La tela parecía suave y quise tocarla, pero no podía moverme –papá me enseñó a comprobar la calidad de la ropa tocando las telas. Por eso, cuando veo algo suave quiero corroborarlo—. «¿María Carolina? ¿cómo la están tratando?».

Comencé a hablar verborrágicamente, hasta que me dí cuenta de que no sabía quién era y de que hacía horas que estaba orinada. Una enfermera me había dicho que hiciera pis en los pañales, pero habían pasado más de tres horas y no había vuelto a cambiarme. «¿Usted quién es?», le pregunté. «Un abogado», contestó. Comencé a llorar, mientras gritaba, «¿me van a demandar? yo no tengo la culpa de nada y estoy hecha pichi». Tomó mis manos: «Tranquila, aquí todavía existe humanidad. Está bajo mucho estrés, pero yo me voy a encargar de que la atiendan como se debe. No la voy a demandar, vine para ayudarla». Dijo que era amigo de alguien, pero no recuerdo de quién. Que vivía en Río de Janeiro e iba de paso. Se había enterado de mi situación y quería comprobar mi historia. Hizo que me pasaran a una habitación privada. Besó mi mano, comprobé que el traje era suave. No me dijo su nombre y nunca más lo vi.

Lloré cuando me trasladaron de sala.

Cambió la guardia y la nueva enfermera perdió los papeles de mi internación. Insistía en que el seguro no había pagado. Me llevaron a una habitación compartida. Una de las seis personas de la pieza gritaba desaforadamente «ayuda». El bao era espeso, las gotas de sudor recorrían todo mi cuerpo. La tabla me quemaba como un churrasco a la plancha y la señora seguía gritando. La cama tenía un pozo, no aguantaba el dolor. Lloré, «no aguanto más». Me clavaron una inyección con todas las fuerzas. «¿Qué me estás dando?». «Son calmantes». Agarré al enfermero, «pasame a la camilla», «pasame a la camilla, la cama está hundida, poneme en el piso», «no escuchan a la señora gritar», «pasame al piso, ¡al piso!». Me pasan a la camilla. Me duermo.

Lloré cuando dijeron que me llevaban a casa.

Amenacé al seguro. Sacaron lo peor de mí. Estaba dispuesta a hundirlos. Media hora después de la amenaza, Talita, un ángel

del hospital, entró a la habitación y preguntó si quería irme a casa. «¿En serio?». Fue el llanto más intenso. Mis ojos eran una catarata, ahora sí podía llamar a mis padres. Volví a casa.

Cuando llegué a Montevideo, tuve que estar 4 meses en cama, sin moverme. Mi madre se mudó conmigo. Más de una vez dijo: «pobrecita». La carne llagada de mi coxis la espantaba. «Pobrecita». Pero también agregó: «el 26 de marzo era tu fecha de nacimiento, qué increíble, volviste a nacer el día que tenías que nacer».

Cuando vino papá, me llevó al baño en silla de ruedas, me sentó en la ducha, cerró la cortina y dijo: «dale, dale que vos podés».

Hoy, con la estructura renovada, agradezco a todas las personas que están en mi vida. Sobre todo a ese dúo desproporcionado y equilibrado que son mis padres. Sin ellos, no sería quien soy, pero tampoco lo sería sin mis abuelos, sin mis bisabuelos y sin todas las raíces que me anteceden.

Los italianos

Mis bisabuelos, Anna María y Antonio, se casaron en Uruguay, en agosto de 1899. Ella tenía diecinueve y el veintidós. Tuvieron trece hijos. ¿Cómo se habrán conocido? ¿En Italia? ¿En el barco? ¿En Uruguay? Soñé con ese encuentro:

Era mejor atravesar mis miedos y mi incertidumbre que pasar hambre. El estómago vacío había hecho que tomara coraje. Juntaba dinero, porque mis sueños estaban en otro lado.

El barco era enorme, pero solo me había alcanzado para un lugar en el hacinamiento. A veces parecía un infierno: las gotas de sudor corrían por mi cuerpo, pero no sabía si eran mías. Éramos tantos, y ahora somos menos.

En la tormenta, el agua agolpaba ese subsuelo de subsuelos. No tengo que perder la fortaleza ni el horizonte. Nadie me puede quitar la esperanza y no importa lo que digan, yo, Antonio, creo.

En ese destino me espera un nuevo comienzo, pero es difícil no bajar los brazos, sobre todo cuando la fiebre se apodera de lo propio y de lo ajeno. Es un proceso que puede ser lento o rápido, todos conocemos los pasos. La fiebre aumenta, el cuerpo rechaza todo alimento y se convierte en cristal. Después, se hace trizas. Se entrega al mar y los peces devoran aquello que podías llegar a ser. Las pertenencias se queman. Todo atisbo de la persona desaparece. Solo queda su presencia en los corazones de los que lo quisieron, aunque todo es tan intenso que hasta la memoria corre peligro.

Cuando vino la tempestad, me sostuve de una baranda. Varias cosas golpearon mi cuerpo. Vi desaparecer a mi vecino y también la vi a ella. Los ojos de Anna me dieron calma. Todavía no era mi momento.

Mis fuerzas estaban flaqueando, estaba cansado de estar alerta. Quería dormir. Caí, toqué fondo y, cuando pensé que me iba, una mano me tomó. Los ojos serenos también tenían manos suaves. Ya no pude soltar a Anna.

No hay nadie, me fui a Camboya

Nené, mi abuelo, el ignorante analfabeto, usaba un escarbadien-tes en la oreja. Era alto, ágil con las matemáticas y siempre decía lo que pensaba sin filtros. Eso me encantaba.

El único que me llamaba Carito, me sentaba en su falda y me abrazaba con delicadeza, como si fuera de cristal y tuviera miedo de romperme.

Despeinando los pocos pelos de su cabeza, descubrí su cráter delimitado por una cicatriz. Ese pozo durante años fue la frase: «es cosa de grandes». Mi abuela Buba decía que no hiciera preguntas, que no le pasara el dedo por ahí. Pero, como él se dejaba, pasó a ser costumbre besar el cráter, cráter que le hizo su padastro con la culata de un hacha.

Me encantaba ir de noche a su casa. Al ritmo de un terremoto musical, golpeaba la puerta del almacén y gritaba: «abueloooo». En penumbras, corría por el pasillo del costado de la casa. Era una carrera hasta la puerta del fondo. Agudizaba el oído para ver si tenía ventaja. Seguía gritando: «abueloo» y él respondía: «no hay nadie, me fui a Camboya». A veces, se demoraba y me dejaba ganar.

La última vez que vi a mi abuelo, llevaba tres años postrado en una cama. Derrames cerebrales lo habían transformado en piel y huesos. Ya no quería comer. Mi abuela creía que conmigo sí lo haría, porque más de una vez balbuceó: «Carito».

En ese entonces, yo vivía en Montevideo. Me costaba ir a Paysandú. No quería ver al abuelo así. Me pesaba tener que visitarlo. No quería mirarlo a los ojos, porque su mirada vidriosa y penetrante era un grito de desesperación.

En cada visita, tenía que ayudar a bañarlo o darle de comer. Cuando le pasaba la esponja para lavar su torso, se me hacía un

nudo en la garganta. Él se quedaba tieso y, a veces, se enojaba. No hablaba, solo me miraba. Yo lo esquivaba, hacía algún chiste mientras lo peinaba y le besaba el cráter.

Un día, Buba trajo el café con complementos para que lo alimentara y fue a bañarse. Él me miró fijo y apretó los labios. Entendí todo. Quería que yo cumpliera ese rol porque sabía que, a pesar de mi dolor, iba a respetar su voluntad.

Nos miramos. Empecé a llorar. «No puedo, abuelo, tenés que comer». Apretó más los labios. Él me conocía.

«¡Te voy a extrañar!», dije. Cerró los ojos. Le mojó la camiseta con agua y tiré el café en una planta. Tomé su mano y me acosté a su lado. Pero su mano, que solía ser grande, firme y áspera, ya no era la misma. Ni siquiera su olor era su olor. Ese perfume importado que le ponían para que estuviera «lindo» estaba lejos de representarlo. Mi abuelo era mandarina y limón, mezclado con un after shave mentolado. No estaba ahí.

Puse mi cabeza en su hombro y los recuerdos me invadieron. Los viajes en carro para vender verduras, el megáfono para cantar las ofertas del día, la lata de durazno atada a un palo para bajar las mejores paltas, las caricias a mis lunares con las yemas de sus dedos, las charlas al comer mandarinas...

Buba volvió y yo me hice la dormida para evitar mentirle. «Qué bien, Nené. Claro, si tu nietita preferida viene, vos comés, siempre me das trabajo. ¡Qué cosa! Con lo que yo te quiero».

Dos semanas después, ella entendió y lo dejó ir. No hubo velatorio y no llegué al entierro. Tampoco fui al cementerio.

Cuando esté en Camboya voy a gritar bien fuerte: «¡abueloooo!» y quizás escuche:

«¡No hay nadie, me fui a Uruguay!».

You can't rush your healing

Parecía una mañana como otras. Salí de casa, rumbo a la parada de ómnibus, con los auriculares puestos. Escuchaba *you can't rush your healing*, de Trevor Hall, que últimamente me acompaña desde que me levanto.

Me encanta escuchar música, sobre todo cuando viajo en ómnibus. Miro por la ventana y dejo que mi mente se pierda en sintonía con la banda sonora. *I don't know what's right or wrong / I just keep, keep on believin'*.

Miles de imágenes aparecen y algún sueño fugaz dibuja una sonrisa en mi rostro. A veces, hasta me hace dar pequeños saltos o contornearme en la calle, mientras espero que el semáforo cambie. *Well, everybody 's got that chapter / of dark and darker days*.

Hace dos semanas que Buba se fue, digo se fue porque no me gusta la palabra murió. Lo muerto es inerte y mi abuela está viva en mi recuerdo, presente en mi corazón. *Mama, well, she told me time is such a wonderful gift*

La lloré y pensé que eso era suficiente, pero hoy en el ómnibus las lágrimas volvieron a aparecer. Antes, tenía el poder de controlarlas, ahora no. Ya no controlo mi cuerpo, lo dejo que sea, aunque sienta vergüenza en el proceso. *Confusion clouds the heart but it also points the way*

El ómnibus iba vacío y, a medio camino, una mujer gorda se sentó a mi lado. Noté su cuerpo suave y vi sus pechos inmensos. La miré, pero no pude zambullirme en su regazo como me hubiera gustado. Era una mujer que distaba de mi recuerdo.

Quiet down the mind. Buba me miró y, ante mis ojos suplicantes, levantó su brazo y dejó que enterrara mi cabeza en su pecho. El viaje desde Paysandú hasta Atlántida era largo, así que podía dormir a pata suelta. Tenía todo un universo blando para abrazar.

Hacía mi mayor esfuerzo por rodearla, pero mis brazos no alcanzaban, quizás sí mi alma. *So, you can't rush your healing. Darkness has its teachings.*

Ella esperaba a que me durmiera para acariciar mi cabeza. Nunca antes. Aunque siempre sentía su mano caliente como un bálsamo. Con seis años, sabía que a mi abuela le costaba el contacto, pero no se negaba cuando se lo ofrecía. *Love is never leaving.* A veces, la estrujaba, se reía y decía «buenooo». Entonces, cuando sabía que mi tiempo se había agotado, pedía ir al baño para saciar mi curiosidad. Buba discutía, quería disuadirme con historias. Al final, cedía a mi obstinación recurrente. Me acompañaba al baño del ómnibus para apretar la cisterna. Me producía una cierta fascinación el ruido de la succión. Era un vacío inmediato, seguido de una risa estrepitosa. *You can't rush your healing / your healing*

XIV

Perla Gorín

Mi camino	150
La búsqueda	151
Los historiadores	153
La historia	154
El secreto	160
El silencio	163

Mi camino

Trabajé toda mi vida con números y recién comencé a escribir cuando me jubilé. Como un desafío. Después vino la pandemia, que se llevó a tanta gente, a mi amiga querida.

Ni en mis más extrañas pesadillas pude imaginar el encierro, las calles desiertas, el silencio en el aire.

En ese tiempo, intenté una rutina: aprender alguna cosa, hacer gimnasia, ordenar rincones olvidados de mi casa.

Así, completé un curso excelente de Historia, online, sobre la conformación del Medio Oriente; intenté uno de Chino, que abandoné por imposible; aprendí crochet y descubrí que me encanta tejer; practiqué recetas de tortas sin azúcar, algunas muy buenas; miré series; ordené placares; me moví frente al televisor; pero leí muy poco.

El Día del Libro compartimos con el grupo de taller nuestras lecturas. Alguien recomendó *El asesinato de Sócrates* y decidí comprarlo. Agregué *El Asesinato de Pitágoras*, del mismo autor, Marcos Chicot.

Chicot arma una historia fantástica y plausible, con escasos datos conocidos, que disparó mi curiosidad. Pitágoras me es familiar desde siempre, pero solo por su famoso teorema. No como ser humano y menos como figura de gran trascendencia. Empecé a indagar sobre su historia.

La búsqueda

Me interesa la forma y transmisión del conocimiento en la Escuela Pitagórica, a partir de la personalidad y las enseñanzas de su Maestro.

Comencé mi búsqueda en Internet.

Hay muy poco material con bases históricas confiables y mucho deducido sobre las ceremonias y tratamiento de la enseñanza en la Escuela Pitagórica. Encontré escritos actuales, extensos, detallados y de dudosa verosimilitud, en cuanto que en la Escuela usaban la transmisión oral y mantenían el secreto sobre lo que hacían, decían y aprendían.

Recordé una vieja colección encuadernada que mi marido y yo guardamos casi toda nuestra vida de casados, *La historia de los hombres*. Nunca había abierto un tomo.

El fascículo de Pitágoras aparecía en el índice.

El papel estaba amarillento y despedía ese olor característico a viejo. Debí fumigarlo pero no lo hice, ansiosa por ver lo que decía.

La información estaba ordenada, pero escrita en un lenguaje pomposo y complicado. Su lectura no me satisfizo.

Finalmente di con *Vidas de Pitágoras*, del escritor español David Hernández de la Fuente. Este autor está especializado en Religión Griega, Antigüedad Tardía e Historia del Platonismo, su libro se desarrolla bajo este enfoque. Ya desde el título puedo inferir que los caminos del autor no son los míos.

Adjunta y analiza biografías antiguas, traducidas al español por primera vez, de quienes se consideran los mejores biógrafos de Pitágoras: Porfirio, Jámblico, Diógenes Laercio, Diodoro de Sicilia y Focio de Constantinopla.

Notas al pie

- Además de la biografía de Wikipedia, encontré una muy escueta de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Granada, publicada con otras de matemáticos y científicos de la historia mundial.
- En la página de la Biblioteca Nacional sólo aparecen un par de tesis aparentemente vinculadas. El link no me permitió una vista previa.
- En el catálogo de la Facultad de Humanidades también aparecen varias monografías sobre el tema, pero no es posible consultarlas en línea.
- Amazon Books presenta algunos libros prometedores: *The Pythagorean Sourcebook and Library*; *Divine Harmony*, *The life and teachings of Pythagoras*; *Pythagoras his life and teaching*; *Pythagoras, his lives and the legacy of a rational universe*. Ninguno en español.
- En la Biblioteca País del Plan Ceibal, la mejor ordenada, encontré *Los Versos Dorados*, que se atribuyen a Pitágoras, pero se cree que es un trabajo colaborativo. No pude retirarlo porque olvidé mi contraseña y esperé 100 horas por un pin que nunca llegó. Volví a intentarlo varios días después y volví a fracasar.

Los historiadores

Las primeras biografías de Pitágoras fueron escritas más de 200 años después su muerte y se basaron en escritos de Platón y Aristóteles de casi un siglo de antigüedad.

Estos biógrafos interpretan la historia bajo sus propios pensamientos y creencias, como Jámblico, que creía en la magia y la adivinación y Porfirio, que no creía ni en la magia ni en la adivinación. Diógenes Laercio, que fue un admirador del pensamiento pitagórico y a quien se considera uno de sus mejores biógrafos, vivió 500 años más tarde.

Los textos reúnen partes de la transmisión oral. Coinciden en que la Escuela Pitagórica era hermética sobre sus enseñanzas y costumbres, y usaba símbolos esotéricos.

¿Qué es la transmisión oral?

Hoy se discute quién fue Shakespeare, que vivió hace 400 años, cuando ya existía la imprenta.

Hace poco, escuché una entrevista a varios participantes de una obra teatral argentina, reversión de Hamlet. La directora y productora, una joven muy entusiasta, creó la obra en plena pandemia y la presentó en su casa hasta que su éxito la llevó al teatro argentino, en post pandemia, y ahora al uruguayo. Uno de los actores intervino con orgullo:

—Fíjense la vigencia de este texto escrito hace 1400 años.

Los periodistas no lo corrigieron. Pensé que no querían avergonzar a un entrevistado. Un colega agregó:

— Dense cuenta de que es un escrito de hace 1400 años.

No medió un comentario. Así, los oyentes recibieron dos veces el dato errado de que Shakespeare escribió Hamlet hace 1400 años.

Eso es transmisión oral.

La historia

Pitágoras, fundador de la Escuela que llevó su nombre, fue un gran matemático y filósofo griego, que vivió entre los años 569 a 475 a.c., las fechas se discuten.

La Escuela Pitagórica fue muy prestigiosa y sus miembros reconocidos y admirados por la sociedad, pero también tuvieron sus detractores.

Sus teorías de las relaciones numéricas se usaban para el diseño de los pesos y medidas y explicaban las proporciones del universo. Sus descubrimientos de las escalas y relaciones musicales son válidos hoy y su teorema se aprende universalmente.

Hay consenso en que Pitágoras nació en Grecia en la Isla de Samos, de donde provenía su madre, mientras que su padre provenía de Tiro, en Fenicia, al sur del hoy Líbano. La proximidad geográfica de ambos sitios explica que viajara de un lugar a otro y aprendiera de los distintos pueblos.

Los biógrafos coinciden en que se formó junto a Tales de Mileto, gran matemático autor de un teorema famoso y vigente, a pesar de su escasa coincidencia temporal y física (Tales vivió en Mileto, al este de la actual Turquía, desde el 624 al 549 a.c., y Pitágoras habría nacido en el 569 a.c. en Grecia)

Pitágoras también se habría educado en Egipto, donde residió, y en Babilonia, ya que allí permaneció prisionero cuando Persia invadió Egipto.

Más adelante, se mudó a Crotona, una colonia griega ubicada en lo que sería hoy Italia.

Las antiguas biografías discurren entre un mundo material y un mundo divino. Hernández refiere su análisis fundamental al que denomina *el hombre divino*. Aunque no es posible analizar uno sin el otro, intento centrarme en su mundo material.



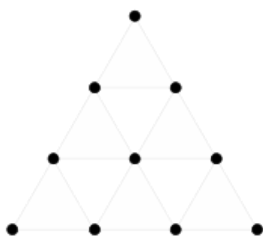
En el mundo griego se considera a Pitágoras el padre de la aritmética y de la geometría. La historia habla del ambiente matemático en su Escuela.

Se atribuyen a Pitágoras frases como: “El Universo es el número. Todo es número”

Los pitagóricos creían que el número era la esencia y el principio de todas las cosas. Los únicos números conocidos hasta esa época eran los naturales, 1, 2, 3, 4, 5, etc., y sus relaciones. A los números les asignaban características como bellos y feos, perfectos e imperfectos. 10 era el mejor número por ser:

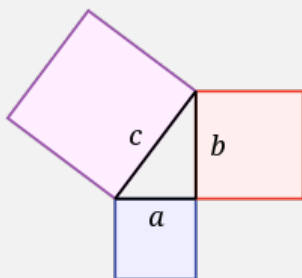
$$10 = 1 + 2 + 3 + 4$$

Esta suma se representa con el Tetraktys, una figura geométrica triangular ideada por Pitágoras, que se convirtió en un símbolo venerado por la Escuela.



Los pitagóricos estudiaron el triángulo y descubrieron características y propiedades de sus ángulos y lados. Fueron los primeros en demostrar en forma gráfica el llamado, desde entonces, Teorema de Pitágoras, dibujando los cuadrados sobre ambos lados menores y la hipotenusa de un triángulo rectángulo.

Teorema de Pitágoras. En un triángulo rectángulo la suma de los cuadrados dibujados sobre los catetos (en este caso a y b), es igual al cuadrado de la hipotenusa (c).



Sin desestimar la esencia del Pitágoras matemático, me resulta incomprensible la transmisión oral de las Matemáticas. En mi experiencia, es imprescindible escribir para comprenderlas.

Comienzo mis clases diciendo:

—Tomen lápiz y papel, no se puede entender Matemáticas sin escribir.

Por otra parte, el Pitágoras divino y público que nos llega es un hombre religioso, místico, social y político, de rasgos muy bellos y con un muslo de oro. Que podía volar sobre una flecha de oro, estar en dos lugares a la vez y hablar con los animales. Que curaba milagrosamente con su música y su palabra y tenía el poder de la adivinación.

Los casi inexistentes registros escritos destacan su trayectoria como figura política en la sociedad de Crotona y recogen los discursos con que atrajo a seguidores y futuros discípulos de su Escuela.

¿Cómo funcionaba la Escuela Pitagórica?

Según Jámblico, su forma de trabajo fue traída de Egipto.

El ingreso era limitado. Los aspirantes debían aprobar pruebas físicas, morales y comportamentales para ser admitidos.

El silencio y el secreto eran parte del aprendizaje. Los iniciados debían guardar cinco años de silencio sobre sus estudios y cumplir numerosas reglas: usar ropas blancas, mantener una alimentación vegetariana, no cruzar por una balanza, no remover el fuego con la espada, no arrancar las hojas de una corona, no regresar si se había comenzado un viaje, no andar por caminos públicos, ayudar a quien llevara una carga, guardar una forma de vida pura y una disciplina estricta en su comportamiento, no comer corazón de animales.

Lo más innovador para su época fue la creencia en la vida después de la muerte y la reencarnación, conceptos que Pitágoras trajo de Oriente.

Los aprendices de nivel básico sólo podían escuchar a sus maestros, mientras que los matemáticos, de nivel superior, recibían clases del propio Pitágoras.

Los matemáticos se separaban en exotéricos y esotéricos. Los exotéricos escuchaban al Maestro a través de una cortina, sin

participar ni verlo, mientras que los esotéricos podían participar y verlo.

Otra muestra del misterio que rodeaba la figura de Pitágoras.

La Escuela estaba aislada de la sociedad. Quien fallaba en las pruebas de admisión o la abandonaba era despreciado, se le consideraba muerto y se le levantaba una tumba.

Uno de estos aspirantes rechazado fue el aristócrata Cilón, a quien se culpa de incendiar la casa donde estaban reunidos Pitágoras y sus seguidores y causar la muerte a más de 50 personas. Pitágoras habría escapado, pero la Escuela de Crotona fue destruida. A pesar de ello, los discípulos sobrevivientes se dispersaron por toda Italia, continuaron estudiando aritmética, geometría y astronomía, y realizaron importantes avances.

El liderazgo indiscutido de Pitágoras y el respeto que generaba hizo que los descubrimientos de la Escuela se le adjudicaran, pero se cree que muchos pertenecieron a sus discípulos.

No me parecen excluyentes los diversos aspectos de la sabiduría de Pitágoras que relatan sus historiadores. Los grandes hombres de la antigüedad abarcaban varias áreas.

Lo que me interpela es cómo diferenciar en las biografías los hechos reales de los que los historiadores, según su procedencia y creencias, agregan cuando construyen su relato.

Me recuerda el juego del teléfono descompuesto, donde un participante susurra algo al oído de su vecino, éste lo repite a otro y así. Después cada uno dice en voz alta lo que escuchó. Casi nunca coinciden.

¿Cómo pueden unirse hoy e interpretarse con veracidad historias racionales y fantásticas, antiguas y casi indocumentadas, para extraer algo verídico?

Hace un tiempo visitamos al cardiólogo, para encaminar la operación de columna de mi esposo. Lo encontró en perfecto

estado. Los resultados de estudios y análisis estaban muy bien. Ante nuestro asombro, tomó su celular, tecleó unos segundos y nos dijo satisfecho que el riesgo cardiológico de la operación era del 0.09. Nos fuimos muy contentos.

Un par de días después, mi esposo envió los estudios al anestesista. Entonces, notó que faltaba el diagrama, aunque tenía el informe del electrocardiograma. Leyó azorado que indicaba rastros de infarto de miocardio lateral posterior.

— ¿Qué? ¿Cuándo tuve un infarto? ¿Mi cardiólogo, un respetadísimo profesor, no lo vio? ¿Leyó el gráfico y no el texto? Durante toda la tarde, llamó a la mutualista, para solicitar el gráfico faltante, o hablar con quien redactó el informe escrito para correlacionarlos. ¡Misión casi imposible! Adjuntarlo a la carpeta del cardiólogo de urgencia llevó 24 horas.

Resultado: El texto, escrito en el año 2021 y digitalizado por excelentes profesionales, era incorrecto.

Eso es transmisión escrita.

Pitágoras pudo ser el hombre místico, casi divino, filósofo, político y maestro, y también el estudioso matemático. Lo que más me extraña es que el tiempo de una sola vida, marcada por años de exilio, alcanzara para estudiar y enseñar tanto a tantos.

Mi esposo me preguntó:

— Pitágoras fue visto en varios sitios a la vez y decía haber vivido varias vidas. ¿Podrían haber existido varios Pitágoras?

— ¿Podría haber sido Pitágoras un grado jerárquico dentro de la Escuela Pitagórica y no un individuo?

— Podría. . .

El secreto

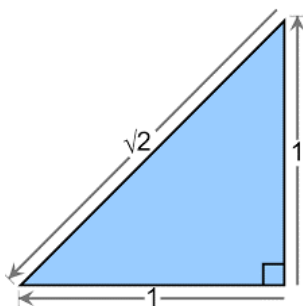
Uno de los misterios matemáticos de la época, que interpelaba a los estudiosos, era lograr el cálculo más exacto del perímetro de la circunferencia y, por tanto, la búsqueda del desconocido y aún no nombrado pi π . Esta búsqueda, y el propio Teorema de Pitágoras llevaron al descubrimiento de los números irracionales por matemáticos de la Escuela Pitagórica.

Los irracionales

Para hallar el perímetro de la circunferencia, conocido hoy como $2 * \pi * \text{radio circunferencia}$, se le aproxima con el perímetro de un polígono inscrito en ella. Con esta metodología, llegaron a determinar hasta tres cifras después de la coma para el número π , 3, 141. Pero π sería descubierto siglos después por Arquímedes.

Sin embargo, el propio Teorema de Pitágoras, para el caso de un triángulo rectángulo con 2 lados iguales de medida 1, conduce al número irracional $\sqrt{2}$.

Constante de Pitágoras

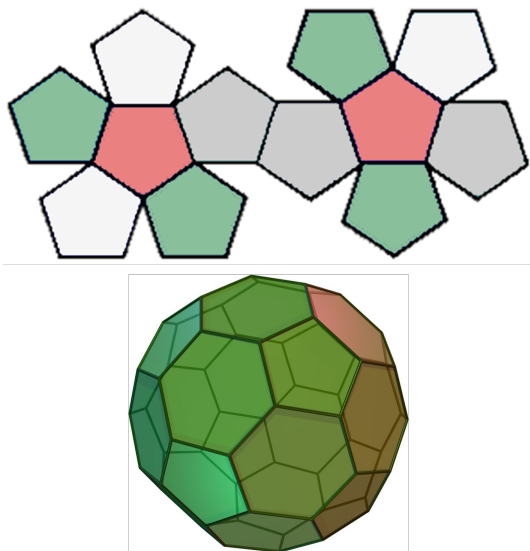


Hipaso de Metaponto fue, por un tiempo, un miembro prestigioso de la Escuela Pitagórica, que se dedicó más al estudio de la

acústica y la resonancia que a las matemáticas. Sin embargo, se le adjudica la construcción de la esfera de 12 pentágonos y habría sido quien descubrió el primer irracional, $\sqrt{2}$, cuando analizó el famoso teorema de su Maestro.

Hipaso cometió el pecado de divulgarlo.

Esfera de 12 pentágonos



Los miembros de la Escuela Pitagórica vivían segregados, su vida entera dedicada al estudio de disciplinas sobre las que mantenían un secreto estricto. La violación del secreto se consideraba un delito capital.

Entonces, ¿qué significó para ellos la acción de Hipaso?

La existencia de los números irracionales destruía las teorías pitagóricas numéricas válidas hasta ese momento y su explicación

del Universo. Mostraban que para hallar la medida de la circunferencia, o la de la diagonal del cuadrado, se necesitaban números nuevos y desconocidos, en contra del concepto de que su conocimiento era suficientemente basto. Esto destruía su orgullo y su prestigio.

Hipaso cometió dos actos imperdonables frente sus hermanos:

- Destruyó los postulados pitagóricos que explicaban las medidas y el Universo.
- Transgredió la orden del secreto de su Escuela.

Este gran matemático se ahogó en circunstancias extrañas. Se embarcó en el mar junto a sus hermanos pitagóricos y, mientras que ellos regresaron de ese viaje, él no. Se coincide en que su delito fue la causa de su desaparición.

La historia me resultó asombrosa. ¿Conservar el secreto del conocimiento valía una vida?

El silencio

No soy la única que se ha preguntado si realmente Pitágoras existió. A pesar de las versiones desencontradas sobre su figura, su existencia es innegable.

En su conferencia *"Pitágoras y su tradición mística"*, Emmanuel d'Hooghvorst, escritor, filósofo y alquimista belga ya fallecido, señala la atracción que causa el silencio pitagórico.

Me siento incluida entre los oyentes.

Del discurso complejo, con muchas referencias a la mitología griega y al antiguo Egipto, rescato la frase adjudicada a Pitágoras "No se debe hablar de los asuntos pitagóricos sin luz".

Esa luz, según explica D'Hooghvorst, es la sabiduría para las culturas de la antigüedad.

El significado de la frase es que no se debería hablar de los asuntos pitagóricos sin un conocimiento profundo. En caso contrario, es mejor mantener silencio.

En palabras de Pitágoras: "Escucha, serás sabio. El comienzo de la sabiduría es el silencio".

XXV Guillermo González

Tengo 19 años. Siempre me gustó escribir. Escribo desde que tengo memoria y nunca pensé en dejarlo desde que conocí este mundo. Cuando era más chico, escribía cuentos; cuentos cortos, principalmente. En esos años, aprovechaba mi tiempo libre para escribir historias. Participé de algún que otro concurso y luego comencé a hacer cuentos un poco más largos y relatos.

Cuando conocí la poesía, alrededor de los 15 años, sentí que era yo mismo. A partir de ahí, fue un antes y un después. Encontré una fuente en donde mis emociones podían expresarse sin límites. Un mundo al que acudía y sigo acudiendo cuando más lo necesito.

Retrato de la soledad	166
Inspiración infinita (Lado A)	167
Falta de inspiración (Lado B)	168
Ciudad despierta	169
Invierno y Soledad	171

Retrato de la soledad

La soledad la aprecio, mientras más lejos está
es raro pero vive,
sabiendo que no hay nadie más.

Creo que se va para que intente crecer
que me dé alguna pista.
Le canto para que aparezca, cuando empiezo a ver tanta
gente
y la extraño, como si fuera mi propia fuente.

Quién iba a creer que la escritura tanto transmitía
y que algo tan intangible como un sentimiento
se podía convertir tan perfectamente en poesía.

La sinfonía de sabores espirituales que me da sentir la
soledad
la imprecisión de no saber si en algún instante,
desaparecerá.

Cuando vuelve, es lo mejor que puede pasar
no hay camino acompañado, pero hay libertad.

La diferencia entre querer y no querer sentirse parte
un efecto retroalimentador que hace cambiar las variables
ese pequeño margen de error no calculable.

Es capaz de mezclar la timidez con el dolor, y ser una
amenaza
pero es que se vuelve inspiración, ¿y cómo puedo odiarla?
si me hace escribir mejor cuando me faltan las palabras
y me hace contar historias que nunca me pasarán.

Inspiración infinita (Lado A)

Me dicen que descanse y no puedo
o no quiero
prefiero escribir antes que dormir
la cama de las palabras
es igual de cómoda.

Soportar los ojos cansados en mi cara
es un reto hasta para mí mismo
cuando nada me motiva
espero recibir un abrazo
que me haga soñar.

Escribir quizás
entre el amor y el dolor
entre el abrazo perdido
y esa última sonrisa
que me enamoró.

La respiración se entrecorta
y miro a la oscuridad
sé que hay algo más
lo podría jurar.

Pero cómo justificar
que en zonas sin visibilidad
se pueda encontrar
inspiración infinita.

Falta de inspiración (Lado B)

Sentimientos, emociones,
solo corazones,
contusiones,
vuelta al origen,
donde somos,
¿quiénes somos?

Perdí la chispa
faltan aristas,
¿soy artista?
hay ritmo, faltan claves,
¿interesa el arte?

Estoy alejado
llora el bolígrafo
a mi lado.

La tinta que ayer salía
se gastó de mi locura
con firmeza diría que perdí
la poca cordura.

Ciudad despierta

Largas luces se dispersan en la ciudad de mis sueños
pantallas que iluminan este escenario, que evoca fuego
todos en busca de sus objetivos, nadie que los pare.

Nueva vida, nueva gente,
sin preocupaciones por el ambiente,
libertad de hacer lo que uno quiere
sin comentarios, sin juicios, sólo yo.

¿Y cómo no? si la ciudad se duerme
se despierta sola por la retroalimentación
desde el rascacielos más alto
hasta el más oscuro vagón.

Las calles despiertan felicidad
y cuando no hay oxígeno
un parque rectangular
se encarga de ayudar.

Cuando falta emoción
las luces empiezan a alumbrar
hasta el punto en que no hay nadie
que viva en plena oscuridad.

Un rascacielos recuerda a otros dos
que murieron años atrás.

Una estatua desde una isla
grita libertad,

los visitantes escuchan,
prefieren acercarse más.

La ciudad vive, y cuando no puede más
llama a las calles repletas de edificios
y personas
para que la puedan resucitar.

Invierno y Soledad

El invierno y la soledad son tan apasionantes
compatibles entre ellas, siempre vagan en las calles
con un halo de tristeza,
con ganas de dar un mensaje.

Suelen ir de la mano, para sentirse conectados
para sentir esa vibra que los deja paralizados
sienten un cosquilleo tras un largo abrazo
sus almas se unen, tras un suave trazo.

Paso a paso, pero con camino asegurado
no quieren ir tan rápido, el tiempo es su aliado
¡han cambiado, cuánto han cambiado!
eran tan distantes, ahora no pueden estar separados.

Una emoción y una estación
jamás pensaron en una relación
solo surgió de querer expresar su pasión
y mostrarse al mundo tal cual son.

Y la relación iba bien, hasta que la primavera llegó
el invierno hacía todo para complacerla
pero la soledad no quería más lluvias o nubes negras
quería más felicidad, alegría eterna.

La soledad no vio más a invierno
y se dio cuenta de que la primavera era demasiado feliz
incompatibles y diferentes entre sí
no veían un rumbo el cual seguir.

Extrañaba al invierno,
¡cuánto lo extrañaba!
veía el tiempo pasar y sentía el frío
a veces acariciar su nuca.

Sabía que era él, dándole señales
por lo menos soñaba con que era él
la melancolía la consumía
la primavera ya no era la misma.

Soledad siempre había estado sola
pero no tan sola como cuando Invierno se fue
esperaría estaciones, días, meses, solo por volverlo a ver
esperaría lo necesario con tal de disculpase
y pedirle que regrese otra vez.

XVII

Isabel García

Soy artista plástica.

Sin pretensión alguna de convertirme en escritora, me encuentro en el proceso de búsqueda de nuevas herramientas artísticas que enriquezcan mi obra.

Llegué al taller de escritura para ampliar mi horizonte creativo, aprender a pintar con palabras con el fin de fortalecer mis proyectos.

Sudor	174
Sangre	175
Lágrimas	179

Sudor

Me desperté abochornada, con el cuerpo sudado y el pelo revuelto. Acalorada y confusa, como recién llegada de otro mundo. Miré el cuarto, que es toda mi casa, y maldije a la ventana; no había dejado pasar el fresco de la madrugada, pero sí le cedió el paso al llanto del bebé de la vecina y al canto de las ranas del patio, que celebraban la lluvia.

Volví sobre mis pasos. Hacía calor, me levanté a tomar agua, volví a la cama. Busqué la mano de Paco y la acomodé sobre mi cadera para que me contagiara su calma, pero aquella noche no ocurrió el milagro. Sentía electricidad en mi cuerpo, como esa que se dibuja en el cielo en las noches de tormenta.

Lentamente, me llegaron imágenes del sueño. Estaba en una torre altísima, rodeada de agua, unas olas enormes con crestas blancas se levantaban furiosas como gallos de riña. Una escalera de hilos bailaba con el viento. Pájaros y rosas chocaban en el torbellino, se golpeaban, caían y el viento arrastraba pétalos y plumas.

Yo hacía equilibrio en la escalera y el agua me mojaba las piernas. Solté una mano chiquita que me mantenía segura y me desperté sobresaltada. Sentí los pies, no estaban mojados, había sido una pesadilla.

Sangre

Abatida por ese sueño, reviví el vértigo de la noche que me escapé a Veracruz con mi novio.

Sonreí al recordar a Frida, mi hermana cómplice de la fuga.

Yo tenía quince años y ella siete.

Al atardecer, mientras en la sala las mujeres de la casa y las vecinas rezábamos el rosario, Frida y yo cruzamos las miradas y nos ausentamos por un momento. En mi cuarto, Frida me abrazó, me ayudó a deslizarme por la ventana, empujó mi atado de ropa y cerró los postigones con sus manos chiquitas.

Volvió a la sala donde seguía el rumor del Avemaría, feliz de haber sido parte de la transgresión.

Mi audacia nos sorprendió a todos, este fue mi primer y único acto de rebeldía. El castigo que me regalaron fueron cuatro largos años sin hablarme.

Mi familia tuvo que enterrar varios secretos para guardar la apariencia de un linaje modelo del pueblo de Coyoacán.

Como soy la hija mayor del matrimonio Kahlo-Calderón, fui la primera en darme cuenta de algunos eventos domésticos, que me parecían impropios de una familia que pregonaba altos valores morales. Empecé a hacer preguntas incómodas, las cuales eran respondidas con un silencio de noche de invierno.

Ahí estaba la respuesta, en lo que callaban. Si nadie lo nombraba, era como si no hubiese pasado. Algo similar a lo que sucede con los muertos: mientras los deudos los recuerdan y ponen las fotos en los altares, vuelven una y otra vez, cada año, al hogar familiar, el día de difuntos. En esta familia elegían callar para pasar al olvido.

Mis padres habían sido amantes antes de casarse, estaban enamorados y me concibieron antes de la boda. Esto no sería grave, si

no fuera porque la esposa de mi padre también estaba embarazada.

El destino quiso que María, la primera esposa de mi padre, falleciera en el momento del parto de su segunda hija. Esta desgracia para María colocó a mi madre en una posición privilegiada, fue muy fácil seguir como si nada, casarse y que yo naciera seis meses después que mi medio hermana.

Para no seguir inventando mentiras, recurrieron al silencio y a la religión, que mi madre abrazó, como un escudo para defenderse de todo lo malo que podía pasar. Y así nos fuimos distanciando, a tal punto que yo también empecé a guardar secretos.

Cuando tenía catorce años, visité a una tarotista en la feria de Coyoacán. Era un día festivo. Frente a la Iglesia de San Juan Bautista, en la plaza y las calles cercanas, se instalaban puestos de venta. Los vendedores llegaban de distintos lugares, trayendo sus mejores recetas de panes, elotes, chapulines, tacos, delicias de chocolate y azúcar. Los puestos se amontonaban desordenados, mezclando comidas, artesanías y juguetes.

Me llamó la atención uno de ellos, era diferente al resto. No exhibía productos coloridos, estaba cubierto por telas desteñidas con dibujos del sol, la luna y las estrellas. Adentro había una pequeña mesa, dos sillas y un cartel de cartón que decía con letras irregulares “cartomancia”.

La tarotista era una señora mayor, arrugada, con la piel curtida y las manos aún más viejas, con unas uñas enormes como garras. Barajaba las cartas con gracia, mientras me miraba con ojos de águila. Las cartas eran viejas y deslucidas como ella, con los bordes desgastados de tanto mezclarse en las vidas ajenas. Me senté en la única silla vacía, frente a la adivinadora. Mientras, mis amigas esperaban su turno riéndose nerviosas, afuera de la carpa-consultorio de feria.

—Saca tres cartas —me indicó la mujer.

Elegí tres naipes y se los pasé a la vidente. Ella las fue dando vuelta lentamente, inexpresiva, mientras yo sentía mi pulso en la garganta.

—Cuatro de oros, la muerte, el loco, corresponden al pasado, presente y futuro.

Con la voz ronca y mirándome fijo, empezó a interpretar la tirada: *El cuatro de oros me dice que pasaste tu vida haciendo lo que se esperaba de ti, intentando domar ese espíritu rebelde que está enjaulado en tu corazón. Hay muchas mentiras a tu alrededor, y ya no vas a poder disimular tus sentimientos. Se acercan tiempos de cambio, la carta de la muerte es la transformación, no del alma sino de todo lo que conocemos, cambio de casa, de amor, de familia. Cuando aparece la calaca, la transformación es física, ya no se puede ocultar nada, lo oscuro sale a la luz.*

Con mis catorce años, todo eso me parecía un disparate sin sentido. Por curiosidad, le pregunté por la última carta, la que quedó en la posición del futuro. Con pocas ganas, como quien ya dijo un discurso muchas veces, empezó a descifrar los enigmas de la carta que representa el viaje del Loco.

—Es la carta sin número, es el cero, el inicio. El joven de la imagen toma lo mínimo necesario para sobrevivir y se lanza hacia el vacío, sin detenerse a pensar en las consecuencias. Tiene la inocencia de un niño y la sabiduría de un alma vieja, por eso se deja llevar por su instinto y ya no escucha los consejos de nadie. Los perros que le mordisquean los pantalones son las personas y creencias que intentan detenerlo, pero no pueden hacerlo dudar de su destino, porque él ya tomó una decisión. ¿Ves? Lleva una rosa en la mano y unas pocas pertenencias en la otra, el sol le ilumina la espalda y está ante el abismo, dispuesto a dar el paso, sin saber qué puede pasar, su rostro es sereno, porque ya no tiene miedo. Todo lo que era su mundo conocido ya no le interesa, y va

en busca de su propio destino.

—¿Qué hago? —le pregunté.

—No lo sé niña. . . pero dame los veinte pesos y que pase la siguiente.

Lágrimas

Paseaba por los recuerdos, mientras arreglaba el cuarto. Intenté ordenar también mis pensamientos, que iban y venían del presente al pasado sin escalas.

Un golpe en la puerta me sobresaltó, *casi nadie viene a mi casa*, pensé.

Hace tiempo que mi familia no me visita, solo Frida aparece con el uniforme de la Preparatoria, una bolsa llena de libros y caramelos en los bolsillos. Aparece sin avisar y me pone al día de la situación de la casa. Me cuenta todo lo que no puede contarle a mis padres. Tiene tantos proyectos, que habla sin parar. Quiere ser médica, grabadora, fotógrafa. . . también quiere ser madre, conocer el mundo, o por lo menos conocer la China.

En la vecindad no saben mucho de mí, vivo con Francisco y mis plantas, por eso me sorprendió que me golpearan la puerta. Era la vecina, que me entregó el periódico y se alejó sin decir ni una palabra. Leí los titulares y pensé que seguía soñando, ¡esto era una pesadilla!

Un camión hecho trizas, se leía en la primera plana de “El Universal” y, a medida que las negritas se iban achicando, la gravedad de la noticia hacía exactamente lo contrario. . . una señorita de Coyoacán se debatía entre la vida y la muerte.

El “Excelsior” de esa mañana era aún más contundente, una de las mujeres que se encontraban moribundas era *pintora, escultora y escritora* y, aunque la mencionaba como María Calo, sentí en mi corazón que la víctima del accidente era mi adorada Friducha.

El artículo del diario, escrito por uno de los compañeros de preparatoria de Frida, era un homenaje en vida. Frida pertenecía a un grupo de jóvenes con espíritus libres, *los cachuchas*, que compartían charlas de cultura, política y filosofía. Yo los conocía,

porque varias veces me había visitado con alguno de sus cuates.

El autor de la nota trabajaba como ayudante en el periódico y, ante la inminente muerte de su compañera, quiso homenajearla con todos estos logros artísticos, que a esa edad solo eran sueños y proyectos. Al final de la nota, el escritor agregó que, según información recabada en la Cruz Roja, era difícil que se salvara alguna de las dos víctimas más graves.

Sentí un dolor punzante en el pecho, me vestí y salí corriendo hacia la Cruz Roja.

En el galpón enorme, compartiendo habitación con veinte personas más, encontré a Frida. Alguien le estaba robando la vida, mientras respiraba con dificultad. Estaba rota, la cara desencajada de miedo, tenía los ojos cerrados, custodiados por sus cejas de gaviota en vuelo. Estaba sola. No estaban mis padres ni mis hermanas, tenía diecisiete años y era demasiado joven para morir.

La besé en la frente, en las manos, no encontraba una parte de su cuerpo sano que resistiera un abrazo. Me acerqué a su oído y le susurré *aquí estoy Fridita*. Ella intentó una sonrisa y las lágrimas reprimidas salieron libres, ahora que tenía con quien llorar.

Frida estuvo internada un mes en el hospital de la Cruz Roja. Mi madre fue dos veces a visitarla; mi padre, una vez. Los compañeros y amigas se turnaban para pasar a verla.

Me instalé en la Cruz Roja durante el mes que duró la internación. Mientras cuidaba a mi hermana, tejía, ayudaba a las enfermeras y hacía bromas para entretener a los pacientes. Ya no rezaba. Quizás tantos años de rosarios habían generado un crédito y ahora me lo estaba cobrando. Rogué que mi hermana viviera y vivió, contra todos los pronósticos, y a la muerte no le quedó otra opción que esperar treinta años más para llevarse el cuerpo de Frida.

Solo el esqueleto, su alma se quedó trezada en la memoria.

Valentina Etchebarne

Hola, soy Valentina. Eso es de lo poco que sé de mí misma: mi nombre, mi edad, de qué solía trabajar antes de empezar esta aventura. Esa es también la información que solemos dar cuando tenemos que decir quiénes somos. Pero somos algo más que un nombre, una edad y un trabajo o profesión: somos personas. Con deseos y dolores, mochilas llenas de pasado y sueños llenos de futuro. Con contradicciones. Con miedos que a veces nos paralizan. Con muchas preguntas y muy pocas respuestas.

Memorias de un viaje

La parte más difícil de viajar es despedirse.	184
El encuentro	185
Wanderlust (o el fuerte impulso o deseo de explorar el mundo)	187
Viajar con un desconocido sale bien	189
Adioses y bienvenidas	191
Se terminaron las vacaciones	193



Memorias de un viaje

Cuando decidí que quería ser parte de este libro, hacía más de un mes que estaba viajando por Nueva Zelanda y me pregunté qué textos debía seleccionar, si debía seguir en la línea de la poesía –que es mi línea– o sería mejor probar algo nuevo y escribir sobre este viaje, sobre todo lo que me ha implicado y lo que he vivido en este tiempo, desde que me subí al avión.

Publicar poemas hubiera sido más sencillo porque ya los tenía escritos, sólo hubiera implicado un trabajo de selección y edición. En cambio, escribir sobre el viaje era un desafío, ya que la narrativa no es mi género predilecto y el tiempo era relativamente acotado. Elegí hacer lo segundo porque, de alguna manera, siento que ya no soy la persona que escribió todos esos poemas que pueden leer en “Lo que falta” y quizás también puedan apreciar en otro libro futuro. Siento que ya no soy esa persona, pero también siento que no sé quién soy y me animo a preguntar: ¿en algún momento sabemos específicamente quiénes somos o es esta una búsqueda que lleva la vida entera?

La vida cambia con el tiempo y el tiempo también nos cambia, inevitablemente. Las cosas que una creía perennes se desvanecen, las personas se reinventan, los vínculos empiezan y terminan; otros

vínculos también empiezan y quizás también terminen. De eso se trata: de comprender que todo es cíclico y que la rueda nunca para de girar.

Capítulo I –La parte más difícil de viajar es despedirse

Lo más difícil de viajar por un tiempo largo es, sin dudas, despedirse. No importa cuánto te haya costado ahorrar el dinero suficiente o cuánto tiempo hayas invertido en planificarlo, cuando llega el momento de decir adiós, te das cuenta de que eso es lo que realmente cuesta más. Sabés que mientras vos no estés van a pasar un montón de cosas, no sabés cuáles, pero sabés que te las vas a perder. A vos también te van a pasar un montón de cosas, pero en ese momento solo pensás en todo lo que te vas a perder. Y duele, claro que duele. Despedirse siempre duele.

Mi plan era viajar por un año. Un año es tiempo más que suficiente para que pasen infinidad de cosas. Un año es un montón de tiempo en la vida de las personas, pero lo es aún más en la vida de un niño: mi sobrina ya no va a ser la personita que dejé atrás, el hijo de mi amiga ya va a tener un año y en todo ese proceso no voy a estar presente, sólo lo voy a ver por fotos. Un año sin almuerzos ni cenas con mi viejo y sin domingos en lo de mi vieja. Un año sin ver a mi abuelo y quién sabe si llegaré a tiempo para volver a verlo. Me voy a perder un año de la vida de todas las personas con las que comparto la mía, no voy a estar ahí, así que los últimos días antes de viajar elijo verlos a todos: hago reuniones y viajo a otras ciudades con tal de poder despedirme, con la intención absurda de querer guardar una foto de cada uno en mi memoria, a la que poder recurrir cuando me hagan falta y no pueda verlos. Una foto natural, cotidiana, no como esas que se publican en redes sociales.

Una foto que refleje lo que son, para guardarla junto a la etiqueta de lo que significan para mí y abrazarla cada vez que lo necesite.

Al llegar al aeropuerto, despacho la valija con el miedo inevitable de que pese más de lo permitido (aunque la haya pesado antes y más de una vez) y también el otro miedo de que no llegue a destino. Me digo a mí misma: “tranquila, confía, va a salir todo bien”, pero estoy nerviosa y no tengo idea de si realmente va a salir todo bien. Me despido rápido de mi hermano, porque no quiero que me vea llorar. Llego a la puerta de embarque y lloro mientras espero que se haga la hora. Una señora que está sentada enfrente me pregunta si estoy bien, si me puede ayudar en algo, yo sonrío entre lágrimas y solo puedo responder que estoy bien, aunque no pueda parar de llorar. En el avión también lloro y pienso en qué pensarán los pasajeros que viajan alrededor. Qué sensación extraña llorar delante de gente desconocida, nunca me ha gustado, pero ahora me lo permito. Lloro hasta que me quedo dormida y cuando despierto estamos aterrizando en Chile. El viaje comenzó.

Capítulo II – El encuentro

Cuando empecé a planificar el viaje, entré a varios grupos de Whatsapp de latinos que ya estaban viviendo en Nueva Zelanda y otros donde se compartía información para los que estaban en proceso de viajar con visa Working Holiday. En uno de ellos encontré a otras chicas que viajaban en el mismo vuelo desde Chile, la escala, hasta Auckland, el destino. Así que creamos otro grupo entre nosotras, para planificar juntas los primeros días en este nuevo país que nos abría sus puertas. Decidimos encontrarnos en el aeropuerto de Chile para conocernos y hacer más amena la espera.

Al bajar del avión, fui primero a buscar la valija y después

a ellas. El encuentro fue mágico. Todas estábamos –más allá o más acá– en la misma situación. Algunas ya habían viajado solas antes, otras ya habían vivido y trabajado en otros países, otras no habían tenido ninguna de esas experiencias, pero todas estábamos ahí: cansadas, ilusionadas, sin tener idea de qué nos esperaba. Viajábamos en el mismo vuelo, pero en asientos separados, así que nos reencontramos en el aeropuerto de Auckland. Después de hacer migraciones, levantar nuestros equipajes y pasar el control de seguridad, fuimos al cambio del aeropuerto, para tener algo de efectivo en moneda local, compramos la tarjeta para poder viajar en bondi y fuimos a tomar uno que nos dejaba cerca del hostel que habíamos reservado. El hostel se llamaba Lylo y era hermoso, súper moderno, amigable, en las habitaciones había “camas cápsula”, que tenían una puerta corrediza, que podías cerrar para tener total privacidad, también tenían luz y puerto USB: primer mundo, amigos.

Los primeros días no nos acostumbábamos a la diferencia horaria, dormíamos poco y medio mal –¿jetlag?–, pero queríamos aprovechar nuestra estadía en la gran ciudad, así que nos enfocamos primero en hacer los trámites necesarios, como abrir la cuenta de banco y comprar un chip neozelandés, para poder comunicarnos cuando no teníamos Wifi. Después, nos dedicamos a recorrer la ciudad e ir a fiestas latinas. También tomamos el ferry a la Isla Waiheke, donde nos esperaba un amigo de una de las chicas para llevarnos a almorzar y luego a un viñedo, al lado de la playa donde degustamos una cata de vinos. Fueron pocos días, pero la emoción y todo lo que vivimos hizo que parecieran un montón.

El siguiente destino era Tauranga, así que compramos los pasajes de ómnibus por una página web que no sabíamos qué tan efectiva era y fuimos a la estación a ver si nos podíamos subir. Por suerte, estaba todo bien y emprendimos viaje de nuevo. Al

bajarnos, caminamos una cuadra y estábamos en el hostel, que más adelante se convertiría en el lugar donde me sentí como en casa, estando a miles de kilómetros.

Capítulo III – Wanderlust (o el fuerte impulso o deseo de explorar el mundo)

Había soñado con llegar a este lugar desde que empecé a planificar mi viaje. Al comienzo, se me hacía inalcanzable siquiera imaginar estar ahí, meses después, me encontré desayunando al sol en el balcón, mirando hacia la bahía, como en las fotos que había visto en su página. El primer día, conocimos a un par de argentinos que al día siguiente iban a la cascada McLaren. Como nosotras no teníamos otro plan, pregunté si tenían lugar y respondieron que sí, pero no muy convencidos, porque nosotras éramos cuatro, la van en la que viajaban tenía los asientos de adelante y atrás una cama de dos plazas. Pero, al final, fuimos con ellos: tres adelante y tres atrás, acostadas (no, en Nueva Zelanda tampoco es legal hacer eso).

De noche, fuimos a otra fiesta latina y los días siguientes nos dedicamos a conocer al resto de la gente que había en el hostel, recorrer los alrededores, ir al súper a hacer la compra colectiva, armar nuestros currículum y aplicar a todos los trabajos que podían servirnos, a través de diferentes páginas web que nos recomendaban, sin tener mucho éxito. Nos comentaron que este año estaba siendo más difícil conseguir trabajo, porque había mucha más gente que años anteriores. A raíz del COVID, el gobierno había extendido gran cantidad de visas WH y muchos inmigrantes se habían quedado en el país.

Ahí, además de conocer a otros latinos, también conocí personas de otras partes del mundo, como Francia, Alemania, Estados

Unidos, República Checa e Italia, con las que pude empezar a practicar mi inglés (estudí durante años cuando era niña, pero hacía mucho tiempo que no practicaba). También conocí a un chico del Reino Unido que trabajaba como vendedor de libros infantiles y viajaba por distintas ciudades ofreciendo estos libros en escuelas y jardines de infantes.

Después de compartir algunos días en el hostel, de ir a la playa, a la montaña, a una cascada y darnos un baño de agua helada en la bahía, me invitó a viajar con él durante un tiempo. Al principio, me pareció una locura, ya que apenas lo conocía, no hablábamos el mismo idioma, hacía pocos días que yo había llegado a esta nueva ciudad, no tenía idea de cuánta plata necesitaría para subsistir el tiempo que estaríamos viajando, ni cuándo podría conseguir trabajo. Pero, por otro lado, era una buena oportunidad para recorrer la isla gastando relativamente poco, ya que no tendría que pagar por combustible, sólo por acomodación y comida.

Pensé que podía salir muy bien o muy mal, también pensé que podía volver en cualquier momento y que, si le contaba a alguien de mi familia o a mis amigos, no me iba a animar, porque seguramente iban a hacer hincapié en lo peligroso que era. Así que lo hablé con las chicas con las que compartía habitación en el hostel, decidí aceptar la invitación y no contarle a nadie de mi círculo hasta el día siguiente. Volví a armar las valijas, tomamos un café en el balcón, me despedí de la gente que había conocido en ese lugar hermoso y nos fuimos.

Capítulo IV – Viajar con un desconocido sale bien

La primera parada era Rotorua, seguida por Taupo y después New Plymouth, eso era todo lo que sabía. En el camino, pinchamos una rueda y tuvimos que descargar el auto que venía a tope (mi equipaje, el suyo y un montón de cajas de libros y de comida), para poder sacar la auxiliar y las herramientas para cambiarla. Ya era de noche y hacía mucho frío, pero por suerte no llovía. Llegamos a Rotorua y buscamos otro hostel donde dormir. Al día siguiente, mientras él trabajaba, yo fui a recorrer el Kuirau Park –un parque con aguas geotermales– y les conté a mis padres y a mis amigas sobre la nueva aventura –quienes me dijeron que disfrutara, pero también tuviera cuidado–.

A la tarde, salimos hacia Taupo. En el camino, paramos por un chapuzón en un río que tiene una corriente de agua helada y una de agua caliente. En Taupo, conocí el McDonalds donde podés comer adentro de un avión y vi cómo algunas personas jugaban golf intentando, sin éxito alguno, hacer entrar la pelota en uno de los tres hoyos, situados en una plataforma que flotaba en el lago, a varios metros de distancia. También nos bañamos en ese lago con las montañas de fondo, estaba soleado, pero los once grados se hacían sentir. Esos primeros días, cuidaba mucho mi pasaporte y chequeaba todo el tiempo que estuviera en el lugar donde lo había guardado, al fin y al cabo, no tenía idea de con quién estaba viajando y, aunque parecía que todo iba bien, no quería llevarme una sorpresa.

Seguimos nuestro camino hacia New Plymouth, donde nos quedamos dos semanas en un hostel, que me hacía acordar a casa por lo cálido –tenía un living con sillones grandes, tele y estufa a leña– pero no me sentía como en casa. No había nadie que hablara

español hasta los últimos días, cuando conocí a una argentina y a otro uruguayo. Durante esas dos semanas, nos turnamos para cocinar, compartimos tardecitas tomando helado al lado de la estufa, conocimos las historias de otras personas que se quedaban en el hostel, fui al museo, a la biblioteca, a la costa... A veces, también leía, mientras lo escuchaba tocar la guitarra.

Subimos al Paritutu Centennial Park –una roca de unos cien metros, desde donde se puede ver toda la ciudad– y nos bañamos desnudos en la cascada del Egmont National Park (yo me iba a bañar de bikini, pero habíamos caminado media hora para llegar y pensé que a la vuelta iba a tener que caminar toda mojada, así que le comenté que estaba pensando en bañarme desnuda, pero me daba cosa, porque había algunas personas cerca y me respondió que no importaba, si nunca más los iba a ver, y tenía razón, así que lo hice). Meterme desnuda en el agua más helada donde me he bañado es de las sensaciones más lindas y de más libertad que he vivido hasta este momento.

También salimos de noche, una vez a un bar estilo country: todo en madera, con una gran estufa de piedra en el medio, como en las películas. Y otra vez fuimos a otro bar con un par de chicas que habíamos conocido en el hostel, donde había micrófono abierto y tocaron algunos artistas locales.

Después, volvimos a Tauranga. La primera noche, nos quedamos en un Airbnb y aprovechamos a ir a una fiesta latina con las chicas con las que había convivido los primeros días, luego él se fue a Auckland y yo me quedé. El plan era reencontrarnos en diez días y viajar otras dos semanas, pero ahora en campervan.

Capítulo V – Adioses y bienvenidas

La noche siguiente, volví a Wanderlust y sentí que fue un poco como volver a casa. Fue agradablemente extraño tener ese sentimiento estando tan lejos. Me reencontré con algunas de las personas que había conocido antes de irme y también conocí a otras. Eso es lo que tienen los hostels: muchos adioses y bienvenidas.

Esos días, se trataron mucho de cocinar y cenar en grupo, jugar juegos de mesa, mirar películas en la computadora e ir a más fiestas latinas cada vez que se pudo. También fuimos a las termas de Mount Maunganui, tomamos mal un bondi y volvimos a bañarnos en la bahía frente al hostel.

Luego, volví a Auckland y me reencontré con el inglés. Pasamos un par de noches en su van, en una playa cerca de la gran ciudad. El fin de semana nos quedamos en la casa de otras argentinas que había conocido en el avión. Ahí también cocinamos y compartimos en grupo. Después, fuimos a buscar la campervan, rentada por su trabajo, y emprendimos viaje hacia el norte: Whangarei, Paihia y Kerikeri.

Viajar en campervan está buenísimo, pero también tiene sus cosas. No podés pasar la noche en cualquier estacionamiento, tiene que ser alguno autorizado. De los autorizados, no todos tienen baño y algunos tienen límite de noches para quedarse. A su vez, la campervan tiene baño pero es incómodo de usar, así que lo descartamos. Y obviamente no tiene ducha. Por suerte, en Nueva Zelanda hay baños públicos por todos lados, esa fue una de las cosas que más me impresionó cuando llegué. Hay muchos y en su mayoría están siempre limpios, tienen papel higiénico, jabón y secamanos. Por lo tanto, la metodología era usar las duchas del gimnasio donde él era socio y buscar estacionamientos autorizados con baño donde pudiéramos pasar la noche. En Paihia no había su-

cursal del gimnasio, así que nos quedamos en un lugar de camping que tenía baño con ducha, por la módica suma de 15 dolis cada uno. Dolis se le dice al dólar neozelandés, que no vale lo mismo que el dólar americano.

También el estar 24/7 con la misma persona requiere mucha comunicación, cosa que nunca me ha resultado fácil cuando se trata de expresar lo que necesito, lo que deseo o lo que me pasa, pero hacerlo en un idioma que no es el mío me resultaba incluso más difícil. Lo bueno de eso es que, en lugar de cerrarme, lo tomé como un desafío y eso me ayudó a empezar a comunicarme más y de una mejor manera.

Al terminar la segunda parte del viaje, fuimos desde Paihia hasta el aeropuerto de Auckland, donde debía tomar un vuelo hacia Queenstown –en la Isla Sur– ya que empezaba a trabajar en Twizel, un pueblo cercano. En el camino, paramos en el hospital, para que lo atendieran por un dolor en el pecho, que resultó ser pericarditis. Al menos la primera vez que pisé un hospital en este lado del mundo fue después de dos meses de haber llegado y no fue para que me vieran a mí.

Cuando llegamos al aeropuerto, nos despedimos cual canción de Sabina: “nos dijimos adiós, ojalá que volvamos a vernos”.

Capítulo VI – Se terminaron las vacaciones

Llegué al aeropuerto, tomé un bondi hasta un hostel donde pasar la noche y, a la mañana siguiente, tomé otro hacia Twizel. Al llegar a la estación, me fue a buscar el uruguayo que me consiguió el trabajo en el tambo (amigo de una amiga). Fue con su novia argentina y me llevaron a la que sería mi casa y, luego, al súper. Fue lindo volver a hablar en español después de tanto.

Al día siguiente, empecé a trabajar. La manager me pasó a buscar, porque el tambo quedaba como a veinte minutos en auto. El inglés de los kiwis (así se les dice a las personas que nacieron en Nueva Zelanda) es algo distinto y más cerrado que el británico o el americano, por lo que cuesta un poco más entenderlos, pero, por suerte, a ella lograba entenderle casi todo. Los primeros días, fueron de aprender nuevas tareas, como enganchar un trailer, llenar el tanque con leche e intubar a los recién nacidos (al principio, con miedo de hacerlo mal, ya que podés ahogarlos). También, pude conducir distintos vehículos: manuales, automáticos, con el volante a la derecha y otros a la izquierda. A medida que pasaban los días, se empezaba a complicar: cada vez más terneros, cada vez más trabajo.

Conocí a otra uruguayaya que trabajaba en el equipo del ordeño y nos dieron la oportunidad de mudarnos juntas a una casa preciosa enfrente al tambo, cruzando la ruta. Así que, al volver del trabajo, nos sentábamos a tomar mate y conversar sobre nuestro día y nuestras vidas antes de venir a este lugar.

También conocí el lado B de la industria láctea: ver a las madres recién paridas y saber que al día siguiente las iban a separar de sus terneros, que esos terneros iban a estar en los corrales y ellas iban a ir al ordeño; el sistema que hace que algunos vayan al matadero

con unos pocos días de vida, el pozo gigante donde desechan a los muertos, la contaminación. Me encariñé con uno que al principio no podía comer solo porque era muy chiquito y, después de varios días, lo vi muerto en la caja de una camioneta. El shock fue grande y para nada lindo, pero pensé que con el tiempo me acostumbraría y así fue, me acostumbré, pero lo detesto y jamás podría naturalizarlo.

Después llegaron los problemas con la manager y otra compañera que se había sumado al equipo, pensé en renunciar y empezar a buscar otro trabajo; pero, por suerte, los problemas se terminaron resolviendo. Es duro, pero trabajar en el campo también tiene sus cosas lindas. A veces pienso en volver a Uruguay, porque realmente se extraña todo: la familia, los amigos, la cultura. Pero todavía quedan nueve meses y no quiero perderme todo lo que este viaje tiene para enseñarme. Quizás sobre eso nazca otro libro.

XVIII Jaqueline Elías

Mi nombre es Jaqueline Elías. Les presento, a continuación, el texto extractado de la novela “El poder de un instante” – Capítulos 12 AL 14.

Este texto está inspirado en la historia real de una paciente mía que se desempeñaba como nurse en el Departamento de Neonatología del Hospital de niños Pereira Rossell.

El poder de un instante (Extracto)

Capítulos 12-14 197

El poder de un instante

12

Marta encontró la enfermería rápidamente. Era el único cuarto de la internación que tenía la pared llena de dibujos. Cuando entró, su amiga Perla estaba con otras dos enfermeras ultimando el pase de guardia.

—¿Puedo pasar?

—Claro, ya casi terminamos. Sentate por acá que ya estoy contigo —y le señaló una silla ubicada sobre el rincón.

Marta aprovechó para escudriñar un poco a su alrededor. El espacio era pequeño, con una mesada llena de elementos sanitarios diversos, como jeringas, sueros, ampollas de diferentes colores, guantes estériles, vías y cánulas. Un grifo con dos piletones de porcelana, rajados en varias partes, se ubicaba en el centro. A la derecha, estaba el placard con los cajones para las historias clínicas. Dos balanzas, una de bebé y una de adulto, y una heladera sobre la izquierda, completaban la escena.

—¿La heladera será para la comida o para las muestras biológicas?

Le pareció muy difícil comer, por el intenso olor a alcohol que había en el aire. Así que concluyó que eran para las muestras

biológicas u otras sustancias que no podían cortar la cadena de frío. En el medio del cuarto, tenían una mesa con cuatro sillas. Sobre ella, dos mates muy maltratados, dos termos y una caldera grande de lata, abollada acá y acullá. El ventanal daba hacia el parque, con mucho verde y una estatua de mármol erguida entre los árboles.

—Ya terminé con esto. Vamos a la sala de espera y charlamos un ratito.

Salieron de la enfermería hacia un rincón al final del pasillo que tenía unos sofás cómodos. Igual, no había silencio. Se escuchaban llantos de tanto en tanto.

—Perla, hay un nene que llora.

—No te preocupes, acá lloran todos todo el tiempo. Acordate de que son pequeños y están enfermos.

—¿Y cómo te acostumbraste? ¿No vas a ir a ver qué pasa?

—Ya pasamos visita cama por cama. Está todo bajo control. Esos llantos son de esperar. Vos dejalos que lloren, no pasa nada. Pero contame vos. ¿Cómo has estado? ¿Cuáles son tus responsabilidades y tus proyectos?

—Mis responsabilidades son pocas. Hacer boletas, chequear procesos administrativos. Mis proyectos distintos, más ambiciosos. Me estoy ocupando más de mí, porque la vida me había arrastrado a una aburrida rutina decolorada.

—¿Y cómo te va con eso?

—He cambiado varias cosas. Me anoté en un gimnasio y estoy ocupándome más de la parte nutricional. Me da resultado. Bajé unos cinco quilos. Me siento mucho mejor.

—Te felicito. Ay nena, yo no sé qué hacer con mi sobrepeso. Fijate que yo como muy mal. Vivimos a mate con bizcochos. Así no se puede. El cuerpo pasa factura. Pero hablame vos, contame más.

—Hice tratamiento in vitro dos veces, pero ni siquiera quedo embarazada. Fue carísimo. Nos dijeron que es azoospermia, que necesitaríamos usar espermia de banco. Pero no queremos, porque sería como de otro, no de mi marido. Estuve internada en una clínica especializada y, aunque te dan asistencia psicológica durante el proceso, yo la pasé mal. Me costaba mucho enfrentar el fracaso después de haber vivido la esperanza de concebir. Cuando el médico me informaba que no había dado resultado, lloraba dos o tres días. Me invadía una tristeza profunda. Además, los choques de hormonas suplementarias que me daban me ponían mucho más sensible. El cuerpo me quedaba súper hinchado y tenía cambios de carácter por efecto del tratamiento. Lo hubiera intentado por tercera vez, pero no me daban garantía alguna. Al final, desistimos.

—Entiendo.

En ese instante, Marta sintió un golpe en el zapato y levantó la cabeza. Un autito de juguete a fricción se había desviado de su trayectoria y la había embestido sobre la cara externa del pie izquierdo.

En menos de un minuto, tenía a Facundo mirándola de frente. La mirada sincera y pícara del infante conectó con ella y la hizo sonreír al instante.

—Uy, encontré un autito azul, igual que tu túnica y que mi vestido. ¿Es tuyo?

Facundo no respondió.

—¿Es tuyo?

Facundo negó con la cabeza.

—¿De quién será? Porque, si no es de nadie, me lo quedo. . .

—Es de mi amigo Silvio, que está internado ahí —le contestó, señalando la puerta de la sala 303. Yo lo vine a visitar.

—Bueno, acá está. Dáselo a tu amigo.

Y, con el juguete en la mano, se dio media vuelta y se metió en

la sala.

13

Marta llegó a las 14 horas a su casa. Su esposo aún no había vuelto del estadio. Eso le daba ventaja para preparar algo para el almuerzo. Probablemente, él ya habría conseguido alguna comida rápida para satisfacer su apetito momentáneamente.

Tenía unas calabazas frescas en la heladera y unos muslos congelados de pollo en el freezer. Decidió meter al horno todo junto, calculando que en una hora ya estaría pronto. Mientras se cocinaba, troceó varias frutas de estación, las endulzó con edulcorante para ahorrar calorías y luego batió un merengue para colocar como decoración sobre las frutas que había preparado.

Tendió la mesa, sencilla pero vistosa.

—Los platos blancos sobre el mantel rojo quedan muy bonitos
—reflexionó en cuanto pasaba revista a todo lo que tenía sobre la mesa.

Lamentó no haber recordado comprar flores para usar como centro de mesa, cosa que hacía todos los fines de semana. Le encantaban las flores. Uno de sus sueños era tener algún día una casa con jardín, para ocuparse ella misma de cuidarlas y cortarlas, para llevarlas directamente del jardín a la mesa. Pero, por el momento, las conseguía en el puesto de doña Carmen, en la feria de su barrio. En lugar de las flores, colocó una vela esférica aromatizada, para encenderla durante el almuerzo.

Cuando el timbre sonó, estaba sacando unos cubitos de hielo del freezer. Secó sus manos y se apresuró a abrir la puerta. El rostro de su marido lo decía todo sin hablar. El cuadro de sus amores había perdido.

—¿Cómo salieron?

—Perdimos 3 a 1. Claro, con ese técnico que tenemos, que no sabe hacer ni un cambio como la gente, ya me dirás. No sé cómo es que le renovaron el contrato. Y los delanteros. . . estaban parados. Mejor no te cuento porque me amargo. Dejalo así. Después de todo es solo un juego.

Mientras Marta se sentaba a la mesa, su marido le preguntó por Perla.

—Estuve un rato largo con ella. Charlamos casi todo el rato sobre mí. Ella estaba muy interesada en mis asuntos.

—¿Y la vas a volver a visitar?

—Sí, por supuesto. Tengo mucho aún para saber sobre ella. No me contó casi nada. Solo me escuchó hablar de mí. Le comenté de nosotros, que no nos podemos embarazar. Y a ella le pareció que podíamos adoptar.

Los ojos de su esposo la miraron con estupor.

—No, no. Eso no. Ya lo habíamos hablado. No sería un niño nuestro. No le conocemos nada. Ni la historia personal, ni su perfil emocional, ni su carga genética.

—Sí, sí. Yo le dije justo eso.

Marta siempre había estado segura de que no elegiría adoptar. Pero la sonrisa y la mirada de Facundo se le habían quedado grabadas en forma vívida. El nene era un extraño, pero sus ojos no eran cualesquiera. Nunca lo había visto antes, pero su sonrisa no era una sonrisa más. Ella había visto niños de todas las edades. Decenas, cientos. Pero este tenía algo distinto. Un plus que no sabía definir. Le había entrado una curiosidad especial respecto al niño. *¿Por qué no era uno más? ¿Será que estoy más sensible? Tal vez porque lo vi con la túnica del orfanato. Tal vez eso me chocó más y me lo dejó grabado*, intentaba explicarse a sí misma.

El marido prosiguió:

—Adoptar es como hacerse cargo de una bomba de neutrones.

No sabes qué puede pasar, no conocés de dónde ni cómo viene ese niño. Sus experiencias previas, sus frustraciones, sus costumbres, nada. ¿Qué sabe uno por las que pasó una criatura? Y en la adolescencia te puede estallar en la cara. Es de un riesgo altísimo. Además, no tiene cambio ni devolución. Si te sale un jueves siete, chau, reclamáselo a Magoya.

—Entiendo.

Después del almuerzo, prendieron un rato la televisión y su marido se quedó dormido. Entre ronquido y ronquido Marta recordaba los ojos de Facundo. Hasta que también pudo más la marea alcalina y cayó en los brazos de Morfeo.

14

El miércoles era feriado laborable. Así que Marta decidió volver a ver a su amiga que estaba de guardia. Cuando llegó al piso, notó que el ambiente estaba más movido que el sábado anterior. Había guirnaldas en los pasillos y en la puerta de la enfermería un cartel multicolor rezaba: “Feliz cumpleaños”.

—Con permiso, ¿Perla está?

—Bajó al laboratorio, pero viene enseguida.

—Está bien, espero por acá. Una pregunta: ¿quién cumple años?

—Silvio Cabrera, el paciente de la 303.

Marta recordó que ese era el nombre del amigo de Facundo. El dueño del auto que le había embestado el pie el sábado anterior. Se le ocurrió que, mientras esperaba, le podía comprar algún presente. Bajó al hall central del Hospital, eligió un camión de bombero de juguete mediano y articulado de color rojo brillante. Tenía todo, la bocina audible, la escalera regulable, las puertas móviles. Pensó que un regalo como ese pondría feliz a cualquier niño y, satisfecha,

lo hizo envolver en papel celeste. Cuando regresó al piso, ya estaba su amiga de vuelta.

—Hola Marta. Qué bueno que viniste

—Ya veo que están de cumple.

—Sí, hubo velitas y todo. Llamamos a los mimos para que lo divirtieran un rato también. Son actores ambulantes que trabajan para Oncología. Pero fue todo a la hora del postre. Lástima que no hayas llegado un poco antes. Hubieras formado parte.

—Yo le traje un regalito. ¿Lo puedo visitar?

—Claro, es la última habitación del pasillo. Solo fíjate que no esté durmiendo.

Marta llegó hasta la sala. Despacio tocó la puerta y la entreabrió, intentando ser lo más silenciosa posible. Grande fue su sorpresa cuando descubrió que, mientras Silvio dormía, Facundo, que estaba despierto, lo acompañaba sentadito en silencio.

—¿Están solitos?

Silencio.

—¿Hoy no vas a la escuela?

Facundo recordó a Marta y se animó a contestar:

—Ya fui. De mañana.

—¿Y los deberes ya los hiciste?

—No, los hago cuando llegue al orfanato. Siempre los hago con Silvio. Pero, desde que está internado, los hago solo.

—¿Hace mucho que estás allí?

—Casi un año.

—¿Y antes con quién vivías?

—Con mi madre. Pero se murió.

—¿Y tu padre?

—Yo no tengo padre.

—¿No? ¿No lo conociste?

—Lo conocí. Pero me dejó tirado en el orfanato después de que murió mamá. Y me mintió. Me dijo que volvía a buscarme. Y nunca volvió. Él no me quiere.

—¿No te quiere? ¿Vos estás seguro de eso?

—Y claro, si me quisiera no me hubiera dejado solo.

—¿Te interesa volverlo a ver?

—Nunca.

Marta se dio cuenta de que la voz del niño se quebraba y dejó de preguntar.

Colocó el regalo sobre la mesa de luz y se retiró lo más sutilmente posible, para no despertar a Silvio. Antes de retirarse, se acercó a Facundo y, con la sonrisa más tierna que pudo sacar de sí, le susurró al oído:

—No llores, todo va a estar bien.

Y Facundo se le prendió fuerte del cuello, abrazándola. En ese momento, ella quedó dura. Entre asustada y estuporosa. No sabía bien qué hacer. Después de algunos segundos, reaccionó, devolviéndole el abrazo.

En ese instante, entendió que su búsqueda había cesado. En el mágico poder de aquel abrazo, comprendió que su vacío se había colmado.

XIX Catalina Berton

Catalina a veces tiene bloqueos creativos, pero generalmente se le pasan después de la merienda. Su cabeza funciona 24/7 y hace huelga solo cuando falta tiempo para la fecha de entrega.

Ha sacado fotos, publicado textos y viajado por el mundo: todo eso pueden encontrarlo en la página web que lleva su nombre, pero termina en .co. Actualmente, es la directora de la agencia de marketing que fundó, que se llama Sud Creative.

Gracias por leer sus textos.

50 citas conmigo	206
Todos tus demonios	209
Barloventear en el mundo emprendedor	211
Lo que mi perra me enseñó sobre superar los obstáculos	213
Ese Stendhal no es amor	215

50 citas conmigo

Una amiga del alma tiene una cuenta de Instagram que se llama *Soy Amor en Abundancia*. Desde ese pequeño lugar en el mundo, se dedica a repartir el amor que tiene en, bueno, abundancia. Entre tantas acciones, un día decidió salir por las calles de Montevideo, a pegar mensajes positivos en lugares al azar.

1. Regalarme flores
2. Escribirme una carta
3. Llevarme al cine

Tres mudanzas en un año. Los párpados caídos, los cachetes hinchados y el pelo de dos colores. ¿Por qué será que la visita a la peluquera después de cortar una relación siempre tiene un desenlace de terror? O carnavalesco.

El ruido mental era constante, pero había una vocecita muy suave, muy de psicóloga que receta flores de bach, que con la cadencia que tienen las canciones *indie* me decía “hacé lo que te gusta”. Pero en ese momento, con cajas apiladas en el nuevo living y horas de trabajo atrasadas, ni me acordaba qué era lo que me gustaba.

18. Hacer mi propia cápsula del tiempo
19. Hacerme una sesión de fotos
20. Hacer un karaoke con canciones de Disney

Entonces, comencé la lista: cincuenta cosas para hacer conmigo misma. Cincuenta citas para reconectar. Y, cuando me quise acordar, ya iba por número 27, *noche de desmadre: comprar vino caro* (y *terminarlo*), que salió de la mano con la número 20, por lo que

todos los vecinos escucharon mi versión de *Hombres de Acción* y Mulán habrá salvado China, pero yo hice ladrar a los perros del barrio.

Era una lista con 50 cosas que me gustaba hacer. Como buena cita, cada una de esas salidas requería preparación. Coordinar fecha, ponerme linda, sentir maripositas en la panza.

Pero también, como me propuse en la cita número 29, “hacer algo que me dé miedo”, entonces me fui a Lavalleja y bajé haciendo rappel de un cerro de 70 metros de altura. Al momento en que quedé colgada, mirando al vacío que se abría bajo mis pies, lo que menos recordé era por qué había empezado esta lista estúpida.

Sin embargo, al mes lo volví a hacer.

La número 43, “Cambiar mi look”, era altamente necesaria, después de los dos colores que me dejó la peluquera de mi madre.

35. Aprender una coreo
36. Tardecita de selfcare
37. Ir a un lugar al que nunca haya ido.

Eran 50 cosas que me gustaban o me desafiaban (o ambas). En los días donde lo único que me hacía reír eran los capítulos de *The Office*, me forcé a encontrar el retorno a mí. A lo que siempre me gustó. A lo que siempre me hizo sentir como yo misma: andar en bici por la rambla, regalarme un libro, sacar fotos en un lugar hermoso.

Podré cambiar de dirección postal, pero hay cosas que nunca van dejar de ser parte de mi alma: escribir, sacar fotos y salir de la zona de confort. Y a veces perdemos el norte, pero lo importante es leer la brújula para poder volver al rumbo.

Es más, hasta me animo a agregar un bonus: otra cosa que nunca va a dejar de ser (aunque no parte de mi alma) es el desastre

que hacen las peluqueras cuando una deja con la pareja.

50. Salir a buscar los mensajitos de *Soy Amor en Abundancia*.

“Esta es la señal que necesitabas”, con el fondo rosa y el logo de la cuenta de mi amiga, el sticker está en un poste de luz, en Bulevar España y 21 de Setiembre.

Todos tus demonios

Octubre, 2019

En este relato podrás leer sobre la calma, la magia y la victoria sobre los demonios.

Hay mañanas que son haraganas. Entre quedarse mirando a la nada, preparar el café y sacar las piernas del calor de las mantas, resulta que se me hizo tarde para llegar a clase.

Pedí un Uber y llegó un señor que no conoce las mañanas silentes.

Con muchas ganas de conversar en un sábado de primavera, él me preguntó si iba a tomar mate a la rambla. Para mí las mañanas son un poco más taciturnas, para meditar y considerar universos alternos. Ese señor me llevó a memorias lejanas de cuando convivía con mi hermana: que se levanta con la misma verbosidad oral.

Respondí que no, que estaba yendo a clase. Y él, ni tonto ni perezoso, asumió que era una clase que me gustaba.

De hecho, sí, me gustaba mucho. Tanto más que tomar mate en la rambla, porque para eso no me levanto un sábado de mañana.

Entonces él, que sería muy buen conductor pero no sabía interpretar tonos de voz, pretendió seguir con el interrogatorio. ¿A qué clase podría ir su pasajera un sábado a la mañana? A un taller de escritura.

—Qué cosa escribir —me dijo él. Para ese momento, íbamos bajando por la calle Paraguay hacia la rambla—. Hace que uno se conozca a sí mismo.

—A uno y a todos tus demonios —le dije.

Hace poco, empecé un curso de revelado manual de fotografía. Fue como un retorno a un año donde las dudas eran muchas y las respuestas pocas. Esta vez, como mujer adulta que soy, las cosas no han cambiado tanto: las dudas siguen siendo muchas y me las rebusco con las respuestas. Entonces, cuando volví a entrar al laboratorio de copiado, elegí el negativo, abrí el pase de luz y luego llevé el papel al químico, lo que sentí fue calma.

Una vez que el papel toca el primer químico, la foto se descubre.

Sin prisas, nadie la apura. El mundo moderno queda afuera. Allí, bajo la tenue luz amarilla, quedo expectante, porque quiero ver la magia.

Yo creo que uno hace fotografía porque cree un poco en la magia. Esa calma latente, alrededor de los químicos, ese lento aparecer de la imagen... ese olvidar por un momento todos los problemas del día. Allí quedan todos los demonios. Junto al celular, junto a las 8 horas, haciéndole compañía a la compañera chusma que mira por arriba del hombro o al ingrato que aún no responde los mensajes.

Adentro todo es calma, todo se mueve despacio.

En cambio, cuando escribo son los demonios los que se sientan conmigo. Los que me miran de frente y también los que susurran a mis espaldas. Son esas fieras que bailan al ritmo del tamborileo de mis dedos en el teclado. Y yo les gano. Les gano cada vez que ignoro sus críticas. Les gano cuando continúo más allá de las pocas ganas. Les gano cuando logro conectar las ideas.

Todos mis demonios me miran con una ceja levantada, pero quien ríe último soy yo.

Barloventear en el mundo emprendedor

Alzar la mayor, filar cabos y salir del puerto.

Timonear un velero es la definición más física de libertad. En un año en el que todos nos encerrábamos, una vez a la semana hacía el viaje en gomón hasta la bahía de La Estacada y ayudaba al instructor a colocar las velas Mayor y Genoa. En ese año, las clases de vela fueron mi conexión con la naturaleza y, sobre todo, con escaparme de la ciudad.

Entre clases y paseos locales, armamos un viajecito a Villa Carlos Paz para navegar por el Lago San Roque, en camaradería con clubes de la zona.

Y ahora, después de plantear el universo sobre el que establezco la reflexión, paso a contar el momento que me hizo pensar.

Navegar en el Río de la Plata es una experiencia completamente diferente a hacerlo en un lago. En el primero tenemos la sensación de navegar hacia el infinito, mientras que en el segundo el destino está a la vista.

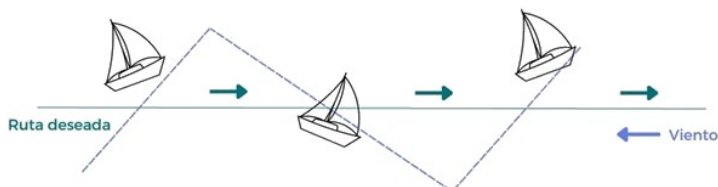
En un momento, entonces, quise entregar el timón para poder sacar fotos: el puente José Manuel de la Sota apareció y me resultaba mucho más interesante mirar alrededor que tener la vista en el destino, como tiene que hacer el timonel.

Un puente que, desde la pequeñez humana del lago, se ve magnánimo. Por supuesto que lo quisimos cruzar.

El problema era que el viento no estaba nuestro favor, por lo que había que hacer un par de maniobras y barloventear.

El diccionario define esa táctica como: “Avanzar contra el viento”. Matías, el dueño del velero, fue claro con el timonel, al decirle que no “podemos perder estropada”, lo que se traduce en que no podemos quedarnos sin inercia.

La conclusión es que pasar por debajo de ese puente nos llevó



tres minutos y medio de hacer zigzag por el lago, de pasar de babor a estribor, de esquivar la botavara y de escorar el velero lo mínimo posible.

El mundo emprendedor se parece bastante a avanzar contra el viento. Barloventamos día sí y día no también.

Nos convencemos de que no existen los pasos atrás, sino que de todo aprendemos. Sin embargo, en la siguiente racha, volvemos a esquivar la botavara, cazamos los cabos, como si en eso se nos fuera la energía, y llevamos las iniciativas al límite, como un velero escorado que avanza al ras del agua.

El avance de los emprendimientos, lejos de ser lineal, se parece a ese rumbo zigzagueante, siempre buscando el buen viento o la forma de domar el adverso.

Me gustaría creer que la conclusión es, también en nuestros emprendimientos, navegar bajo el puente y admirar el paisaje desde el otro lado.

Gracias, Pedro, por timonear en esa barloventeada, como en todas las de la vida.

Lo que mi perra me enseñó sobre superar los obstáculos

Mi perra es escapista. También es negra y se llama Clio, por lo que muchas veces piensan que es macho, o me preguntan por “Twingo”.

La fui a buscar hace años, gracias a la amiga de una amiga que era voluntaria en un refugio canino. Los dos meses que vivió con más de 60 perros le enseñaron lecciones valiosas que nunca dejó de lado. Por ejemplo, cuando aún era cachorrita, hizo un agujero en la parte de atrás del sillón para esconder su comida. También buscaba brazos y se hacía un ovillo cuando veía perros grandes. Por el contrario, duerme tranquila durante las tormentas y le hace frente a los fuegos artificiales.

Si está afuera y abren la puerta de la casa, ella encuentra el momento exacto en el que colarse entre las piernas del humano y corre hacia el sillón. Si, jugando con los otros perros, ella es la que consigue atrapar el palo, se lo lleva del área de juego y lo deja en un lugar seguro. Y, de la misma forma, si abrimos el portón para sacar el auto, ella se escapa.

Es que a Clio le gustan dos cosas: ser ella quien controla el ambiente y tener libertad. No aprecia que la abracen mucho, no le gusta meterse al agua donde no da pie. Tampoco le gusta estar encerrada, aunque el encierro sea en un jardín donde puede jugar hasta con los regadores.

Con el pasar de los años, se ha convertido en una escapista muy buena. No tanto como el perro de mi hermano, que trepa paredones, pero ella siempre encuentra la forma de lograr sus objetivos.

Entonces, aquí el aprendizaje. Para mi perra, cada medida que tomamos para que no se escape es un nuevo desafío. En lugar de ser un obstáculo que la desanima, es un juego del que tiene que

salir vencedora.

En este mundo emprendedor, entonces, aprendo de ella.

Para nosotros los emprendedores, los obstáculos son esos mismos desafíos. Y con la misma energía que mi perra pega saltos y busca opciones, nosotros debemos perseguir la victoria que se encuentra del otro lado de ese portón.

Somos, después de todo, los escapistas del mundo de los negocios.

Ese Stendhal no es amor

Frente a mí: nace Venus.

Los ángeles cantan, la diagramación del cuadro es perfecta y los colores pasteles resaltan la armonía de la obra. Mis rodillas pierden fuerza, siento una corriente fría que recorre mi espalda, siento ganas de llorar.

Logro contener esas ganas de llorar. En su lugar, doy un paso adelante, me acerco al cuadro. ¡Ah, Florencia sí que sabe cómo acelerar el pulso a una!

Una amiga me contó que esa sensación de mariposas en el estómago que sentí frente al Nacimiento de Venus, de Botticelli, se llama “síndrome de Stendhal” y que es muy común que suceda en la ciudad que visitaba.

El amor como un síndrome. La belleza tan absoluta que nos quita los pies de la tierra. Y un lindo parámetro para comparar con el diario vivir.

Aquella cita que tuve a la que él llegó con el pelo sucio: eso fue Stendhal, no amor.



Lorena Barrios

Me llamo Lorena, tengo 43 años y soy escritora. Estoy casada... hace años comparto la vida con Carlos, con quien tenemos dos hermosas hijas, que han sido un faro de luz entre tantas tormentas.

Nací y crecí en un barrio donde la historia está en cada calle. Vivo lejos desde hace mucho, pero mis raíces están ahí. Tuve la suerte de crecer con abuelos, bisabuelos, tías y tíos... tuve amor y atención por doquier. Pude aprender de todos algo valioso y, con los años, me han servido de ejemplo con cada historia que me contaron.

Fueron mis padres los que me acercaron a la música y a los libros desde niña... de forma muy libre y les agradezco infinitamente el amor con que lo hicieron.

Es la primera publicación en la que participo, espero no desalentar al lector con mi poesía y que pueda ser un cable a tierra para cualquiera que así lo necesite.

Suena a tango...	218
Soneto 1- de 14	219
Soneto 2- de 11	220
Otoño	221
Libre	222

Suena a tango...

Qué pena da verte herir así
a quien amas tanto
la noche sigue- cayendo como escombros por tu error-
lavando con vinagre las heridas que causaste
se aleja al fin de tu oscuro rincón

Tu pobre vieja angustiada desde el cielo,
ve las curdas, huele los pinos.
Ese tono carmesí en la mirada,
el olor a grapa y carbón que emana la garganta
atrapado en tu tragedia melancólica, senil

Se planta el día con el sol,
refleja la melena que alguna vez fue
buscando la gomina y apenas de pie,
buscando aquel rostro en el espejo.

No queda nada, ya sabés.
Aunque el reflejo te perturbe.
La soledad es la mina que te queda,
y la tratás con pena de amor.

Soneto 1- de 14

La vida es al mismo tiempo larga y corta.
Como intentar hacer un salto al vacío
o escribir un buen soneto alejandrino.
Como el que espera llegar a la despedida.

El instante previo es sentir la eternidad.
Cuando estás por dar el salto y te congelás.
La hoja que mira en blanco cuestionando.
La angustia que sabe se acerca el final.

Vivimos sufriendo, pensando la muerte sin más.
Llorando recuerdos borrosos, si importaran.
Es un instante, apenas un suspiro, es paz.

Y llegan las flores, el almizcle y el zorzal.
La brisa sin permiso, suave te peina, fresca.
Espuma del mar, con la furia del océano.

Soneto 2- de 11

La libertad sin tiempo, un castigo.
El tiempo, sin libertad, el infierno.
Quema tanto, que congela el frío.
Duele más que tu espesa soledad.

Cada vez que intento tu fracaso
rebota en mí el negro espejo
que me carga de miedos y aguanto
trago abejas de miel que le piquen.

Pero todo, no siempre podemos todo.
Saber elegir, arte que define
es escuchar, cada día más, al fin.

Y que, si no entiendes de que vamos
poco importan las razones que des.
Al caer la noche, solos quedamos.

Otoño

La tarde cae como un telón
del día que ya fue.
Y no se puede, lo sabés
parar las agujas del reloj.
El tiempo no existe
otra mágica creación.
Querés lograr lo imposible.
Te inventás un paredón.
Capaz, tal vez, pase otro tren.
La vida es solo una actuación.
Sin libreto. . . es la tragedia
de morir en cada inhalación.

Libre

La vi llegar, sin intención.
Cuido de mí, calmo el dolor.
Veía solo la fogata que ardía en la habitación.
Lucho armada, por honor.
Sentí la paz que dan tus brazos.
Saber que sos igual después.
No sé qué hay, mas si entendí
la libertad que da morir.

XXXI Bernardo Barran

Edad: 67 años

Padre, abuelo, abogado, emprendedor.

La mujer que arrastra una valija	224
Mi tío Enrique	229

La mujer que arrastra una valija

Una mujer avanza por la vereda con una valija de cuero, trata de hacerla rodar, pero las ruedas gastadas se truncan y no tiene otra alternativa que arrastrarla. Es invierno, hace frío y la mujer, de unos cincuenta años, viste un viejo tapado marrón y unos zapatos de verano. Tiene la piel muy blanca, lleva el pelo recogido sin cuidado y las huellas del llanto en su rostro. Cuando intenta cruzar la calle, la valija se abre y todo su contenido se desparrama en la vereda y la calle. Mira rápidamente a su alrededor, sus ojos van a un lado y al otro. A esa hora y con el frío de esa noche, la calle está completamente vacía. Los días son muy cortos y las personas cenan temprano. Casi todos duermen. En una casa se ve una ventana todavía iluminada y en otra casa, a oscuras, el leve cambio de colores en las paredes y el techo de una habitación permite suponer una televisión encendida.

Nadie la ha visto llegar. Apresuradamente, recoge los fajos de billetes y las dos pistolas que se habían desparramado por el suelo, y vuelve a introducirlos en la valija. En cuclillas, con una rodilla sobre la maleta, se asegura de que esta vez quede bien cerrada.

Tiene un dolor punzante en el costado, un poco arriba de la cintura, que le dificulta caminar. La sangre ha comenzado a manchar su camisa, un hilo caliente corre hacia abajo y alcanza la parte superior del pantalón. Comienza a arrastrar la valija de nuevo. Conoce la calle perfectamente. Recuerda con claridad el nombre de cada vecino de la época en que ella vivía allí. Pero hace mucho que se fue, seguramente ya no serán las mismas personas, algunos habrán muerto, sus amigos de la infancia se habrán ido, debe haber nuevas familias, más jóvenes. Tal vez no quede nadie que la recuerde. Pero la casa de sus padres está igual.

Se detiene detrás de un árbol que la protege de la escasa ilumi-

nación de la calle. Desde allí, mira al otro lado, hacia la ventana, donde hay una televisión encendida. Es una casa antigua y sin lujos, como las demás de la cuadra. Una casa típica de barrio obrero montevideano. Tiene un pequeño jardín adelante, separado de la vereda por un muro de aproximadamente un metro de alto, sobre éste continúa una reja de unos treinta centímetros, que todavía mantiene el color verde que la mujer recuerda de su infancia. Para ingresar al jardín, hay que cruzar un portón de hierro. La última vez que lo hizo, cargaba una valija con su ropa y llevaba una niña en el vientre.

Después, ya no pudo controlar su adicción a la droga. Luego, vino el asalto al Banco Mauá y la vida en fuga, huyendo con sus compañeros y cargando con su hija a cuestas, de escondite en escondite. Hasta que hubo otros asaltos y después la cárcel. La niña fue entregada a sus abuelos. Cuando salió, se fue a vivir a Córdoba y luego a ciudades más pequeñas del sur de Argentina. Cambió de residencia y de compañeros, pero no dejó de delinquir. Algunas veces, vino a Uruguay, cuando las cosas estaban demasiado calientes del otro lado del Plata. Pero nunca volvió a ver a su hija, ni a sus padres.

Ahora hacía una semana que había llegado a Montevideo, escapándose de la policía argentina, después del asalto a un banco en la ciudad de La Plata. Habían cruzado el Río Uruguay junto a otros dos compañeros, de noche, en lancha, un poco al norte de Salto y, desde allí, los habían traído a un aguatero en un departamento pequeño en Montevideo, donde planeaban quedarse hasta que se calmaran las aguas. En la lancha habían cruzado con ellos un pequeño arsenal de fusiles ametralladora y pistolas Glock, un bolsito de ropa para cada uno y la valija con los setecientos cincuenta mil dólares que habían robado del Banco de La Plata.

Esa noche, el aguatero había sido un infierno. Los argentinos

y los contactos uruguayos que los habían traído desde Salto habían empezado a tomar desde temprano. A las diez de la noche, estaban todos totalmente borrachos. Dos de los uruguayos se habían puesto muy pesados y querían forzarla a tener sexo con ellos. Uno le metió una mano entre las piernas y le decía cosas soeces, el otro intentó manosearla y en un momento trató de llevarla por la fuerza a la habitación. Sus compañeros intercedieron, sin muchas energías, al igual que el jefe de los uruguayos, que intentó poner calma. Finalmente, la mujer había logrado zafar del acoso, cuando sacó de su bolso una pistola 9 mm, la amartilló en la cara del hombre y su gesto le indicó que estaba a punto de usarla. Inmediatamente, decidió encerrarse con llave en una habitación para evitar que la situación pudiera volver a repetirse.

Desde allí, sintió cómo el alcohol seguía aumentando su efecto y la discusión iba subiendo de tono. Se disputaban a los gritos el reparto del dinero robado. Los uruguayos exigían un pago por el traslado y el aguatero, que era mucho mayor que el que habían acordado originalmente. De pronto, sonó el primer disparo, luego otro y otro y otro más, en eso, se sintió el tableteo de una ametralladora y más disparos de pistola. La mujer se había pegado contra la pared para que no pudiera alcanzarla una bala que atravesara la puerta.

De pronto, todo quedó en silencio, no sabía cuánto había durado el tiroteo, pero la policía no demoraría en llegar. Esperó unos minutos y, como todo seguía en silencio, amartilló la pistola Glock y abrió la puerta muy despacio. En el living vio tres cuerpos acribillados, dos eran sus compañeros, otro era uno de los uruguayos. Había sangre y agujeros de bala en todas las paredes. Avanzó hacia la cocina, agazapada, el corazón le latía tan fuerte que pensó que, si quedaba alguien con vida en el departamento, seguramente lo escucharía. Se detuvo al llegar a la puerta y asomó apenas la

cabeza.

Vio a Julio, el jefe de los contactos uruguayos, de espaldas, inclinado sobre la mesa de la cocina, donde estaba la valija con el dinero robado. Sentado en una silla, sangrando y medio muerto, estaba uno de los que había tratado de forzarla. Dio un paso y se ubicó en el medio del hueco de la puerta, disparó su pistola contra Julio. El primer impacto, en la espalda, lo tiró contra la mesa. Pero Julio trató de incorporarse y llevó la mano hacia una ametralladora que había junto a la valija. La mujer disparó dos veces más a la espalda del hombre, que cayó definitivamente.

Pero, mientras lo hacía, el otro había logrado sacar una pistola y se aprontaba a dispararle. Los dos tiros sonaron al mismo tiempo. Al hombre sentado, la bala lo alcanzó en el pecho, su cuerpo se fue hacia atrás y luego cayó hacia el costado, con un agujero en medio del tórax.

La mujer había tomado la valija y había salido a toda velocidad del apartamento. Por suerte, los vecinos, asustados por el tiroteo, no habían abierto ninguna puerta y la calle estaba oscura. Cuando llegó abajo y empezó a caminar, sintió una puntada ardiente a la altura del cinturón, que la hizo llorar de dolor. Siguió caminando, arrastrando la valija, hasta que pudo tomar un taxi. Disimulando el dolor, puso la valija junto a ella, en el asiento trasero.

El taxi la dejó a dos cuadras de la casa de sus padres.

Ahora, el lugar donde había impactado la bala le dolía mucho, salía una sangre color oscuro y se sentía débil. Cruzó la calle, cuando llegó al portón de hierro, lo abrió, tratando de no hacer ruido. Siempre hacía ruido. Sin embargo, nadie la oyó entrar. Dejó la valija junto a la puerta de entrada de la casa y fue sigilosamente hasta la ventana de la habitación a oscuras, donde había una televisión encendida. Sabía que esa ventaba correspondía al living. Tratando de que no la vieran desde adentro, miró al interior

de la casa. Le sorprendió ver que nada en el mobiliario parecía haber cambiado en treinta años. En el sillón había una mujer joven mirando la televisión. Había una cuna vacía y juguetes tirados en el piso.

Se alejó de la ventana, volvió a la puerta, donde había dejado la valija y tocó timbre con insistencia. Rápidamente, cruzó otra vez el portón de hierro y se perdió en la noche helada.

Al día siguiente, los diarios se refirieron largamente a una masacre en un apartamento de la zona de La Unión. Delincuentes argentinos, de profusos antecedentes, buscados por la policía del vecino país y otros uruguayos, igualmente peligrosos, se habían abatido entre sí, en un feroz tiroteo. La nota mencionaba que una mujer, que había sido encontrada muerta en un banco de la plaza Lafonne, en el barrio de La Teja, con una herida de bala en el estómago, sin documentación alguna, podía tener alguna conexión con la masacre del departamento de La Unión.

Mi tío Enrique

Estoy de pie, a la sombra de un ciprés grande, muy viejo. A través de un grupo numeroso de personas, puedo ver a mi padre, que está a unos treinta metros de distancia. Él está también de pie, mientras el fuerte sol de la tarde lo castiga de frente. Permanece altivo, con su traje oscuro y su corbata azul bien anudada.

I

La tarde de antes de ayer, salí del estudio jurídico un poco más temprano que de costumbre. Tenía que llevarle a mi padre una mala noticia. No estaba seguro de cuánto lo iba a afectar, así que opté por ir preparado.

Mi padre hace quince años que se jubiló de abogado. Es el segundo hermano de una familia de cuatro hijos varones. El mes pasado, cumplió ochenta y seis años.

Hace años ya que vive en la casa del barrio del Prado (Avenida Buschental, 1616), que es la casa familiar donde él nació y donde también había nacido y muerto su padre, mi abuelo. Ahora, sale poco, aunque le gusta que lo visiten, lo cual yo hago los jueves a las seis de la tarde, después de salir del estudio.

Era miércoles, así que llamé para avisarle que pasaría. Esa mañana, había recibido una llamada desde Sicilia de mi prima Matilde, a quien prácticamente no conozco ya que, al igual que sus hermanos, nació y siempre vivió en Italia, la última vez que la vi fue hace más de treinta años. Llamó para avisar que su padre, mi tío Enrique, había fallecido. Le expresé mis condolencias, le pregunté la causa de la muerte y le dije que se lo comunicaría a mi padre.

Mi tío Enrique era el mayor de los cuatro hermanos. Cuando yo era chico, casi no lo nombraban. Sabía que mi padre tenía otro

hermano, que nunca venía a las fiestas, ni cumpleaños, porque vivía en Italia, en Sicilia, en una ciudad que se llamaba Taormina. Pero no se hablaba de él. Si alguien, sin querer, lo mencionaba, todos miraban a mi abuelo y se cambiaba de tema rápidamente.

Cuando tenía dieciséis o diecisiete años, mi madre me contó que mi tío Enrique se había ido a vivir a Italia y que, por ello, se había peleado duramente con mi abuelo, quien no volvió a hablarle mientras vivió.

Según mi madre, Enrique había sido siempre el preferido de mi abuelo. Esperaba que lo sucediera en la dirección del estudio jurídico, en él había puesto su mayor dedicación. Fue el mejor estudiante de su generación en la Facultad de Derecho y, cuando mi abuelo se aprestaba a sentarlo a su lado en el manejo de los asuntos de la familia, explotó la crisis familiar.

Antes de ingresar formalmente como abogado del estudio, en el que venía trabajando como procurador mientras terminaba la carrera, Enrique le dijo a su padre que quería recorrer el mundo durante un año. Le dijo que deseaba conocer lugares, personas y culturas diferentes, antes de dedicarse de lleno a la profesión.

Mi abuelo lo trató de irresponsable, de no estar a la altura de su deber. Se pelearon mucho, gritaron y dijeron cosas de las que pronto los dos se arrepintieron.

Pero Enrique se fue igual a su largo viaje.

Al principio, el abuelo quedó muy dolido. Pero, con el paso de los meses, empezó a esperar su regreso con ansiedad. Hasta dejó una silla vacía en la mesa de directorio del estudio. Repetía, a menudo, que era la silla que ocuparía Enrique cuando volviera de su viaje. Algunas veces mentía, diciendo que Enrique le había escrito para decirle que estaba deseando volver para empezar a trabajar.

La verdad, sin embargo, fue que Enrique escribió pocas veces.

Vivió en distintos lugares de Europa, vivió en Tailandia y en México, visitó Centroamérica, África y Nueva Guinea. Dice mi madre que también escaló el Monte Everest. Desde entonces, para mí, en plena adolescencia, el tío Enrique se convirtió en el más grande de los superhéroes.

Hace años, me di cuenta de que no pudo haber hecho tantas cosas en el lapso de dos años, que es lo que demoró en volver al Uruguay. Seguramente, la admiración oculta de algunos miembros de la familia por esa vida aventurera le dio dimensiones mitológicas al viaje de tío Enrique.

Lo que sé a ciencia cierta es que volvió veinticinco meses después de haberse ido. A la mañana siguiente de su regreso, sentado en la mesa del directorio, en la misma silla que su padre le había reservado, le dijo, con un nudo que le cerraba la garganta, que no quería ser abogado.

Enrique se volvió a ir y mi abuelo jamás se lo perdonó. Toda la familia, sin pensarlo mucho, tomó partido por el abuelo, quien durante toda su vida había hecho todo por Enrique y ahora lo abandonaba.

Mi abuelo murió pocos años después de que yo naciera, quince años después de que Enrique se fuera a vivir a Europa. Mi tío vino a Uruguay para su entierro, por primera vez desde su partida. Dicen que se abrazaron con mi padre y que lloraron mucho.

Pero Enrique se volvió al otro día para Sicilia porque, al día siguiente, tenía que hacer una presentación de su primer libro. Luego, publicaría muchísimos más.

Mi padre, que en aquel momento ocupaba el lugar que el abuelo había reservado siempre para su hijo mayor, volvió a culpar a Enrique por las penas del abuelo y de la familia.

A partir de la muerte del abuelo, los hermanos se escribieron algunas veces, pero sólo volvieron a verse en las muy pocas oca-

siones en que Enrique vino a Uruguay de visita.

Sin embargo, cuando yo, a mis veintidós años, pasé por una etapa de crisis y no sabía qué quería hacer ni qué estudiar, mi padre le pidió a Enrique que me recibiera en su casa de Sicilia por un tiempo y que me orientara con mis dudas vocacionales. Entonces, conocí al verdadero tío Enrique, el hombre real, ni la oveja negra, ni el superhéroe.

Enrique vivía en la pequeña ciudad milenaria de Taormina, en las orillas del Mediterráneo, por donde transitaron todas las culturas de la antigüedad y desde donde se ve la fumarola constante del Vesubio.

Tío Enrique era ya un escritor famoso, luego lo fue mucho más todavía. Vivía en lo que había sido una vieja almazara, en las afueras de la ciudad. Tenía la colección de orquídeas más grande de Europa, a la que también dedicaba mucho tiempo.

Pasé tres meses aprendiendo de su fervor por vivir la vida y de su sabiduría. Sólo tiempo después, aquilaté el calibre enorme de su valor.

Gracias a él, volví convencido de mi vocación, a la que sirvo con entusiasmo, desde que terminé mi carrera de abogado.

Unos años después de aquel viaje, lo volví a ver en una ocasión en que me invitó a explorar el norte de la Amazonia brasileña, en el límite con Guyana, buscando una rara especie de orquídea, que sólo se encuentra excepcionalmente en ese lugar del mundo.

También leí todos de sus libros.

Después del viaje al Amazonas, sólo lo he vuelto a ver alguna vez que estuvo de visita. No quise volver a Sicilia, por no incomodar a mi padre.

II

Cuando toqué el timbre en la casa de la calle Buschental, mi padre llegó a la puerta antes que la mucama. En su rostro, percibí la inquietud. Su perspicacia le indicaba que mi visita, un miércoles, traía tormenta. Me dio su abrazo de siempre y, en silencio, me invitó a sentarme en el sofá del living, mientras se acercó una silla para sentarse en frente de mí.

Le dije, breve y pausadamente, que su hermano Enrique había muerto el día anterior, como consecuencia de un cáncer con el que, al parecer, luchaba desde hacía años.

Su rostro viejo permaneció por unos momentos impasible, como si no hubiera entendido. De pronto, comenzó un llanto tremendo, con dolor y convulsiones desde su pecho a la garganta. Un poco sorprendido me levanté y lo abracé, mientras él permanecía sentado. Continuó llorando, me abrazó por la cintura y empañó mi saco con sus lágrimas incontenibles.

Permanecimos así mucho rato. Me dolía su intensa pena. En ese momento, descubrí el peso de su dolor por la pérdida definitiva de su hermano y la carga de haberlo mantenido en silencio durante tantos años. Mostró, sin pudor, su oculta admiración por su hermano y su corazón destrozado por no poder ya recuperar los años perdidos.

Me quedé a cenar con él y luego lo acompañé hasta que el cansancio del llanto lo venció y quedó dormido en el sillón. Esa misma noche, mientras papá dormía, compré los pasajes. A la mañana siguiente, partimos todos para Sicilia.

Mi prima Matilde aceptó, sin dudarle, postergar unas horas el entierro. Mi padre se bancó el viaje de dieciséis horas, a sus ochenta y seis años, sin una sola queja.

Ahora estamos todos en el muy antiguo cementerio de Taormina: Angelina, la mujer italiana de Enrique, Matilde, mi prima

y sus hijos, Marco y Enrico, mis primos varones italianos, sus esposas y sus hijos y, acompañando a nuestra familia de Sicilia: mi padre, mis dos hermanos, todos nuestros hijos y nuestras esposas. A alguno de mis primos y a todos mis sobrinos italianos los veía por primera vez. Todos caminaban junto al ataúd que, en cureña, recorre el cementerio, menos mi padre, que esperaba junto a la tumba, en medio de la numerosa concurrencia, y yo que, desde lejos, lo acompañaba.

Integraban también el largo cortejo las máximas autoridades del gobierno siciliano y personalidades destacadas de la cultura de toda Europa. Todos estaban allí para despedir a ese ilustre ciudadano, adoptado por Sicilia hacía más de cincuenta años. Venían a rendirle honores a aquel uruguayo, que había sumado al patrimonio cultural milenario de esa isla el reconocimiento mundial a su vasta obra literaria, además de sus trabajos y descubrimientos en el área de la botánica y la orquidología.

Mi padre, de pie, hacía ya largo rato, lo más derecho que su espalda le permitía, contenía el llanto junto a la tumba, aún abierta, de su hermano. Esperaba la llegada del ataúd, que el cortejo acompañaba a pie, por el camino central del cementerio. En el momento en que el cortejo se detuvo frente a la tumba, antes de que los funcionarios bajaran el ataúd a la oscuridad del sepulcro, con gesto firme y la voz quebrada, inició mi padre la elegía, las palabras de despedida a su hermano, para expresar, tarde ya, cuánto lo amó, admiró y extrañó toda su vida, sin haberlo dicho jamás.

Diego Baliero

Diego Baliero nació en Montevideo en 1980. De profesión abogado, percibe la literatura como una forma de expresar emociones y de recrear paisajes, ciudades y personas, tanto reales como ficticias.

Además, la considera una ineludible alternativa a la redacción de escritos formales en el ámbito judicial. Esta es su primera publicación literaria.

Una semblanza tardía	236
El apego de Emilio	239

Una semblanza tardía

Hay etapas de nuestra vida que se convierten en encrucijadas de maduración. Momentos que esculpen a los niños y niñas que dejaremos atrás y forjarán a los hombres y mujeres que seremos. Como cruzar el Rubicón, nuestros intereses cambiarán, así como la capacidad para sentir, llorar o amar.

Es así que el fin del ciclo escolar, fijado arbitrariamente a los once o doce años, marca la transición hacia un nuevo capítulo, para el cual cada uno de nosotros puede estar más o menos preparado. Si bien esta edad puede considerarse una construcción pedagógica, en los hechos trazará una línea divisoria entre dos mundos y su trascendencia no puede ser ignorada.

Las causalidades determinaron que Mario fuera mi maestro de sexto año de escuela. No pretendo agobiar al lector con detalles personales innecesarios, pero debo decir que yo era un niño con abundante cabello, bastante delgado y desgarbado para su edad, y con una autoestima igualmente desgarbada.

Sin lugar a dudas, Mario era una verdadera leyenda. Además de ser el editor del periódico escolar, se trataba de esos personajes que caminaban por los pasillos con energía desbordante, que vociferaban y reían a carcajadas. Incluso los niños más pequeños que comenzaban la escuela, sabían de él. Su calvicie estaba combinada con una sonrisa que dejaba ver unos dientes afilados, pero nada desagradables o amenazantes. En cuanto a su edad, me resultaba difícil determinarla; podía tener tanto treinta y cinco como sesenta años, mi poca experiencia de vida hacía que esta estimación fuera tan inexacta como intrascendente. Era un adulto como tantos otros.

En cierto modo, sus lecciones académicas o en el aula se me tornan difusas, pero las enseñanzas y consejos de vida vaya si contribuyeron a mi diseño personal en la adultez. *Puedes ser lo*

que quieras, Diego, solo tienes que ser el primero en creerlo. Las amistades que has construido definen la persona que eres. Y tantas otras enseñanzas que, si bien no recuerdo textualmente, sí llevo en el corazón.

Tiempo después, cuando estudiaba en la Universidad, tuve la oportunidad de coincidir casualmente con Mario en contadas ocasiones, alegres y muy recordadas. Pero, como es habitual, el contacto se fue diluyendo como la luz de una luciérnaga que se apaga en la noche del tiempo.

No obstante, hace unos diez años, a pesar de sus tantos demonios, las redes sociales me permitieron retomar el contacto con mi antiguo maestro. No dejaba de asombrarme que, tantos años después, recordara con precisión a mis amigos de clase. Si bien podía incurrir en la presunción de sentirme especial, lo más factible era que igual ocurriera con otros cientos de alumnos que pasaron por su aula.

Luego de comentar algunos avatares de mi vida, principalmente laborales, como que me encontraba en ese momento trabajando en un estudio jurídico de cierto renombre, me respondió con exagerados elogios: *qué joyita resultaste*. Contó el orgullo que le producía saber de nosotros y que, si bien estaba jubilado hacía pocos años, seguía trabajando como contratado en la escuela, porque no podía parar y le resultaba egoísta no compartir lo que creía saber. Preguntó cómo seguían mis dos mejores amigos y me pidió que le contara más de mí. A pesar de una descomunal exigencia a mi memoria, no puedo recordar qué estaba haciendo, ni razón alguna, pero lo cierto es que nunca respondí el mensaje.

Por el contrario, con impiadosa precisión, recuerdo cinco años después, una soleada y calurosa tarde de febrero, mientras que acababa una maniobra de estacionamiento, tomé mecánicamente el celular para leer un mensaje de un amigo cercano: *Diego, el*

maestro Mario murió. Tenía cáncer desde hace unos años y no se quiso tratar. El súbito ardor en mi rostro nada tenía que ver con el sol que embestía por un período indeterminado a través del parabrisas, porque no sé cuánto tiempo carecí de reacción.

Las lágrimas que con el correr de mi vida retaceaba cada vez más, tanto a personas como a ocasiones, por considerar con cierto cinismo que las personas no las merecen, o que las ocasiones están sobrevaloradas, corrían de manera incontenible, como aquel niño que se raspa la rodilla y corre en busca de un adulto que lo apoye, que lo contenga...

Sin un patrón lógico, me encontré como un penitente que debe expiar una culpa más o menos inventada si bien, con el correr de las horas y de los días, la razón acudía en mi auxilio. En definitiva, se trató de un error u olvido para nada malintencionado. Quizás busqué, de manera más o menos inconsciente, dar una respuesta sólida y detallada al requerimiento de mi maestro, lo que no se compadece con tiempos rápidos y plásticos.

Acompañé a Mario en su velorio como muchos otros de sus alumnos, docentes y ex docentes de edades, aspectos, y destinos variopintos. La vida siguió, pero siempre me quedará el desgarrador sinsabor del mensaje que la desidia me privó responder. No hubo tiempo.

El apego de Emilio

La afición a los objetos materiales puede ser vista en muchos aspectos como contraria a las cosas que realmente importan en la vida. Así lo consideraba Emilio, no obstante, parecía hacer una suerte de excepción respecto a su Ford Fairlane 1965. El magnífico vehículo poseía una carrocería con líneas definidas fuertes y contundentes, como no se encuentran hoy en día. El capó delantero era largo y musculoso, con aletas delanteras de suaves curvas, que se extendían con poderosa gracia, recordando a las alas de una enorme ave lista para emprender vuelo. Sus ventanas, amplias y generosas, permitían que la luz se filtrara delicadamente en el interior, creando un ambiente agradable y luminoso.

Tal particular deferencia hacia su vehículo se alimentaba no solo por el ego propio de las personas que, al menos ocasionalmente, desean atraer las miradas de sus semejantes, sino porque había sido fruto de su esfuerzo por partida doble: como operario de la línea de ensamblaje de la fábrica del pueblo, había intervenido en el montaje con sus propias manos. Las casualidades o causalidades de la vida habían permitido que se hiciera con él.

Y esto ocurrió porque el auto tenía una falla mecánica que provocaba cambios bruscos de marcha, dificultad para cambiar de velocidades o apagados sorprendidos. Se trataba de una situación que, bajo control y revisión mecánica, no era grave, pero impedía su comercialización y, bajo esta premisa, Emilio, además de la confianza de ser operario de la empresa, pudo obtener el vehículo a un precio sensiblemente menor.

La fábrica de automóviles sobre la colina ciertamente era el orgullo del pueblo, en perfecta conexión con las vías de ferrocarril, que parecían ser venas de este particular oscuro corazón, coronado por sus enormes chimeneas. Aunque la situación no dejaba

de tener cierta ironía, dado que los vehículos que producían se comercializaban íntegramente en el extranjero, ya que los habitantes del pueblo eran pocos y mayoritariamente humildes para adquirir vehículos de alta gama, considerando además que en esa época el automóvil era un bien suntuoso que recién empezaba a masificarse.

Emilio era un hombre alto y relativamente corpulento, con una cabellera castaña clara y un bigote bien marcado. En general, era gentil y trabajador, aunque algo hosco. Su carácter colérico e imprevisible era lamentablemente su seña más particular. Lo más llamativo era que no se podía determinar claramente por qué razón tales rabietas se producían, dado que no se vinculaban de manera lineal a una desavenencia particular. Podía estar en el mejor de sus días, disfrutando de la brisa matutina un sábado por la mañana, o disfrutando de una salida al río junto a su familia y, aún así, estallar en cólera y buscar recluirse de todo y de todos.

Rosa, su mujer, en muchos aspectos parecía ser una némesis de su marido, porque si bien su carácter no era para nada sumiso y podía ser muy enérgica cuando las circunstancias lo requerían, era baja de estatura, de pelo enrulado y de un carácter alegre y dulce. Sus enojos eran indudablemente medidos, o incluso premeditados, generalmente dirigidos a sus sobrinos, o a sus padres, ya muy mayores. Tristemente, Rosa debió concentrar sus esfuerzos en estos familiares, ya que enfrentaron la difícil realidad de no poder tener hijos; esto, sin lugar a dudas, fue una fría e imprevisible daga en su relación.

Aunque el punto crucial, que acabó con cualquier atisbo de afecto entre ambos, fue la evasión. Emilio comenzó con una extraña obsesión por su Ford Fairlane. Con el devenir del tiempo, su única preocupación parecía ser no solo minimizar las constantes fallas del vehículo, sino ocuparse de los más nimios detalles

de su limpieza y encerado. Cualquier rayadura despertaba su ira imprevisible.

Pero un suceso aún más devastador sacudía al pueblo: la fábrica de automóviles, el orgullo y la fuente principal de empleo, anunciaba su cierre y mudanza. La noticia se propagó rápidamente y resultó en una profunda consternación.

Las calles, antes llenas de vida y actividad, se volvieron sombrías y silenciosas. Las vías de tren se derruían, llenándose de hierbas y pastizales que crecían de manera anárquica. La impotencia sumía en un opresivo sopor a todos sus habitantes, donde el desvanecimiento de la identidad local y la incertidumbre del futuro se entrelazaron con una atmósfera desoladora.

Emilio, a pesar de ser un hombre bastante mayor, por fortuna pudo conseguir empleo en una tienda como repartidor. Aún era muy valorado por muchos y este mérito había sido bien ganado por ser un hombre trabajador y cumplidor. Naturalmente, esto poco lo conformaba, sintiéndose miserable y vacío. A medida que pasaba el tiempo, en su rostro se veía una huella apreciable de decepción y melancolía.

Rosa pareció encarar los acontecimientos con un estoicismo mayor. Por desgracia, nuestras limitaciones humanas, que tanto nos alejan de las deidades ficticias o reales, resultaron un verdadero impedimento para ser esta verdadera fortaleza de esperanza ante la persona que más amaba, o al menos creía amar: Emilio.

Él convirtió el vehículo, todavía más, en su refugio; un portal hacia un mundo ideal donde las limitaciones y frustraciones de su vida se desvanecían. Al acariciar el volante y percibir la potencia del motor, sentía una conexión con una versión más plena y vibrante de sí mismo.

Era una mañana de invierno, de aquellas donde la niebla se niega a retirarse con los primeros rayos del sol, y los porches de

las casas y las aceras desiertas se hallaban cubiertas con un manto gélido. El cantar de un gallo lejano no parecía ser el prelude de un nuevo día esperanzador, sino que sonaba desafinado y estridente, perdiéndose en la espesura del gris nuevo día.

Emilio abandonó su cama, donde Rosa dormía inclinada hacia la mesa de luz, y salió a la calle. Como no tenía garaje, se encaminó hacia su auto, estacionado a pocos metros de su casa. Con las manos entumecidas, sacó las llaves del bolsillo y las introdujo en la cerradura de la puerta. Con su apertura, sobrevino un familiar crujir metálico. Se sentó en el asiento del conductor, acariciando el volante, desgastado con ternura.

Mientras un sol blanquecino apenas se filtraba entre las densas nubes, el motor se negó a encenderse con los primeros movimientos de la llave. Sus manos temblaban, mientras la giraba una y otra vez, pero el motor mantenía su silencio. Pensó que el carburador necesitaba atención, dado que el frío ambiente imperante dificultaba el proceso de combustión.

Maldijo una y mil veces su suerte, golpeó su cabeza contra el volante, con el impulso suficiente para sentir dolor, aunque aún no tanto como para romper las capas de su piel. Salió del auto para abrir el capó. A pesar de su ruín estado de ánimo, pareció recobrar fuerza, quizás por el recuerdo de días más felices, donde era más útil y reconocido en su trabajo. Esbozó una mueca, que podría interpretarse como una sonrisa, cuando con una llave inglesa, que extrajo de su caja de herramientas, comenzó a ajustar las tuercas con movimientos precisos, luchando contra el entumecimiento de sus dedos.

Continuaba concentrado en resolver el problema y lograr que su fiel compañero cobrara vida, lo que logró luego de unos minutos. Cerró el capó con un golpe seco y volvió al interior del auto. Con el corazón latiendo con fuerza, giró la llave nuevamente, esperando

que el motor le respondiera.

Un rugido alteró la quietud de la mañana. Emilio sintió un atisbo de triunfo en su interior. El vehículo despertó de su letargo, como si también estuviera agradecido por haber superado el obstáculo del frío. Respiró en profundidad y pareció sentir cómo el flujo de su propia sangre era más que suficiente para calentar cada extremidad de su cuerpo, al igual que por las tuberías del auto fluía el combustible, como venas que elevaban su temperatura.

La neblina pareció disiparse un poco ante la presencia imponente del auto y sus focos amarillentos, mientras se contorneaba sobre el camino empedrado de la calle, avanzando sus primeros metros. La marcha se hizo regular y más rápida, dejando atrás arbustos de aspecto fantasmal que parecían ser los únicos testigos silenciosos del trayecto de este particular dúo.

Prosiguió su camino, acercándose a una parte más céntrica del pueblo. No se veía persona alguna. Emilio no pudo evitar una mirada fugaz a la fábrica abandonada. Sus ladrillos, otrora rojos, parecían haber perdido vivacidad y calor, coronados por sus enormes chimeneas apagadas. La bruma aumentaba de manera exponencial y las construcciones se difuminaban en el aire.

Se aferró con fuerza al volante, buscando un anclaje en medio de la envolvente irrealidad. Pero su corazón latía con una rapidez alarmante. El sol parecía crecer de manera inverosímil, como si se hubiera escapado del cielo. Lo atravesó un dolor agudo, punzante, como una daga invisible. Sintió cómo su pecho se contraía con una presión apremiante y, en un suspiro, el aire se escapó de sus pulmones.

Su visión se tornó borrosa. Mientras que sus pensamientos trazaban en milisegundos un acelerado, aunque sinuoso, camino para llegar a Rosa. Pero la niebla se espesaba cada vez más y la luz blanca, por su forma, cercanía y tamaño, difería de la forma

circular del sol, lo cubría.

Solo alcanzó a pensar si lo que ocurría era real.

El motor, con un gemido triste y disonante, se detuvo en seco. Las luces del tablero parpadearon débilmente, como los focos de una obra de teatro mal montada. Dejó de funcionar, al lado de las vías de tren. El auto pareció insignificante, ante esos caminos de hierro infinitos que se perdían en la bruma, donde el misterio de la vida y la creación humana, que Emilio tanto amaba, convergieron.

XXIII Alicia Artigas

Madre, arquitecta y urbanista (títulos obtenidos en ese orden).

Escritora y columnista de opinión.

Optimista por naturaleza y feminista por convicción.

Cara de muñeca

1. Por la mirilla 247
2. Muñecas 250
3. ¿Dónde es el exilio? 253



Cara de muñeca

1. Por la mirilla

Soledad tiene la costumbre de mirar lo que pasa en el pasillo del edificio por la mirilla de la puerta. Se debería usar solamente cuando tocan timbre, pero a ella le gusta vichar lo que hacen los vecinos. Su marido la rezonga a veces, porque dice que no está bien meterse en la vida ajena. Ella lo considera una forma de estar ahí, por si fuera necesario.

Era apenas de noche y estaban preparando la cena. Como todos los miércoles, comían pastel de carne con puré. Las papas estaban hirviendo en la olla y su marido ya había preparado el picadillo de carne –con picante–. Estaba sentado en el sillón, leyendo el diario y mirando el informativo. Soledad lo rezonga a veces, dice que, si hace todo a la vez, no lee ni ve nada. Él cree que así se informa más y mejor.

Soledad destapó la olla para ver si las papas estaban listas. Pinchó una y se hundió el tenedor. Apagó la hornalla y abrió el armario donde se guardaba el colador grande. Le llamó la atención un ruido afuera y voces. Fue corriendo a la puerta y ubicó su ojo izquierdo en la mirilla. Desde su punto de vista privilegiado, veía la puerta del 201 abierta, justo en el centro de la esfera.

De frente estaba su vecina Isabel, con una mano apoyada en el marco de la puerta. Vestía un jean azul y camisa blanca, y tenía el pelo atado. Soledad la conoce bien, aunque hace solo dos meses que Isabel, su marido y su hija se mudaron al 201. Isabel es muy simpática y amable; la ayuda cuando tiene que subir los dos pisos de escalera con el carrito de la feria y siempre está atenta a lo que pueda necesitar esta pareja de personas mayores, que *podrían ser mis padres*¹.

A los lados, veía las espaldas de un hombre y una mujer. En medio de los dos, y abajo, la cabecita de la hija de Isabel levantada hacia su madre.

El hombre era muy alto y, según lo que Isabel le había contado, era el padre de su hija. Llevaba pantalón claro y campera gris. La mujer que estaba de espaldas, la esposa del hombre alto, también era alta. Tenía una pollera negra y un saco negro con flores rojas. Los pies de ambos quedaban fuera de la visión de la mirilla.

El hombre alto decía que no le iba a dejar las botas de lluvia, porque se las habían comprado ellos. La niña se sacó las botas y se las dio al padre. La mujer alta dijo que se llevaba la campera, porque también se la habían comprado ellos. La niña se sacó la campera y se la dio a la mujer alta. La mujer alta puso todo en un bolso que el hombre alto llevaba colgando del hombro.

Isabel puso las manos en la cabeza de su hija, le pasó los dedos por el pelo y le dijo que fuera a su cuarto. La niña entró a su casa patinando con las medias, al tiempo que la sonrisa de su madre se desvanecía.

La cara de Isabel había cambiado. Entornó la puerta y le dijo a la pareja alta que no podía creer que hicieran algo así, que cómo podían sacarle la ropa a la niña. Ellos dijeron que la habían

¹Eso imagina Soledad que piensa Isabel

comprado y que no la iban a dejar para que no apareciera nunca más. Empezaron a bajar la escalera, mientras Isabel les gritaba, furiosa: *¡Mirá que las botas te van a quedar chicas!*

Soledad sintió la cara de su marido sobre su hombro, intentando mirar por la mirilla y con la oreja pegada a la puerta. La del 201 se cerró. Soledad dejó su puesto de observación.

Mirá que sos chusma, ¿eh? Te estás perdiendo el informativo... ¡Casi me olvido! Voy a hacer el puré antes que se enfríen las papas.

Y se fue a la cocina, pensando en la niña del 201.

2. Muñecas

Alberto y Mariela viven en un piso muy pequeño en Barcelona. Sus niñas van a la guardería y, como Mariela trabaja medio horario, no necesitan canguro. Alberto estudia en la Universidad. Está por terminar su tecnicatura en Radiología y trabaja a tiempo parcial en el *Clinic*.

Mariela se queda mucho tiempo en casa y, entre subidas y bajadas por las escaleras, conoció a Nina, la vecina de enfrente. Nina tiene una empresa muy peculiar. Fabrica muñecas de trapo y las exporta. Aunque cueste creerlo, es una empresa importante, que su vecina maneja desde el piso frente al suyo, tan campante. Compra todos los insumos en mayoristas y —el secreto de su negocio— encarga a distintas personas la producción. Unas hacen los cuerpos rellenos de guata, otras les cosen la ropa y el pelo de lana y otras les pintan las caritas. Nina lleva y trae las cajas con las muñecas en distinto estado y, al final, las manda empacar. A partir de ahí, quedan en la parte más industrial de la empresa. Cartón impreso y celofán, cajas de veinte muñecas, contenedores, aduana y se van lejos.

Mariela recibió el honor de ser una de las elegidas para hacer las caras. Eso es un trabajo muy delicado, que Nina no le confía a cualquiera. Mariela es muy prolija y disfruta de esa tarea que, además, le reporta un ingreso más a la familia. Mientras pinta, piensa en los niños que recibirán las muñecas en el resto de España, otros países de Europa y, por qué no, Uruguay. ¿Nina exporta a Uruguay? Le parece que no, porque el lunes, la última vez que hablaron, Nina no sabía dónde quedaba ese país del que Alberto y Mariela venían y al que pronto volverían. Aunque no supiera eso, sí le dijo que estaba muy contenta con sus caritas y le dio cincuenta más para pintar, con una condición: las tenía que tener prontas para el viernes temprano. Y ya era jueves. Mariela estaba

aprovechando que las niñas se habían dormido para terminar las caritas que le faltaban.²

El trabajo consiste en pintar con pintura para telas la boca roja, unas pecas en los cachetes rosados y, lo más difícil, los ojos y las cejas. Aunque tiene el diseño de muestra y está marcado con grafo sobre la tela, cada cara queda un poquito distinta. Alguna con expresión un poco más alegre, otra más pícaro y otra más seria. Eso le parece a Mariela, Alberto opina que le quedan todas igualitas y perfectas.

Cuando termina la cara, peina el pelo de lana, que la muñeca lleva cosido sobre la cabeza, y le pone un lazo. Una puntada y listo, pronta la nueva Nina para el empaque. Pasa a ocupar su lugar en la misma caja en la que había venido, pero con cara. Todo un cambio que Mariela considera la parte más importante de la línea de producción y, por eso mismo, se lo toma tan en serio.

Este jueves, Alberto llegó temprano. Besó a Mariela, fue a ver a las niñas a su cuarto y se sentó a la mesa, comiendo una milanesa que había quedado del mediodía. Mientras tanto, Mariela no apartaba la vista de las caritas y los pinceles, dispuesta a terminar la entrega. Faltaban solo dos y tenía mucho sueño. Alberto terminó de comer y se ofreció a ayudar. Mariela lo dudó y pensó, *¿por qué no?* y le dio la última Nina a su marido.

Cuando terminaron, Alberto le mostró su obra a Mariela. Estaba un poco extraña, un ojo más grande que el otro, y la boca un poco torcida. Alberto, tratando de arreglarla, le hizo otra boca, que parecía dejar a la pobre Nina de lengua afuera. Se rieron, imaginando cómo quedaría Nina sacando la lengua a algún comprador desprevenido, en un estante de una tienda remota.

Aunque fuera divertido, Mariela no podía entregar una muñeca

²Entre pinceladas, Mariela piensa en su hermana Isabel.

distinta, porque no se la iban a pagar. Así que simplemente le pintó otra cara en el lado de atrás y le dio vuelta la ropa. Peinó la lana para el otro lado y puso la cinta como siempre, el lazo y la puntada de terminación. Listo.

Nina ni se entera.

3. ¿Dónde es el exilio?

Mis padres se divorciaron, como casi todos los padres de los niños de la clase. Menos los de Lali, la vecina del tercero. Sus padres se murieron y ella es huérfana. La palabra huérfana es esdrújula, la estudiamos el otro día en Idioma Español. La maestra Lourdes –que lleva una o– es muy buena. Me hizo sentar en la primera fila con Lali, aunque llegué a mitad de año porque nos mudamos con mamá y su novio. Él es bueno conmigo, pero muy mandón. Mi madre no, mi madre es buena.

Mi padre tiene otra novia también. Los padres de la novia también son divorciados. Su madre vive en su casa, o al revés, no sé... todos viven juntos, mi padre, ella y su madre. La novia de mi padre manda a su mamá y a mí. El otro día, me dijo que le tengo que decir *mamá*. Yo no dije nada, cuando le hablo le digo el nombre, porque tengo madre y padre. No soy huérfana como Lali. Me dijo mamá que decirle el nombre está bien, que ya tendrá hijos que le digan mamá, y que no me preocupe por esas cosas.

Ella, la novia de mi padre, me compró unas botas de lluvia y una campera. Las botas son amarillas y me quedan grandes, pero dijo que así me duran más. La campera es azul y me gusta porque tiene capucha. Hoy me dio frío cuando me la sacaron en la puerta de casa. Me pidieron las botas y la campera, porque se las llevaban a lo de la novia de papá. A veces llueve en casa también, pero no dije nada. Como me dio frío, me fui para adentro.

Me gusta mi casa porque tiene estufa, y mamá había prendido el fuego. Me senté en la alfombra, al lado de la estufa, a jugar con mi muñeca Nina. Me la trajo la tía Mariela, la hermana de mamá, que volvió del exilio. Le pregunté a mamá dónde queda el exilio y me dijo que no es un país, que el exilio es cualquier lugar del que no podés volver. Entonces, España no es el exilio, porque la tía Mariela volvió el mes pasado. Allá trabajaba en una fábrica de

muñecas. Dice mamá que cuando ellas eran chicas las muñecas eran todas Nicoletta. Pero a Nina le puedo poner otro nombre, porque es hija mía.

Ayer, Lali vino a hacer los deberes a casa y mamá la invitó a comer y a quedarse a dormir. Fuimos al tercero a avisarle a la abuela de Lali que dormía en casa. La abuela le dio permiso, un pijama y el cepillo de dientes.

Estábamos jugando en la alfombra, mientras mamá preparaba la cena. Lali le sacó la moña y levantó el pelo de Nina, para hacerle un peinado distinto, y dio un grito³. Me mostró otra cara de Nina abajo del pelo. La cara era muy rara, parecía bizca y sacaba la lengua. Mamá vino de la cocina, la miró, la revisó toda y dijo: *¡Esta Nina es reversible! qué bueno, ¿no? así le ponen la cara que quieran.*

Con Lali decidimos dejarle la cara rara y le tapamos la otra con el pelo y la moña. Esa noche, Nina durmió con nosotras en mi cuarto, con la cara rara y la ropa al revés.

³Soledad escuchó el grito desde el 202

XXIV María Esther Álvarez

Tengo 51 años y me dicen Marie.

Estos textos que les presentaré están inspirados en los milagros que he recibido en mi vida.

Le tengo que agradecer a mucha gente que me guió en el camino correcto.

Carta para mi futuro hijo	256
No era lo que ella imaginaba	258
Una experiencia religiosa	260

Carta para mi futuro hijo

A María le habían dicho que no iba a poder tener hijos, pero no era una opción, rendirse... nunca.

En un día lluvioso de Semana Santa, se fueron a dormir le siesta y ella sintió algo diferente al hacer el amor. Era un milagro que iba a suceder.

El segundo domingo de mayo, había sido el día de la madre y su padre le regaló una flor, diciéndole “una rosa para una futura madre”. Fue un presagio correcto.

Había un partido importante para Uruguay, pero ella no se sentía bien, decidió no ir a la casa de su madre. Su mamá le preguntó: *¿estarás embarazada?* María le respondió: *no creo*.

Pero el domingo 3 de junio se hizo la prueba de embarazo y dio positivo. Qué felicidad, no lo podían creer, miraban el aparatito y estaban súper felices. Se hicieron todos los exámenes habidos y por haber, estaba de 12 semanas, pero no querían saber el sexo.

María quería un parto especial y contrató a una partera, gracias a Dios. El parto venía muy complicado. Le hicieron una cesárea de emergencia. Nació una beba a la que llamaron Rafaella. Otro milagro.

Desde la panza que la amaba con locura, ya no iba a estar sola, tenía a esa beba. En su trayecto, de Pocitos a Carrasco, le cantaba y le hablaba a la panza, en un diálogo muy íntimo.

Sin duda, cuando María conoció a Rafaella le cambió la vida por completo, fue un cambio hermoso de 180 grados, ya no era más María, se convirtió en la Mamá de Rafaella. Recuerda a esa diminuta criatura que se dormía en su pecho, con sus piernitas flaquitas y sus piecitos arrugaditos.

Ya no dormía igual, apenas la sentía, se despertaba, a la hora que fuera. Era muy feliz de tenerla. Cuando amanecía, le daba

su mema y se ponía a bailar con música del grupo *Tribalistas y Deep Forest*. Ambas bandas eran suaves, justo para que Rafaella se levantara.

Fue creciendo con el amor de ambas familias siendo el centro de todos, la primera nieta de ambos.

Le hacía terribles cumpleaños, se iba a Arenal Grande a buscar el cotillón. *Fruillitas, Barney, Minnie Mouse*, etcétera, con toda la familia y amigos.

Todo cambió a sus siete años. Ya no era lo mismo, pero seguían teniendo domingos de chicas, se iban a la Ciudad Vieja, a obras de teatro, al cine: se divertían. María hizo mucho esfuerzo para que no faltara nada, estaba separada con una pequeña de siete añitos. En aquel entonces, la llevaba con ella a todos lados y la iba a buscar también, eran muy unidas.

Cuando su abuela materna se iba a Buenos Aires le traía ropa divina. Su madrina, que vivía en Chile, también. Cuando la niña estaba enferma, su abuela paterna se instalaba en la casa a cuidarla. Sin duda, María tuvo el apoyo toda su familia.

María siempre le decía: “Cada mujer tiene un valor, no por su vestimenta, sino por sus sentimientos. La ropa se gasta, el dinero es efímero, lo material no sirve. Solo prevalece el amor de unos a otros”. De María aprendió que: “No es más valioso él que tiene, sino el que más necesita”.

Un día, le dijeron que era un alma viejita, que le iba a mostrar otras cosas de la vida. “Qué no le importe la mirada del otro” A María sí le importa. Por suerte, ella tiene la autoestima en su justa medida, no le intimada nada, es un ejemplo a seguir, valiente como pocas personas.

Rafaella ha sido su sueño, su amor, su fe, su vida, su esperanza, su orgullo y su todo. Su Milagro, hecho realidad.

No era lo que ella imaginaba

Otra vez la vida la sorprendió de la peor manera. Se equivocó nuevamente, él vivía a una cuadra de su casa de Pocitos, pero no lo conocía. Cuando ella vivió por Rambla República de México estaban a dos cuadras, pero tampoco lo conocía.

Siempre veía que el dueño de esa casa era un "livin' la vida loca". Era una incógnita para ella.

Al tiempo, conoció a una persona muy agradable en un asado que hizo su ex novio. Pero esta persona fumaba y tomaba mucho, *debe ser drogadicto, además de tener una vida muy acelerada, toma whisky para bajar la merca...* pensó, de desconfiada. Su novio le había dicho que la mayoría de sus amigos eran drogadictos en su juventud pero que, al cumplir los 50, ya habían terminado con esa cuestión.

En ese asado, las personas en común eran una amiga de ella y su novio; había otras parejas que ella conocía. Lo olvidó, pero el destino conspiró para que otra amiga, años después, le hablara de él, que integraba un grupo, donde mi amiga iba de vez en cuando. A veces, se reunían en la casa de este personaje: cuando ella pasaba, era pura fiesta.

Pasaron diez años. Otra vez el destino los hizo cruzar, ya era 2022. Él había tenido un ACV en marzo. La llamó varias veces. En junio-julio ella se iba de viaje con su mamá y su hija, así que no se dio el encuentro. Cuando regresaron, su padrastro estaba internado, por lo que ella de nuevo le dijo que no era el momento.

Las patologías eran muy diferentes, lo de él era ACV y lo de ella un Glioma Astrocitoma, grado 2. Ella veía raro que sus dos amigas, que lo conocían, le dijeran: *portate bien, esta no es una mujer para ti, no te hagas el vivo. Ella tiene los pies bien puestos, no le hagas daño*. Les pregunté por qué le decían eso y contestaron

que era un buen hombre, pero que no tenía nada que ver con ella.

Ella tiene una tendencia a salir con los peores de la clase, pero creyó que con el ACV él se iba a corregir. Se equivocó otra vez. Al principio, salían todo el tiempo, se divertían mucho, él era muy chistoso y locuaz. Pero, cuando ella le hablaba de lo que le gustaba, él no le daba bola. No coincidían en nada. Hacer deporte, leer un libro, ir al teatro, al cine, la política, el carnaval, exposiciones de arte, tocar un instrumento, escuchar música, mirar fútbol: nada, silencio, ausencia total de sonido. Eso los fue distanciando.

Él se quedó en la época en que corría Rally, en un Lancia que aún conserva. Ya con 60 años y un ACV, en lugar de rechazar el lugar que ocupa hoy, era hora de cambiar de actividad y aceptar su nueva realidad. Tenía que agradecerle a Dios estar con vida. Sí, quedó con secuelas, nada graves. Podía valorar otras cosas.

Le mandó esta canción, de Mariana Lucía, *Diferentes pies*.

*No sé por qué vos te empeñas,
en someterme a tu forma de ser y de actuar.
No me interesa toda tu estabilidad.
Tu hipócrita moralidad, esa resaca patriarcal.
Mi programación va a caotizar.
Soy como un virus, que te forzara a resetear tu sistema,
solo podrá operar bajo leyes de verdad
tendremos que reiniciar usando diferentes pies.*

Fue un milagro, que Dios le mando.

Una experiencia religiosa

Ella iba a festejar sus 50 años. A menos de 24 horas de anotarse en su reunión en el club, recibió un folleto, un milagro. Lloró de emoción y alegría como nunca antes, se iba a conocer a su Virgen.

Ese folleto era una invitación a una peregrinación, dirigida por una peregrina y un padre. Inmediatamente, cambió sus planes. Se juntó con una amiga que ya había estado en Medjugore, la cual no paraba de repetirle las palabras: "andá, andá, la Virgen, te está llamando".

Iba a agradecerle a su Gospa (Virgen María, en Croata), quien le salvó la vida en 2015. Medjugore es un pueblito, al límite de Bosnia-Herzegovina, donde seis chicos vieron las apariciones de la Gospa. Es un lugar de paz, fe, conversión, oración y ayuno. El grupo, de 24 personas, salió el 22 de octubre de 2022, del Aeropuerto de Carrasco hacia ese Lugar Santo.

Al llegar, los estaban esperando en la cálida casa, "Casa Magnificat", propiedad de la vidente Marija. Las charlas en español, en ese lugar, eran testimonios de videntes, experiencias, tours orientativos de la Parroquia San Santiago Apóstol, Centro de Medjugore, Cristo Resucitado, Cruz Azul, Colina de las Apariciones, Podbrdo rezando el Via Crucis, Krizevac, Comunidad Cenáculo, etc.

María no lo podía creer, estaba muy feliz viviendo aquella experiencia. En "Casa Magnificat", les daban pensión completa, desayuno, almuerzo, cena y lavandería. También todos los días de tarde los invitaban a participar de las apariciones de la Virgen.

Como había un congreso de sacerdotes, todos los días se rezaba el Ave María en diferentes idiomas. Era un sótano lleno de sillas y tan enorme que se llenaba de gente de todos lados. A las 18 horas, Marija veía a la Gospa. Todos quedaban en silencio y, luego, les relataba lo que le había dicho nuestra Madre Celestial.

”Mensaje del 25 de octubre de 2022: Queridos hijos, el Altísimo me permite estar con ustedes, y ser su alegría y camino en la esperanza, porque la humanidad se ha decidido por la muerte. Por eso, Él me ha enviado a enseñarles que sin Dios no tienen futuro. Hijitos, sean instrumentos de amor para todos los que no han conocido al Dios del amor. Testimonien con alegría su fe y no pierdan la esperanza en el cambio del corazón humano. Yo estoy con ustedes y los bendigo con mi bendición maternal. Gracias por haber respondido a mi llamado”

Haciendo un poco de historia.

Los obispos, después de tres años de estudio, aceptaron a Medjugorje como un lugar santo, como un santuario. Las apariciones de la Virgen empezaron en 1981, en la parroquia de San Santiago Apóstol.

El 25 de junio de 1981, sobre las 18 horas, los seis videntes Ivanka Ivankovic, Mirjana Dragicevic, Vicka Ivankovic, Iván Dragicevic, Marija Pavlovic y Jacov Colo, fueron interrogados por la policía y sometidos a exámenes psiquiátricos, que siempre dieron que gozaban de buena salud mental. La situación se repitió en los años siguientes.

Antes de terminar esta bella historia, les voy a contar otras apariciones de la Virgen María, Lourdes en los Pirineos, Fátima en Portugal, Guadalupe en México, Santa Catalina Labouré en la calle Bac, en París. Ahí la Virgen pidió que llevaran la Medalla Milagrosa. Hubo muchas más apariciones de la Virgen por todo el mundo.

En una palabra, las apariciones de Nuestra Madre Celestial en la tierra son un gran regalo para todos nosotros. La Virgen de la Altigracia apareció en Isla La Española, República Dominicana. Allí se plantó la primera cruz, donde se celebró la primera Misa, se

rezó el primer Ave María y se inició el anuncio de la Buena Nueva del Evangelio, que daría origen al nuevo continente de América. Recibe el nombre de María Esther de la Altagracia Álvarez Acosta y Lara porque nació en esa isla. Otro milagro que Dios le concedió.

